

PASIÓN RENOVADA

MAGGIE COX



PASIÓN RENOVADA

MAGGIE COX



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Maggie Cox
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Pasión renovada, n.º 1483 - julio 2018
Título original: The Marriage Renewal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9188-638-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

El bebé la había distraído. El precioso bebé rubio que babeaba sentado frente a ella en el regazo de su madre logró que se le hiciera un nudo en el corazón. Y todo porque se llamaba Gabriel. Cuando se bajó del tren en Liverpool Street estaba a punto de llorar, y tuvo que hurgar frenéticamente en el bolso buscando unas monedas para entrar en el aseo de mujeres.

Mirándose al espejo, Tara se limpió el rímel que se le había corrido, se puso algo más de colorete y respiró profundamente varias veces intentando tranquilizarse. Habían pasado cinco años. ¿Por qué no había conseguido recuperarse?

Estaba cansada, nada más. Debía haberse tomado unas vacaciones hacía mucho tiempo. Pero en la tienda de antigüedades de su tía le esperaba un cajón lleno de folletos con maravillosos destinos que le recordaban que sólo tenía treinta años, con toda la vida por delante para divertirse.

–El Museo Victoria and Albert –dijo en voz alta frente al espejo. Buscó un cepillo en el bolso, se peinó el cabello rubio que le llegaba hasta los hombros y salió a la estación de Liverpool Street. Veinte minutos después, reanimada por un café con leche y sintiendo que tenía otra vez las riendas de su vida, se dirigió al metro para continuar su viaje hasta South Kensington.

En el museo hacía un calor insoportable y Tara intentó concentrarse en lo que veía, una impresionante colección de trajes históricos europeos, la que siempre elegía para comenzar una visita. Se detuvo un instante para quitarse la chaqueta vaquera y se pasó los dedos por el cabello. Sacó la mano algo húmeda de la cabeza y entonces la sala empezó a dar vueltas.

–Oh, Dios mío –apoyó la cabeza contra una de las vitrinas y rezó para que la sensación de mareo desapareciera. Si se hubiera levantado unos minutos antes por la mañana no habría tenido que correr para tomar el tren y podría haber desayunado. Eso y el hecho de escuchar un nombre que le recordaba el pasado le estaba

haciendo perder el equilibrio.

–¿Está bien, querida? –una anciana con una piel que parecía pergamino le puso una mano en el hombro. Tara olió un aroma de lavanda y abrió la boca para decir que estaba bien y que sólo necesitaba sentarse un par de minutos, pero no le salieron las palabras. De repente sintió que caía al suelo sin elegancia.

–Tara… Tara, despierta. ¿Puedes oírme?

Tara conocía esa voz. La conocía muy bien. Era como el roce del terciopelo sobre la piel o el primer sorbo de un buen brandy francés en un día frío. Los nervios se le pusieron de punta. Primero el bebé, y luego eso… esa voz que no había oído en cinco largos años. Tenía que ser el cansancio, esa era la única explicación.

El corazón le latía a toda velocidad cuando abrió los ojos. El techo abovedado parecía estar a kilómetros de distancia, pero lo que realmente la consumió fue la profunda mirada de color azul que la observaba. Sin mencionar la cicatriz en la mandíbula y los pómulos perfectamente definidos en un cautivador rostro masculino.

–Macsen.

Aparte de un ligero estremecimiento de la mandíbula, Tara no detectó ningún otro signo de respuesta. Sintió decepción, dolor y confusión.

–¿Conoce a esta joven? –dijo la mujer que olía a lavanda.

–Sí, la conozco –dijo con un ligero acento escandinavo–. Resulta que es mi mujer.

–Ah, bien. No creo que haya sido muy sensato dejar que anduviera sola. Me parece que está muy pálida. ¿Por qué no la ayuda a sentarse y le da algo de agua? –dijo mientras sacaba una botella pequeña de agua mineral de su enorme bolso.

–Estoy bien. De verdad –incorporándose, Tara se maravilló de su coherencia cuando tenía el corazón tan acelerado. Se había desmayado, eso era evidente. Pero, ¿de dónde había salido Mac y qué estaba haciendo en el museo? Y de toda la gente que podría haber presenciado ese momento tan embarazoso, ¿por qué había tenido que ser él?

–¿Has comido? –Mac abrió la botella de agua y le puso a Tara una mano en la nuca para ayudarla a beber. Tara bebió un sorbo de agua y cuando el líquido se deslizó por su garganta se sintió mucho mejor.

–¿Qué quieres decir con que si he comido? –se pasó la mano por

la boca, resignándose a perder su pintalabios de color lila. Los ojos azules de Mac tenían el poder de hipnotizarla, pero al verlo de nuevo sintió una dulce agonía.

–Tiene la manía de olvidarse de comer –confesó Mac en voz alta con cierto tono de resignación–. No es la primera vez que se desmaya.

–Necesita que alguien la cuide –la mujer aceptó la botella de agua, la cerró y la volvió a meter en el bolso–. ¿Por qué no la lleva a la cafetería y le compra un sándwich?

–Gracias. Eso era precisamente lo que iba a hacer –le dedicó una sonrisa encantadora a la anciana y después se volvió lentamente para mirar a Tara. Ella tragó saliva.

–No quiero un sándwich –resentida, Tara se sacudió el polvo de la falda vaquera y lo miró desafiante. Se estaba encargando de ella otra vez… como siempre. ¿Cómo se atrevía? ¿Creía que podía aparecer de nuevo en su vida y continuar donde lo había dejado?

Por supuesto que no lo creía. Si fuera así, se habría puesto en contacto con ella mucho antes. Mucho antes de que ella hubiera construido una muralla alrededor de su corazón para que no la hirieran de nuevo.

–Bueno, cuídense –la anciana se despidió y se alejó de ellos.

Tara se pasó la lengua por los labios y le echó una mirada furtiva a Mac. Era alto, de espalda ancha, constitución atlética y tenía un aire arrogante que siempre le había hecho sentir pequeña. Llevaba el cabello algo más largo de lo que ella recordaba pero seguía siendo liso, rubio e increíblemente sexy, como si le estuviera pidiendo que ella lo acariciara… Tara sintió que el sudor le empezaba a recorrer la espalda.

–¿Qué estás haciendo aquí? –sabía que su voz no tenía la firmeza habitual, pero estaba decidida a mantenerse inmune a ese hombre.

Un hoyuelo seductor apareció en la comisura de la boca de Mac mientras se estiraba los puños de la chaqueta del traje, una chaqueta muy cara.

–Buscándote. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo?

Mac la observó mientras Tara se comía el sándwich a regañadientes. Seguía siendo igual de tozuda, pero también preciosa. Tenía el cabello rubio ligeramente despeinado, la piel blanca y unos impresionantes ojos de color verde esmeralda.

La había echado de menos. De repente se sintió inseguro sobre sus propias intenciones, y se dijo que tenía que controlarse. Todo lo que tenía que hacer era decírselo y marcharse, y después no tendría que verla más. Algo dentro de él rechazó esa última afirmación.

–Mi tía no tenía que haberte dicho dónde podías encontrarme. De todas formas, ¿cómo sabías dónde mirar?

Mac removió su café y tomó un sorbo antes de responder.

–Siempre solías venir aquí primero, ¿recuerdas? Te encanta ver los vestidos.

Era verdad. Y más de una vez había llevado a Mac con ella, prometiéndole que iría con él a una de sus aburridas cenas de negocios si la acompañaba a ver los trajes.

Le dio otro bocado al sándwich sin distinguir el relleno de atún y mayonesa. Sus papilas gustativas habían dejado de funcionar y su estómago funcionaba como una lavadora, todo porque Mac, el hombre a quien ella había entregado su corazón, estaba sentado frente a ella como si nunca se hubiera marchado. Pero su mirada no era cálida. Estaba serio e indiferente como una estatua de mármol, tan distante como lo había estado durante los últimos seis meses que habían estado juntos. Habían sido los meses más largos, duros y solitarios de la vida de Tara, cuando casi no se hablaban y buscaban alivio y refugio en otra parte. Mac en su trabajo y Tara en el baile.

–Bueno, teniendo en cuenta todo el trabajo que te has tomado en buscarme, será mejor que me digas lo que quieres –él no era el único que podía parecer indiferente, pensó Tara desafiante. No quería que Mac creyera que todavía lo echaba de menos, pero al verlo se habían despertado muchas emociones: amor, miedo, amargura y arrepentimiento, sentimientos que había intentado dejar atrás sin conseguirlo.

–¿Qué es lo que quiero? –un músculo se contrajo levemente en un lado de la mandíbula de Mac. Tara se dio cuenta de que seguía usando la misma loción para el afeitado, una fragancia clásica y sexy que ella siempre asociaba con Mac–. Quiero el divorcio, Tara. Eso es lo que quiero.

Los pensamientos de Tara se vieron interrumpidos repentinamente.

–¿Quieres decir que te vas a casar otra vez? –no se le ocurría ninguna otra razón por la que le estuviera pidiendo algo que habían evitado durante los últimos cinco años. Mac no contestó inmediatamente y Tara, sintiendo los latidos del corazón en los oídos, contempló a la gente que entraba y salía de la cafetería para ganar algo de tiempo. Intentó creer que él no le había pedido lo que

acababa de oír.

–He conocido a alguien.

Por supuesto. Mac siempre atraía a las mujeres, como un tarro de miel a las abejas. Pero siempre se había tomado la molestia de asegurarle a Tara que sólo tenía ojos para ella.

–Me sorprende que no me lo hayas pedido antes.

Apartó el plato con el sándwich casi intacto y se mordió el labio inferior para evitar que se le saltaran las lágrimas. No se iba a desmoronar delante de él.

Mac vio que se ponía pálida y se preguntó por qué. Hacía mucho tiempo que estaban separados y no podía pillarle por sorpresa. De hecho, se había sorprendido al ver que ella no se había puesto en contacto con él. Estaba tan seguro de que algún hombre la cautivaría que durante el primer año de separados había temido contestar el teléfono o abrir el correo electrónico por miedo a que fuera Tara pidiéndole el divorcio.

–Hasta ahora no tenía mucho sentido –se pasó los dedos por el cabello y Tara miró sorprendida el anillo de platino que todavía llevaba. Después bajó la mirada hacia el suyo propio y se apresuró a cruzar las manos en el regazo.

–¿Cómo es ella? –«no te hagas esto, Tara, no te atormentes»–. ¿Una mujer de carrera decidida, adicta al trabajo y con el armario lleno de ropa de diseño?

–Deberías terminarte el sándwich y no arriesgarte a desmayarte de nuevo. La próxima vez no estaré cerca para ayudarte.

–¿No era ese el problema, Mac? Nunca estabas cuando te necesitaba, el trabajo siempre era lo primero. Bueno, espero que te haya dado todo el éxito con el que soñabas.

–Nunca negué que fuera ambicioso, lo sabías desde el principio. Pero trabajé duro para los dos, Tara, no soy el bastardo egoísta que piensas.

–No. Siempre fuiste generoso. Con el dinero y con todos esos regalos caros, pero no con tu tiempo.

Él aceptó en silencio la verdad de esa afirmación. Se había arrepentido una y otra vez cuando la había fallado, al cancelar una cita para cenar, una sesión de teatro que habían planeado durante mucho tiempo o al mandarla sola de vacaciones porque había surgido algo importante a última hora. Así era el mundo de la publicidad. Nadie podía esperar, porque siempre había otra agencia dispuesta a hacerlo más rápido o más barato. Había trabajado mucho para conseguir que su agencia fuera una de las mejores y de

mayor éxito, pero había pagado un precio muy alto. Algunos dirían que demasiado alto.

–¿Por qué te fuiste de Londres para vivir con tu tía?

–¡Eso no es asunto tuyo!

–Me dijo que habías dejado de enseñar para ayudarla en la tienda. Es una pena, el baile te apasionaba.

–La tía Beth te ha contado demasiadas cosas. Y es típico de ti que deduzcas inmediatamente que la decisión que he tomado es la equivocada.

–¿Yo hago eso? –sorprendido, Mac sacudió la cabeza–. No es esa la imagen que quería dar. Sólo me sorprende que hayas dejado algo que te gustaba tanto.

–Bueno, sí. Pero dime, ¿por qué has decidido intentarlo otra vez? El matrimonio, quiero decir. La última vez que estuvimos juntos me gritaste que era el mayor error de tu vida.

El dolor que Tara sentía le impedía hablar con normalidad. Él la había herido profundamente con esas palabras crueles y después se había ido sin darle una oportunidad para arreglar las cosas. Al día siguiente llamó para decir que se marchaba. Fue a la casa por la noche para hacer las maletas y destrozó a Tara cuando salió tranquilamente por la puerta. Unos días después le envió un cheque por una cantidad escandalosa junto con una tarjeta con un cuadro de Monet, el de los nenúfares. Ella rompió las dos cosas y las tiró a la basura.

–Mi padre murió el año pasado de cáncer –Mac estaba midiendo las palabras, pero Tara pudo ver el dolor en sus ojos. Ella nunca había conocido a sus padres, Mac siempre había estado demasiado ocupado para organizar un encuentro–. Algo como eso… la muerte de un padre, te hace pensar en tu propia mortalidad. Tengo treinta y ocho años, Tara, y quiero tener un hijo. Quiero tener la oportunidad de ser padre.

–¿Es eso cierto? –Mac se dio cuenta de que estaba visiblemente afectada. Frunció el ceño mientras recordaba algo. Debía haber elegido sus palabras con más cuidado–. Tengo que irme –Tara recogió la chaqueta de la silla vacía que había entre los dos y se puso de pie rápidamente–. Acabo de recordar que tengo varias cosas que hacer, no puedo quedarme a charlar. Te voy a conceder el divorcio, Mac. Ya sabes dónde vivo, así que envíame los papeles y los firmaré. Buena suerte.

–¡Tara!

La siguió desde la cafetería hasta un largo pasillo con bustos de mármol. Cuando la alcanzó le dio la vuelta para mirarla y vio que

estaba llorando. Con un gesto impaciente, ella se limpió las lágrimas.

–¿Y ahora qué? Ya tienes lo que querías. ¿Qué más quieres?

–Quiero saber por qué estás llorando –le agarró un brazo y notó que estaba temblando.

–Has dicho que querías tener un hijo, que querías ser padre –cansada y furiosa y sin importarle que estaba a punto de desnudarle su alma, Tara levantó la cabeza y lo miró a los ojos–. Te supliqué que tuviéramos un bebé… ¿Lo recuerdas?

Lo recordaba. Recordaba una noche en la que habían hecho el amor de la manera más dulce y erótica, después de otra de sus amargas peleas, cuando aún el deseo y la atracción mutua eran más fuertes que el enfado. Esa noche Tara había apoyado la cabeza en su pecho y le había preguntado si sabía qué era lo que ella más quería en este mundo. De repente Mac sintió que le costaba respirar.

–Lo recuerdo –se sonrojó ligeramente y soltó el brazo de Tara.

–Cuando rompimos yo estaba embarazada.

–Yo no lo… ¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Por qué debería haberlo hecho? Te fuiste. Nuestro matrimonio había terminado y, de todas formas, tú no querías tener hijos. Ni siquiera sabías si serías un buen padre, ¿no fue eso lo que dijiste? El trabajo te exigía demasiado, siempre estabas ocupado «salvaguardando» nuestro futuro.

–Tara, yo… –aflojándose la corbata, Mac se pasó unos dedos temblorosos por el cabello–. ¿Qué pasó?

El miedo se reflejó en sus ojos azules y durante un momento Tara pensó en ser más benévola. No sabía cómo hacerlo, pero lo habría hecho de haber podido. No era una persona cruel.

–El bebé murió en mi vientre a los seis meses –el labio superior le temblaba.

–¡Dios mío! –exclamó Mac. Se apartó de ella sacudiendo la cabeza y mirando al suelo, como si no quisiera oír nada más.

–Era un niño. Teníamos un hijo, Macsen, un pequeño –con esas palabras echó a correr por el pasillo, buscando desesperadamente la salida. Los tacones de sus sandalias resonaban como cañones en sus oídos.

–¿Dónde vamos a cenar hoy, cariño? –Amelie Duvall terminó de maquillarse, se miró en uno de los espejos de los armarios y alargó un brazo hacia el bolso negro con lentejuelas para sacar el perfume. Se lo puso detrás de las orejas, de las rodillas y de las muñecas,

luego volvió a meter el perfume en el bolso y lo arrojó sobre la cama–. ¿Macsen? Te he hecho una pregunta.

Descalza, la chica francesa entró en el salón, deteniéndose en seco al ver a Mac sentado en el sofá y con una copa de brandy en la mano. Se había quitado la corbata, tenía el cabello desordenado y la expresión de su rostro era bastante desalentadora.

–Pero ni siquiera estás listo para salir –Amelie no pudo ocultar su decepción. Le encantaba tener la oportunidad de arreglarse y salir a cenar acompañada de ese hombre tan atractivo. Sabía que eran una pareja muy llamativa. Ella era una belleza morena que complementaba perfectamente el aspecto de vikingo rubio de Macsen. No sabía lo que lo había puesto de mal humor, pero pensó que su obligación era sacarlo de ese estado.

–No tengo ganas de salir a cenar esta noche –Mac finalmente la miró sin detenerse a observar su belleza. Después apuró el contenido de la copa de un solo trago.

–Pero dijiste por teléfono…

–¡Olvida lo que dije! –se levantó y comenzó a caminar por la habitación. Después se detuvo junto a la ventana panorámica observando las luces de Londres.

–Cariño, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo malo en el trabajo? ¿Algún trato no ha salido bien? Por favor, no pienses en ello, *chéri*, mañana será otro día y te sentirás mejor.

Mac notó que se acercaba a él por detrás y de repente se sintió colérico. El caro perfume francés le pareció agobiante, y lo único que quería era decirle que lo dejara solo. Pero no iba a dejarse llevar por la furia cuando lo que necesitaba era mantenerse despejado. Y ser sincero. Terminar con esa charada antes de que otra relación terminara en la basura. Desde el momento en que vio a Tara, e incluso antes de que ella le hablara del bebé, su hijo, supo que no quería casarse con Amelie.

–Mira… Ya sé que hablamos de la posibilidad de casarnos, pero después de pensarlo bien… Sinceramente, no creo que funcionara.

–¿Quieres decir que tu mujer no te va a conceder el divorcio?

Esa respuesta era típica de Amelie. Solía echar la culpa a alguien más de las decisiones que tomaba Mac.

Macsen suspiró y siguió mirando por la ventana. Pensó en el bebé y en Tara afrontando un embarazo del que pensaba que él no quería ser parte. Pensó en Tara perdiendo al niño de la forma más horrenda… El estómago se le encogió al sentir mareo y arrepentimiento.

–Mi decisión no tiene nada que ver con eso. Haría cualquier cosa para que no te sintieras herida y decepcionada, Amelie, pero es mejor que ahora se termine todo y que no nos embarquemos en un matrimonio que sería pura ficción. Estoy seguro de que si eres totalmente sincera contigo misma verás que tú tampoco quieres casarte conmigo –se volvió lentamente para mirarla.

Amelie lo miraba con sus ojos marrones como si se hubiera vuelto loco.

–Pues claro que quiero casarme contigo. ¿Estás loco? ¡Te quiero!

–¿De verdad? –ella se ruborizó y Mac siguió hablando con una sonrisa burlona–. Lo que quieres es mi dinero, *chérie*, y todo lo que te puedo comprar: ropa, joyas, perfume… –de repente recordó algo que casi lo dejó helado: el perfume de Tara, un aroma sutil de madreselva y vainilla. Lo había olido ese mismo día y no había podido ignorarlo. Su cuerpo se endureció casi al instante–. Este matrimonio no nos conviene a ninguno de los dos. Tú eres demasiado joven y hermosa para atarte a un solo hombre y yo… bueno, hasta ahora el trabajo ha sido mi vida, pero ya estoy preparado para tener una familia. Quiero tener hijos. No me interesa cenar cada noche en los mejores restaurantes o volar a Nueva York o a París por un capricho para que mi novia pueda ir de compras. Quiero una vida hogareña de verdad.

La chica francesa se sorbió la nariz con elegancia, como hacía todo lo demás.

–Me haces parecer muy superficial, Macsen. Me duele mucho que no quieras casarte conmigo. Yo te daría niños… montones de niños –pero al decirlo su cuerpo se tensó ligeramente y Mac supo que estaba mintiendo. En realidad Amelie detestaba la idea de ser madre. Él no había sacado el tema antes, pero en ese momento supo que estaba haciendo lo correcto al terminar la relación.

–Te entiendo mejor de lo que tú crees –sonrió y la abrazó, pero el beso que le dio junto a su boca perfectamente maquillada fue sólo paternal–. No te preocupes, no te voy a dejar con las manos vacías. Te daré más que suficiente para que te mantengas hasta que aparezca el siguiente pretendiente rico…

Capítulo 2

Tara? ¿Qué haces ahí sentada con las luces apagadas?

Parpadeando ante el resplandor repentino que llenó la habitación, Tara forzó una sonrisa. Si cometía el menor error y dejaba que su tía supiera cómo se sentía realmente, Beth caería sobre ella como un león sobre un filete crudo preguntándole qué podía hacer para arreglar las cosas. Y lo haría con toda la buena intención, pero su ayuda sería en vano. Ni siquiera su tía sería capaz de arreglar esa situación.

–Me he quedado dormida –mintió–. Cerré abajo, preparé la cena y después vine aquí para relajarme.

–¿Has visto a Mac? –tiró las llaves en la antigua mesita que había junto a la puerta y se quedó de pie con los brazos en jarras.

–Sí –contestó sujetándose un mechón de pelo detrás de la oreja–. ¿Por qué le dijiste dónde estaba?

–Porque fue encantador, educado y parecía preocupado, y porque creo que ya es hora de que habléis, aunque gran parte de la culpa la tenga él –Beth Delaney, alta, delgada, de cincuenta y tantos años, pelirroja y con un gran carácter irlandés, se quitó la chaqueta azul marino del traje y la dejó con cuidado en el respaldo de una elegante silla eduardiana.

–Hace cinco años que no sé nada de él, Beth, así que creo que has malinterpretado lo de «preocupado». Y en cuanto a lo de hablar, ¿no crees que es un poco tarde para eso?

–Nunca es tarde para hablar, querida. Vuestra situación es ridícula, estáis casados pero no estáis casados. Tenéis que arreglarlo.

Tara respiró profundamente y se levantó.

–Ya está arreglado. Me ha pedido el divorcio.

–Oh –durante uno o dos segundos Beth se quedó atónita, y eso era realmente raro en su tía. Nadie, absolutamente nadie, pillaba a Beth por sorpresa–. ¿Y qué contestaste? –de nuevo a la carga, Beth jugueteó con el collar de exquisitas perlas que llevaba puesto.

Tara sintió un nudo en la garganta. Se dijo que era normal que Mac hubiera encontrado a alguien más, pero una parte tozuda, esperanzada e ilógica de Tara siempre se había agarrado a la creencia de que algún día él volvería. Pero ese mismo día esa creencia se había desvanecido.

–Le dije que sí, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía decir?

–¿Qué otra cosa…? Supongo que le hablarías del bebé…

–Ha encontrado a alguien, quiere casarse otra vez y formar una familia. Pero sí, le hablé del bebé. Y en cierto sentido desearía no haberlo hecho.

Tara desvió la mirada y se dirigió a la puerta. Algunos la llamarían cobarde, pero en ese momento no podía seguir con el interrogatorio. Lo único que quería hacer era darse un largo baño caliente y perfumado y llorar por Mac en privado.

–¿Por qué? ¡Se merece saber la agonía por la que te hizo pasar!

–Se quedó deshecho, Beth, lo vi en sus ojos. ¿Qué sentido hay en que los dos suframos?

Por una vez Beth no supo cómo contestar a su sobrina. Chasqueó la lengua, recogió su chaqueta y le apartó a Tara el flequillo de los ojos.

–Eres una mujer hermosa, querida, no mereces ser tan desgraciada. A tu edad deberías ser feliz, en vez de estar encerrada trabajando en una tienda de antigüedades con una vieja como yo.

Tara sonrió. Su corazón estaba lleno de cariño por esa tía que no había dudado en ofrecerle un sitio donde refugiarse cuando Mac la abandonó. Una tía que además le había dado un trabajo y que había estado a su lado en los momentos más difíciles, dándole la mano aquella horrible noche en el hospital y llorando con ella cuando Tara finalmente perdió el bebé.

–No eres vieja, Beth, de ninguna manera. Y en cuanto a lo de ser feliz, bueno… –ruborizándose, Tara olvidó por un momento los malos recuerdos–. Creo que lo fui los primeros dos años y medio que estuve con Mac.

–¡Ese hombre es un idiota! –dijo Beth indignada–. Lo dije en su momento y lo vuelvo a decir ahora. Me pregunto si tenía la más mínima idea de lo que hacía al dejarte.

Mac detuvo el coche en un área de descanso para estudiar el mapa una vez más. Satisfecho al ver que estaba en el buen camino, bajó la ventanilla para respirar un poco de aire fresco del campo. Casi había llegado el otoño y el caluroso verano que había durado

hasta la primera semana de septiembre por fin estaba dando muestras de desaparecer. Las hojas se habían caído al suelo y había un aroma de madera quemada en el aire. La temperatura había bajado, y Mac lo agradeció. El aire fresco lo ayudaba a pensar, y Dios sabía que había pensado bastante durante las últimas tres noches, las ojeras lo confirmaban. Abrió la guantera y sacó una fotografía de Tara, de pie junto a la Torre de Londres, que él le había sacado cuando se conocieron. Tara, sonriente, estaba totalmente deslumbrante, con los ojos brillantes y un vestido de verano que se le ajustaba al cuerpo. Mac no había podido dejar de mirarla, y ella había sido tan dulce, insistiendo en pagar la comida cuando los dos sabían que el más solvente era él. Pero pronto había descubierto que Tara era así: generosa y cariñosa hasta el límite. Mac se había deleitado en todo ello, en sus atenciones y su cariño, como un hombre que hubiera vivido bajo tierra hasta el momento de conocerla. Ella le había dado luz, alegría y risas, y el día que Mac se fue había sido el peor de su vida. Hasta que Tara le había hablado del bebé…

Al pensar en ello sintió como si un cuchillo le atravesara el pecho. Respirando profundamente, Mac dejó la fotografía en el asiento del copiloto y arrancó el coche. Tenía el ceño fruncido cuando miró por el retrovisor y se metió con el Mercedes en la carretera para continuar su viaje. Si había calculado bien la distancia, debería llegar a la pequeña ciudad de Tara a la hora de comer. Había reservado plaza en un hotel y había salido en busca de la tienda de antigüedades de Beth Delaney, Objetos para el Recuerdo. Le gustara o no a Tara, los dos tenían que hablar. Lo único que esperaba era que ni ella ni su tía le cerraran la puerta en las narices negándole la oportunidad de hacerlo.

–Puedes darme la lata todo lo que quieras, Mac Simmonsen, pero no pienso decirte dónde está Tara. Cometí el error de decírtelo hace unos días, y ha cambiado desde que os visteis el otro día. Le costó mucho recuperarse de la separación… de la pérdida del bebé…

–¡Maldita sea, Beth! ¿Por qué nadie me dijo que estaba embarazada? ¡Soy su marido y tenía derecho a saberlo! –Mac estaba a punto de explotar. Podía aceptar que se había equivocado, no era tan arrogante como para culpar a Tara de querer llevar el embarazo ella sola. No cuando él se había marchado y cuando había afirmado que no estaba preparado para ser padre. Pero pensaba que la

familia de Tara era culpable de no haberse puesto en contacto con él… especialmente cuando ella lo necesitaba.

Beth Delaney se enfureció. Sus largos pendientes de topacio se agitaron cuando cruzó los brazos, mirando imperturbable a ese hombre con traje de diseño y unos ojos azules que deslumbrarían a una mujer menos inmune. Pero Beth se enorgullecía de ser más fuerte. El bienestar de su sobrina era su prioridad y nada podía hacerle cambiar de opinión. Tara tenía que mantenerse alejada de ese hombre.

–Te recuerdo que renunciaste a todos tus derechos de marido cuando dejaste fríamente a mi sobrina. Pusiste los negocios y tu ambición por encima de ella, y eso es un hecho. ¡Es una pena que engañaras a Tara casándote con ella!

–¿Engañarla?

–¡Sí! ¡Tú no querías una mujer! Debías haber sabido que no estabas realmente interesado en el matrimonio, cuando era evidente que lo primero era tu trabajo. Engañaste a Tara al decirle que lo estabas haciendo por ella. Ella es muy confiada, Mac, creyó todo lo que le dijiste. No importaba cuántas veces la decepcionaras, y créeme, sé que fueron muchas, porque me llamaba por teléfono y lloraba, ella te seguía dando el beneficio de la duda. «Algún día no tendrá que trabajar tanto», me decía. «Algún día podremos tener unas vacaciones de verdad en algún sitio maravilloso». Veneraba la tierra que pisabas, ¿y tú que hiciste a cambio? –Beth hizo una pausa para recuperar el aliento–. Te marchaste sin ni siquiera darle la oportunidad de una reconciliación. No conozco todos los detalles, pero le rompiste el corazón. Y cuando Tara perdió ese bebé tan deseado… se lo rompiste de nuevo. Creo que lo mejor es que te vayas. Después de todo, eso lo sabes hacer muy bien, ¿no?

Mac se dijo que se merecía la bronca que Beth le había echado, pero se sintió furioso porque ella parecía pensar que el hecho de dejar a Tara había sido algo premeditado y frío. Nada más lejos de la realidad. Se había sentido angustiado durante días al ver a su bella esposa tan infeliz. Entonces, Mac no tenía ni idea de cómo arreglar las cosas, parecían querer cosas diferentes y la distancia entre los dos iba aumentando. Las exigencias de su trabajo le llevaban la mayor parte del tiempo, un hecho del que se arrepentía. Debería haberle prestado más atención a su mujer. De alguna manera se había estado engañando al pensar que ella esperaría a que Mac asegurara su futuro; se había engañado al creer que ella

entendería por qué no era sensato tener hijos en aquel momento. Se había prometido a sí mismo que algún día se lo daría todo… Había hecho una fortuna, pero había perdido a la mujer que amaba.

–El matrimonio no viene con un manual de instrucciones, ¿sabes? –suspirando profundamente, Mac miró a Beth y se pasó los dedos por el cabello–. Lo eché todo a perder, ya lo sé. El problema era… que nos faltaba comunicación –frunció el ceño y algo se derritió dentro de Beth–. Yo dejé de escuchar. Es un milagro que Tara hubiera aguantado todo ese tiempo. En cuanto al bebé… ¿Pensaba que la abandonaría sabiendo que estaba embarazada?

Beth observó los dos anillos de oro que llevaba puestos y sacudió la cabeza.

–Tal vez le preocupaba que pensaras que estaba intentando atraparte. No lo sé, pero conociendo a Tara, yo diría que tuvo algo que ver con eso. Me ha dicho que quieres el divorcio… ¿Vas a casarte otra vez?

–No –Mac le echó un vistazo a la fila de relojes de pie que, detrás de Beth, comenzaron a dar la hora con una algarabía de campanas y gongs–. Amelie y yo hemos roto.

–Entiendo.

–No era la mujer apropiada para mí.

–Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, Mac? ¿Por qué quieres ver a Tara?

–¿Está saliendo con alguien? –no pudo evitar preguntarlo, necesitaba hacer la pregunta que lo había estado preocupando desde que vio a Tara en el museo. No tenía sentido que una mujer atractiva hubiera pasado cinco años sola, pero se sentía celoso al pensar que podía estar con alguien.

–Siempre ha tenido un montón de hombres interesados haciendo cola en la puerta para pedirle salir. ¿Tú qué crees, Mac?

Mac tenía miedo de creer algo. Había muchas cosas que no sabía de la chica con la que se había casado, y sólo podía intentar adivinar qué clase de persona era en ese momento. Pero lo único que tenía Mac eran recuerdos… y esperanza.

–Creo que la población masculina de esta ciudad tendría que estar ciega para no interesarse en Tara. Pero no me has contestado, Beth. ¿Tiene alguna relación seria?

–¿Por eso estás aquí, Mac? ¿Para intentar volver con ella? –ladeando la cabeza, Beth interpretó el silencio que se escondía detrás de los ojos azules de Mac.

Él puso una mano en una mesa de comedor victoriana que estaba justo a su izquierda, frente al escritorio de Beth.

–Tienes algunas cosas muy bonitas –comentó mirando a su alrededor. Pensó en Tara trabajando en ese lugar, en esa tienda tan pequeña, día tras día… cuando en realidad debería estar bailando, tal vez dando clases en su propia academia. Algunos años atrás ese había sido su sueño, y Mac sea había jurado que la ayudaría a conseguirlo. Frunció el ceño al recordarlo–. ¿A qué hora volverá?

Beth abrió la enorme agenda que tenía sobre el escritorio, aunque tenía la mirada perdida.

–No volverá hasta por la noche, va a pasar todo el día fuera. Dijo que no estaba segura de a qué hora regresaría. Tal vez deberías volver otro día.

–No –lo que tenía que decirle a Tara no podía esperar, ya habían pasado cinco años de más–. Aquí es donde me voy a alojar –sacó una tarjeta de visita del bolsillo de la chaqueta y la dejó sobre la agenda–. Me he tomado un mes libre, así que no tengo prisa por volver a Londres, si es eso en lo que estás pensando. Por favor, dile a Tara que he venido y que me gustaría verla. ¿Harás eso por mí, Beth?

Parecía tan sincero y tan serio que la mujer se ablandó. Deseó estar haciendo lo correcto.

–Se lo diré, Mac. Pero no te puedo prometer que ella se pondrá en contacto contigo. Tienes que aceptar el hecho de que tal vez no quiera volver a hablar contigo nunca más.

–Tú sólo dale el mensaje… eso es todo lo que te pido. Nos veremos Beth… y gracias.

Cerró la puerta detrás de él y comenzó a andar por la calle. Beth tomó la tarjeta que le había dejado. Estaba grabada con letras doradas y tenía el nombre del mejor hotel de la ciudad. Durante un par de segundos la apretó contra su pecho.

–Oh, Tara –suspiró.

–La película ha estado genial, ¿verdad?

Sin querer quitarle la ilusión, aunque las películas de acción con gente y edificios saltando por los aires cada dos por tres no eran las que más le gustaban, Tara sonrió al atractivo joven que la había llevado al cine. Raj Singh era el hijo adorado de Sanjay y Binnie, los propietarios del estanco del barrio de Tara, y de vez en cuando los dos salían juntos, aunque su relación era estrictamente amistosa, como les convenía a ambos. Después de Mac, Tara no había querido tener ninguna relación seria, y Raj estaba prometido a una chica que le habían elegido sus padres para una boda concertada. Se

celebraría tres semanas más tarde, en Navidad, y toda la familia se dirigiría a Kerala, en la India, para formar parte de una ceremonia tradicional hindú. Raj era un joven muy occidentalizado, pero en las cuestiones de matrimonio estaba dispuesto a acatar los deseos más tradicionales de su familia.

–No estaba en la misma línea que *Lo que el viento se llevó*, pero ha estado bien.

–¿*Lo que el viento se llevó*? –completamente sorprendido, Raj se rascó la cabeza.

–«Francamente, querido, no me importa nada». ¿No te suena? Evidentemente no. Era la película favorita de mi madre, y yo me llamo así por la casa que aparecía en ella.

–¿Tara era el nombre de una casa?

–Olvídalo. Vamos por una pizza, ¿de acuerdo?

–¿Por qué tienes que ser tú la que elija? ¡Sabes que prefiero las hamburguesas!

–Pero tú has elegido la película –le dijo por encima del hombro mientras salía.

–Eres una mandona, ¿lo sabías? –Raj corrió para alcanzarla mientras Tara se abría camino entre el montón de gente que salía a Leicester Square, y le pidió a Dios que su prometida tuviera al menos la mitad de chispa que Tara. Lo último que quería era una mujer sumisa sin opiniones.

–La pizza y después a casa –dijo Raj con firmeza, sabiendo que Tara ignoraría el tono autoritario de su voz–. Le prometí a tu tía que no te llevaría tarde a casa.

Tara se detuvo de repente y se giró para mirarlo, con los brazos en jarras.

–¡Pues has sido un tonto, Raj Singh, porque quiero ir a bailar!

–¿De verdad?

–Sí –aunque sonreía y estaba dispuesta a pasárselo bien, sintió dolor al recordar que Mac nunca la había llevado, ni una sola vez, a un club nocturno a bailar.

–Creo que eso es todo. Si se te ocurre algo más, llámame –habiendo cerrado el negocio, Mac colgó el teléfono y estiró las piernas sobre la cama. Agarró el libro de pasta dura que tenía en la mesilla de noche y lo abrió por la página que había marcado con un doblez. Se colocó bien las almohadas detrás de la cabeza y se dispuso a seguir leyendo donde lo había dejado.

Cinco minutos más tarde, después de haber leído las mismas dos

frases al menos diez veces, dejó el libro a su lado y con un silbido de exasperación hundió las dos manos en el cabello rubio. No estaba acostumbrado a tener tiempo libre, tiempo para relajarse y disfrutar, y pensó que era muy triste no acordarse cómo hacer cualquiera de esas dos cosas. Estaba tan acostumbrado a trabajar doce o catorce horas al día que su cuerpo parecía haber perdido la capacidad de relajarse. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, apartando la cortina verde para mirar al exterior. La calle estaba desierta y la fila de casas estilo Tudor le hizo pensar en lo histórica que era esa pequeña ciudad. Seguramente era muy atrayente para los turistas, pero aún estaban a mitad de la tarde y la ciudad estaba muy tranquila… demasiado tranquila. ¿Cómo podía aguantarlo Tara? ¿No había nada de Londres que echara de menos? Aparte del Museo Victoria and Albert, claro. La capital era muy ruidosa, siempre llena de atascos y de contaminación, pero Mac tuvo que admitir que le encantaba, y la echaba de menos. En los primeros días de su matrimonio, Tara había hablado a menudo de mudarse al campo, pero Mac siempre había aplazado la conversación, diciéndole que lo comentarían «algún día», cuando no estuviera tan ocupado. Contrataría a alguien para que llevara la agencia por él, le había dicho, y entonces no importaría si él no vivía cerca; podría mantenerse en contacto por teléfono o por fax y aparecer sólo para las cosas importantes. Su ambición había sido como una droga, ahora se daba cuenta. Lo había cegado y no había visto que su mujer también tenía necesidades. Cerró los ojos al recordarlo. En la mesita de noche, el sonido del teléfono lo sacó de sus pensamientos.

–¿Sí?

–¿Señor Simmonsen? Hay una señora Simmonsen en el vestíbulo que quiere verlo.

Una vena le latió con fuerza en la sien. Había empezado a pensar que Tara no se iba a poner en contacto. Durante todo el día se había resistido al impulso de volver a la tienda para ver si estaba allí, para averiguar si lo estaba evitando deliberadamente. De todas formas, no iba a dejar que un pequeño obstáculo como ese se interpusiera en su camino. Hacía falta mucho más para que abandonara.

–Dígale que enseguida bajo.

Mientras bajaba por la escalera alfombrada Mac se arregló la corbata, se pasó una mano por la mandíbula afeitada y pensó que era una buena señal que Tara siguiera usando su apellido de casada, cuando podría fácilmente haber vuelto a su nombre de soltera.

¿Quién la habría culpado por ello, dadas las circunstancias? No pudo evitar la oleada de placer que lo inundó cuando la vio sentada en el sofá del vestíbulo. Llevaba unos vaqueros de color azul claro y una blusa blanca, y tenía una chaqueta marrón doblada en el regazo. Tenía un aspecto fresco y cuando dirigió hacia él sus ojos verdes Mac sintió un deseo casi irresistible de estar con ella a solas, en la situación más íntima posible.

Ella se levantó cuando Mac llegó al vestíbulo, y el perfume de Tara lo envolvió, despertándole recuerdos eróticos.

–Recibí tu mensaje. No puedo quedarme mucho, estoy ayudando a Beth a hacer el inventario. ¿Qué pasa, Mac? ¿Qué es tan urgente que no puedes contármelo por teléfono?

–He decidido que no quiero el divorcio –dijo sin alterarse.

–¿Ah, no? –con los ojos como platos, Tara lo miró con recelo–. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

–Te quiero a ti, Tara… Quiero que vuelvas a mi vida. Quiero que tengamos un matrimonio de verdad.

Capítulo 3

Tara se preguntó si no se había imaginado lo que acababa de oír. Mientras se dirigía al hotel se había sentido aterrada y excitada pensando que lo iba a ver de nuevo, aceptando que su encuentro en el museo había despertado muchos sueños y esperanzas que debía haber abandonado mucho tiempo atrás. Sobre todo después de lo que había pasado… Pero en ese momento, mirando a Mac, recordó que los sentimientos que debería tener hacia él eran ambivalentes en el mejor de los casos, y hostiles en el peor.

–¿Es una broma pesada? Porque si lo es, no me hace ninguna gracia. Primero me dices que has conocido a alguien y que quieres el divorcio, y después… ¿Qué está pasando, Mac?

Mac pensó que tenía que llevar las cosas con calma, o de otra manera podría asustarla y perderla. Después de haberla visto de nuevo sabía que estaba haciendo lo correcto. De hecho, le sorprendía que hubiera podido sobrevivir tanto tiempo sin ella. ¿Cómo podía haber pensado en casarse con alguien como Amelie? La chica francesa ni siquiera se relajaba en la cama; estaba demasiado obsesionada con su aspecto, era demasiado fría. Mac sólo tenía que mirar el color en las mejillas de Tara para recordar lo cálida que había sido su mujer en ese aspecto… una revelación erótica de fuego y pasión.

–No es una broma, Tara. Amelie y yo hemos roto.

Tara sintió una punzada de celos al oír el nombre de su novia. Antes de tener un nombre la mujer había sido sólo algo borroso. Pero «Amelie» la hacía de carne y hueso, y eso dolía.

–¿Y yo qué soy? ¿Un puerto al que acudir en mitad de la tormenta?

–Por supuesto que no –Mac parecía ofendido. Tara pensó que era una mala señal que él no se preocupara por lo que le podía hacer daño–. Una vez nos llevamos bien –continuó Mac deslizando una mano en el bolsillo de su traje oscuro–. ¿Es una locura pensar que tal vez podamos hacerlo de nuevo?

–Lo estás diciendo en serio, ¿verdad? –el corazón de Tara latía a toda velocidad. De entre todas las razones que podía tener Mac para verla de nuevo, una reconciliación era la última en la que ella habría pensado. Se preguntó qué era lo que había detrás y por qué Mac la estaba torturando de esa manera.

–Tan en serio que me he tomado un mes libre.

–¡Debe de ser la primera vez! ¿Estás seguro de que pueden pasar sin ti? Creí que eras indispensable.

Para su sorpresa, una sonrisa de desaprobación curvó la boca perfecta de Mac.

–Yo también, pero evidentemente no es así. Afortunadamente tengo a buena gente trabajando para mí, gente que hará un buen trabajo. La verdad es que no me preocupa estar fuera durante un mes.

–¿Y qué vas a hacer con todo ese tiempo libre? –preguntó Tara sujetándose un mechón rubio detrás de la oreja–. ¿Tal vez alguna terapia?

–¿Terapia?

–Para tu adicción al trabajo… ¿o todavía lo niegas?

Mac pudo sentir el dolor y la rabia que había en esa acusación, y se arrepintió por todo el daño que pudo haberle causado durante todo el tiempo que antepuso su trabajo a la relación entre los dos. Suspirando profundamente, miró el mostrador de información, donde una morena los miraba con atención, pretendiendo estudiar de repente unos papeles.

–Aquí no podemos hablar. ¿Por qué no vamos a otro sitio?

–¿Qué sugieres? ¿La tienda de mi tía Beth? ¿Tu habitación, tal vez? –con una mirada despectiva Tara desdobló su chaqueta y se la puso. Después se mordió el labio para que dejara de temblar–. Estoy segura de que podrás arreglar las cosas con tu novia. Siempre se te dieron bien las mujeres, ¿no, Mac?

–¿Qué significa eso?

–Tal vez no estabas siempre trabajando cuando decías que lo estabas. Tal vez estabas viendo a alguien más cuando me dejaste aquella noche…

Mac se puso furioso. Nunca había engañado a Tara, ni siquiera había querido hacerlo. Era cierto que las mujeres se pegaban a él, pero nunca había sido promiscuo, y cuando le había dicho a Tara que tenía que quedarse hasta tarde trabajando en la oficina, eso era precisamente lo que había hecho.

–Primero me acusas de adicto al trabajo, y eso lo acepto, porque

es verdad. Pero al acusarme de tener aventuras con otras mujeres has ido demasiado lejos. ¿Qué motivo habría podido tener? Siempre fuiste más que suficiente para mí, Tara… no finjas que no lo recuerdas…

Esas palabras, unidas a la mirada ardiente de Mac, hicieron que Tara sintiera un deseo tan fuerte que casi le fallaron las piernas.

–Bueno, ¡he cambiado! Ya no… ya no estoy interesada en esas cosas –se ruborizó violentamente y deseó que se la tragara la tierra–. Tengo otras cosas más importantes en las que pensar, tengo un trabajo con la tía Beth con el que me siento realizada, tengo…

–¿Por qué dejaste el baile, por cierto?

En ese momento la respuesta era un misterio incluso para Tara, así que se cruzó de brazos y miró a Mac con enfado.

–¡Eso no es asunto tuyo! Soy libre y no tengo que darte explicaciones. Después de cinco años yo…

–Todavía eres mi mujer –dijo con tono serio, casi posesivo. Tara sintió un escalofrío.

–Eso podemos arreglarlo fácilmente. Ahora tienes mucho tiempo… ¿por qué no buscas un abogado y preparas los papeles? A menos que ya lo hayas hecho, claro.

–Ya te lo he dicho, Tara, no quiero el divorcio. Quiero que nos reconciliemos. Comprendo que necesites algún tiempo para pensarlo pero, como bien has dicho, ahora tengo tiempo, así que puedo dedicarte toda mi atención. ¿Por qué no empezamos cenando juntos esta noche?

–No puedo. Tengo una cita –echó la cabeza hacia atrás mientras sus ojos verdes brillaban triunfantes.

–¿Una cita?

–Con un hombre.

–¿Estás viendo a alguien? –uno de los músculos del pómulo de Mac tembló de forma reveladora.

–¿Es tan difícil de creer?

Mac le echó un vistazo a su reloj, se estiró los puños de las mangas y sonrió seductoramente. Tara contuvo la respiración mientras cada célula de su cuerpo parecía latir con fuerza.

–Esa pregunta no merece respuesta. Cancela la cita y dile a tu «amigo» que vas a cenar con tu marido.

–¡No pienso hacerlo!

–Entonces dame su teléfono, yo lo llamaré.

–¡No seas ridículo!

–Entonces hablaré con Beth… tal vez ella me lo dé.

–Beth no haría eso. Mira, Mac, ¡esto es una locura! Hemos

estado separados demasiado tiempo, no somos las mismas personas que entonces –angustiada, Tara respiró profundamente y bajó la vista. Cuando hubo recuperado un poco la calma, levantó la cabeza y lo miró suplicante–. Vuelve a Londres. Llama a Amelie. Créeme, Mac, nuestra reconciliación no funcionaría.

–¿Y si te digo que quiero que intentemos tener otro bebé?

Dando un grito ahogado, Tara se dio la vuelta y salió del hotel.

Mac se metió en el Mercedes y empezó a conducir. No sabía dónde iba, pero tampoco le importaba. Lo único que sabía era que necesitaba respirar, pensar y aclararse las ideas sobre Tara. No debería haber dicho lo del bebé, eso era evidente, y no podía culpar a Tara por su reacción. El único que había actuado como un idiota egoísta era él, y posiblemente en ese momento ella se estaría preguntando a qué demonios estaba jugando.

–Muy bien –dijo en voz alta mientras encendía la radio–. Quiero que vuelva, y no me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. Quiero tener niños… muchos niños, y que vivamos felizmente en algún lugar que ella elija. Quiero… –la letra de la canción que sonaba en la radio penetró de repente en su cerebro. «Es demasiado tarde, cariño», decía el cantante. Mac levantó el pie del acelerador y soltó una palabrota.

Apagó la radio y miró el paisaje a través de la ventanilla sin demasiado placer. Él era un hombre de ciudad y el campo le parecía demasiado tranquilo, demasiado… verde. En cualquier caso, le hacía ser introspectivo y en ese momento a Mac no le gustaba lo que estaba descubriendo de sí mismo. Tenía treinta y ocho años y era el propietario y el director de una de las agencias de publicidad con más éxito de Londres. Pero en ninguna otra faceta de su vida había tenido éxito, y se sentía un fracasado. Era un adicto al trabajo, le había dado más importancia a la ambición que al amor y en cinco años no había tenido ningún contacto con su mujer porque sabía que el haberla dejado cuando ella quería desesperadamente resolver los problemas, cuando lo había necesitado más que nunca, era imperdonable. Y más aún después de haberse enterado de lo del bebé…

Media hora después, agotado emocionalmente, Mac se detuvo en un área señalada como de gran belleza natural, salió del coche y empezó a caminar. A su izquierda había una zona boscosa que, iluminada por los rayos del sol, parecía un centinela, y el cielo era

de un profundo color azul. Mientras caminaba con el sol a sus espaldas se sorprendió al sentir que la paz comenzaba a invadirlo. Se quitó la chaqueta y la corbata y siguió andando sin mirar atrás. Siempre había creído que no le gustaba el campo, pero tuvo que admitir que sentía cierto placer con esa incursión en territorio desconocido.

–¿Hay algún mensaje?

La recepcionista morena levantó la mirada hacia el impresionante vikingo rubio que acababa de entrar y casi se ahogó con la galleta. Ruborizándose violentamente, miró a Mac, que la observaba divertido.

–Lo siento, señor Simmonsen, estaba tomando el té. Ha estado disfrutando del aire fresco, ¿verdad?

Se había desabrochado los primeros botones de su inmaculada camisa blanca, llevaba la chaqueta en una mano y tenía un par de briznas de hierba en el cabello. Eileen Dunne sintió calor de repente y se abanicó con el dorso de la mano.

–La verdad es que el paisaje es muy bonito –contestó Mac sonriendo.

Eileen se aclaró la garganta.

–Hay muchos turistas que únicamente vienen buscando paz y tranquilidad –consiguió decir antes de volver a sonrojarse.

–Ahora ya sé por qué. Entonces, ¿no hay ningún mensaje para mí? –dudaba que hubiera alguno, pero no había ningún mal en comprobarlo.

–Hay uno –Eileen se volvió hacia los casilleros a sus espaldas y sacó un papel doblado de uno de ellos–. Es de una mujer llamada Tara. Espero que entienda mi letra.

Al desdoblar el papel Mac sintió una oleada de esperanza mientras lo leía.

Mac.

Si tu oferta de cenar esta noche sigue en pie, te iré a buscar al hotel a las ocho.

Tara.

–Gracias –se metió el papel en el bolsillo trasero, le dirigió otra mirada a Eileen y subió los escalones de dos en dos.

–Gracias a usted… –Eileen sonrió antes de darle otro bocado a la

galleta.

–¡Hey! ¿Vas a algún sitio en especial? –Beth asomó la cabeza al dormitorio de su sobrina y sonrió al ver el montón de ropa que había sobre la cama.

Tara estaba de pie frente al armario abierto, con un vestido de algodón indio que le hacía parecer como si acabara de salir de las páginas de *El sueño de una noche de verano*. Se acababa de lavar el pelo y su rostro aún estaba rojo por el calor del secador.

–Voy a cenar con Mac –pensando que era mejor no volverse para ver la expresión de su tía, Tara estudió el contenido del armario, dudando del vestido que había elegido.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿De qué va todo esto? Juraste que no lo ibas a volver a ver cuando volviste a la tienda esta tarde. ¿Te hizo o no te hizo llorar?

Tara se giró lentamente. Beth parecía desconcertada y preocupada. Tara suspiró. «Quiero que intentemos tener otro bebé», había dicho Mac fríamente. Ella, sin embargo, se sentía como si el corazón se le fuera a salir del pecho.

–Ahora mismo estoy bastante alterada, y no sé muy bien lo que está pasando con Mac. Pero tenemos algunas cosas pendientes de las que hablar, por eso vamos a cenar esta noche.

–¿Y esas «cosas pendientes» tienen algo que ver con el divorcio?

Volviéndose otra vez hacia el armario, Tara suspiró de nuevo.

–Probablemente.

–¿Probablemente?

–Es mejor que lo digas, Beth. Piensas que soy una tonta por verlo de nuevo y crees que me va a romper el corazón. Bueno, pues que sepas que mi corazón no se ha recompuesto en este tiempo, así que estoy a salvo de ese dolor –los ojos se le llenaron de lágrimas y Tara las apartó bruscamente con la mano. Probablemente era un gran error ver a Mac, pero tenía que saber lo que estaba pasando.

–Ese hombre ya te ha hecho mucho daño. Cuando se fue lo abandonaste todo, el baile, tus salidas, tu vida… ¡Por el amor de Dios! Dejaste todo lo que te gustaba porque te sentías herida. No digo que sea una mala persona, Tara, porque no lo es. Pero los hombres como Mac no saben cómo hacer que una relación funcione. Es más, no tienen tiempo para hacer que funcione. Sal y cena con él. Dile que quieres el divorcio y que lo quieres ya, después deja que se vaya y sigue con tu vida. Y si eso significa que

tienes que irte de aquí a otro lugar donde puedas enseñar a bailar, ¡hazlo!

Con las mejillas sonrojadas por la pasión de sus palabras, Beth se dio la vuelta y salió de la habitación.

Tara se dejó caer sobre la cama, consciente de que su tía le había dicho la verdad. Cuando ya se habían agotado todas las posibilidades, Tara confiaba en Beth. Cuando la madre de Tara murió diez años atrás y su padre se volvió a casar, Beth había hecho el papel de madre, hermana y amiga. Era evidente que su tía la apreciaba mucho pero, hasta donde ella sabía, no podía decir lo mismo de Mac.

Tara no había comido nada. Durante unos segundos más Mac vio cómo removía la comida en el plato y después se inclinó hacia delante y le tomó la mano con la que agarraba el tenedor.

–Creo que lo que tienes que hacer es pinchar la comida con el tenedor y después llevártela a la boca.

Sorprendida por el contacto, por los ardientes ojos azules de Mac, Tara se quedó boquiabierta. Mac pinchó un poco de comida con el tenedor y lo llevó a los labios de Tara.

–Eso es –dijo suavemente mientras ella empezaba a masticar–. Ahora dime por qué no comes. Espero que no estés haciendo alguna tontería como intentar perder peso.

Ella sintió un dolor en la garganta que casi le impidió tragar el bocado. Mirando a los otros comensales del restaurante francés, Tara deseó poder sentirse tan alegre como todos parecían estar. Ella, sin embargo, se sentía tensa y aprensiva.

–Claro que no estoy a dieta. La comida está deliciosa, pero…

–¿Pero?

–Me resulta difícil comer cuando no estoy relajada… cuando estoy preocupada o tensa.

–Sí, lo recuerdo –Mac se llevó la servilleta a los labios y se recostó en su silla para estudiarla–. Siento mucho que estés tensa, pero esto no es ningún juego, Tara. Quiero que volvamos a estar juntos y que esta vez consigamos que funcione.

–Lo dices como si fuera uno de tus proyectos. ¿Es eso lo que vas a hacer, Mac? ¿Tratarme como a uno de tus informes? ¿Me vas a asignar cierta cantidad de tiempo para conseguir lo que quieres? –apartó el plato amargamente, levantó su copa de vino y bebió. Tenía razón al enfadarse. ¿Por qué Mac parecía tan frío y arrogante

cuando ella sentía que todas sus emociones se acumulaban como un ciclón en su interior? ¿Es que esperaba que lo recibiera con los brazos abiertos después de lo que había hecho?

Jugueteando con el colgante de perla que llevaba alrededor del cuello, Tara entrecerró los ojos.

–No tiene ningún sentido que volvamos a estar juntos, Mac. Tú me dejaste, ¿recuerdas? Hace un par de días viniste a buscarme para pedirme el divorcio. Ahora me dices que tu relación con Emily, o como se llame, se ha terminado, y que después de todo has decidido que me quieres. La próxima semana seguramente volverás a cambiar de opinión. No tengo ni idea de lo que estás pensando pero tampoco me importa mucho. Déjame tranquila, Mac. Déjame sola y vete a Londres.

Tara se levantó de la mesa y Mac se inclinó hacia delante rápidamente para agarrarla de la mano.

–Siéntate, Tara, esto aún no se ha terminado.

–¡Claro que sí! –sin importarle cuánta gente se había girado para mirarla, Tara se volvió a sentar–. Esto es cruel. Deberíamos habernos divorciado en su momento, romper definitivamente. No deberíamos haberlo alargado durante cinco años… ¿En qué estábamos pensando?

Volviendo él también a su silla, Mac la miró desde el otro lado de la mesa. Un camarero se detuvo a su lado para preguntarles si todo estaba bien.

–Estamos bien –respondió Mac lacónicamente sin dejar de mirar a Tara–. Y tal vez esa sea una pregunta que tenemos que analizar, Tara.

Mientras observaba sus rasgos uno por uno y se detenía en los labios carnosos humedecidos por el vino, sintió una oleada de deseo. Tara nunca tenía que hacer o decir nada especial para encender la pasión de Mac. Todo en ella era inexplicablemente erótico, desde su dulce sonrisa hasta la forma de caminar. Incluso cuando estaba furiosa con él, con el labio superior tembloroso y sus enormes ojos lanzándole chispas de fuego verde, Mac se volvía loco de deseo por ella.

–¿Qué estás diciendo? –dijo Tara con voz ronca mientras se apartaba el cabello del rostro.

–Digo que probablemente aún tenemos mucho más en común de lo que piensas. Siempre hubo un aspecto de nuestro matrimonio en el que no tuvimos ningún problema.

Tara no podía creer que Mac estuviera sonriendo. Sintió que le fallaban las rodillas y que lo deseaba de la manera más carnal, pero

no podía creer que estuviera siendo tan arrogante. Sólo porque Mac supiera que ella tampoco era inmune a la química sexual que había entre los dos no tenía derecho a pensar que estaba ganando. Dios santo, ella se había mantenido célibe desde que Mac se marchó. Había permanecido así durante cinco años sin sucumbir a ese tipo de tentación.

–El sexo no es una razón sólida en la que basar el matrimonio –dijo ella de mal humor, deseando no estar hablando como una mojigata.

–Estoy de acuerdo –le dedicó una sonrisa devastadora y Tara juntó las piernas fuertemente para evitar que le temblaran.

–Pero el gran sexo, el sexo alucinante, el que te hace temblar las rodillas y que dura toda la noche, ese es otra cosa, ¿no? ¿No estás de acuerdo?

–Si eso es todo lo que buscas en un matrimonio, entonces puedes pagar a una prostituta. Seguro que puedes permitírtelo. Sería perfecto, sin ataduras y sin exigencias de tu precioso tiempo.

En cuanto hubo pronunciado esas palabras se arrepintió, pero si había ofendido a Mac él no dijo nada.

–Ya te he dicho lo que quiero, Tara. Quiero una esposa, hijos; quiero que seamos una familia de verdad. ¿No quieres eso tú también? Antes decías que sí.

–Pero tú eras el que no estabas interesado en tener una familia. ¡Tú fuiste quien se marchó cuando estaba embarazada!

–Debiste habérmelo dicho.

–Claro, y te habrías quedado por el bebé. Prefería haberlo criado yo sola, porque tú, ¿cuándo ibas a ser un padre para él? Te ibas por las mañanas cuando aún no había amanecido y regresabas cuando ya era de noche. Sin mencionar el hecho de que también trabajabas la mayoría de los fines de semana. ¿Cuándo habrías visto a nuestro hijo, Mac? ¿Cuándo tuviera veintiún años?

Mac la observó y ella se sorprendió al descubrir que tenía la mirada sombría.

–Háblame de él. Háblame del bebé.

Capítulo 4

Era precioso… perfecto… aunque fuera tan pequeñito. Lo envolvieron en una manta y me dejaron tomarlo en brazos. Parecía dormido –alargando la mano hacia su copa de vino, Tara bebió un gran sorbo. Mac vio que le temblaban las manos y los ojos se le llenaban de lágrimas, y deseó que estuvieran solos para poder tomarla en brazos y consolarla. Él también sentía dolor. Había estado convencido de que estaba haciendo lo mejor cuando se marchó, porque Tara cada vez se sentía más infeliz a su lado. Comprendía que a ella le hubiera molestado que dedicara tanto tiempo a su trabajo, pero se sentía frustrado y furioso porque Tara nunca lo había mirado desde su punto de vista, a pesar de que él le había dicho muchas veces que trabajaba tanto para los dos. Pero en ese preciso momento esas palabras le parecieron huecas.

–¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital? –hacía calor y Mac se aflojó la corbata, desabrochándose también el primer botón de la camisa.

–Una noche y un día. Mira, Mac, no quiero hablar de esto ahora –Tara se llevó unas verduras a la boca y se obligó a masticarlas. Muchas veces había imaginado que le hablaba del bebé. Lo había llamado Gabriel por el arcángel que tenía una fuerte relación con el embarazo y el nacimiento y cuyo nombre significaba «Dios es mi fuerza». Había necesitado mucho de eso después de que Mac se marchara. Cada noche había llorado hasta quedarse dormida, preguntándose qué estaba haciendo y si había encontrado a alguien más, alguien que no lo censurara tanto por el trabajo y que lo apreciara más. Lo único que había ayudado a Tara a seguir adelante era que llevaba el bebé de Mac en sus entrañas, y al perderlo se había preguntado cómo iba a vivir el resto de su vida sin volverse loca. Si no hubiera sido por el amor y el cariño de su tía Beth, tal vez en ese momento no estaría viva para hablar con Mac.

–Quiero arreglarlo, Tara. ¿Me vas a dejar que lo intente?

–No puedes hacer que vuelva nuestro bebé.

–No –sin estremecerse por la acusación que leía en los ojos de Tara, Mac aceptó su castigo. Al fin y al cabo, se lo merecía. Había leído que para las mujeres embarazadas y sus bebés era mejor si tenían un ambiente estable emocionalmente. Tara se quedó angustiada cuando él se marchó, y pensó que tal vez había sido culpa suya que ella perdiera el bebé.

–Deberíamos olvidar el pasado. Eso es lo que yo estoy intentando hacer –Tara logró esbozar una sonrisa y se levantó. Ya no quería seguir culpándolo, para eso se requería mucha energía y en realidad le hacía sentirse mal. Además, podía darse cuenta de que Mac tampoco estaba bien, y parecía bastante mayor que antes. Tenía pequeñas arruguitas junto a los ojos y en las comisuras de la boca se apreciaban las señales de la tensión.

–¿Dónde vas?

–Estoy cansada. Llevo todo el día de pie en el trabajo y necesito descansar. ¿Te importa?

–¿Estás segura de que no te vas para ver a alguien?

–¿A alguien? –Tara estaba realmente sorprendida.

–Antes dijiste que tenías una cita.

–Y también te dije cuando quedamos para cenar que él la canceló a última hora.

–No te creo.

Tara suspiró. Tenía todo el derecho a no creerla, porque estaba mintiendo. No había ninguna cita y ni siquiera se le ocurría utilizar a Raj como excusa.

–En realidad no tenía ninguna cita, Mac. Sólo estaba intentando evitar no verte. Lo siento.

–Déjame que pague y te llevaré a casa.

–No es necesario.

–He dicho que te llevaré a casa. Espera sólo un minuto –Mac le hizo señas al camarero para que se acercara. Tara recogió la chaqueta y el bolso y se dirigió a la puerta para esperarlo.

El día no podía ser más gris, pensó Tara mientras dejaba de sacarle brillo a un aparador victoriano y miraba a través del escaparate de la tienda. Llovía intensamente y algunos compradores intrépidos se dispersaban para resguardarse de la lluvia. Peter Trent, el librero de en frente, acababa de tapar la exposición exterior con una lona. El pobre hombre apenas sacaba beneficios del negocio, y ese día no iba a tener mejor suerte.

Frotándose la sien donde una jaqueca amenazaba con estallar,

Tara se preguntó qué estaría haciendo Mac. Habían pasado dos días desde que cenaron y no había sabido nada de él. «Te veré pronto», había dicho él al dejarla en casa, pero su expresión distante no le había inspirado mucha confianza y después él se había sumergido en la noche como si sus hombros soportaran todas las preocupaciones del mundo. Ella habría hecho cualquier cosa por suavizar esas preocupaciones. Trabajaba demasiado y se estaba empezando a notar. Cuando un hombre como él pensaba que relajarse era ir al gimnasio y correr en la cinta o levantar pesas, significaba algo. Ella había intentado enseñarle los poderes reconstituyentes del campo, pero Mac siempre estaba de mal humor y no respondía, así que Tara había terminado por ir sola. Así había hecho la mayor parte de las cosas en su matrimonio… sola.

Observando la lluvia, Tara se preguntó si Mac había regresado a Londres. Tal vez ya no estaba interesado en reconciliarse. El corazón le dio un vuelco.

Eso sería lo mejor, se dijo duramente. No funcionó la primera vez; ¿por qué iba a funcionar después? Y ella no estaba dispuesta a volver a la situación de antes, con Mac trabajando todo el día mientras ella lo esperaba en casa sola e infeliz. Estaba mucho mejor con Beth. La ciudad era muy pequeña comparada con Londres, pero Mac se podía quedar con ese montón de contaminación donde ni siquiera tenían oportunidad de conocer a los vecinos porque estaban trabajando todo el día.

–¡Qué tiempo tan espantoso! –la pesada puerta de roble al fondo de la sala se abrió y apareció Beth, que llevaba una pequeña bandeja con dos tazas de color púrpura. Al detectar el delicioso aroma de café francés, Tara dejó el trapo del polvo sobre el aparador y se acercó a su tía.

–Gracias. Parece que me hayas leído los pensamientos.

–El café no es muy bueno para la jaqueca.

–¿Cómo sabes que tengo jaqueca?

Dejando la bandeja vacía en una silla, Beth apartó unos papeles de su escritorio y se sentó en el borde. Tomó un sorbo de café y sonrió a su sobrina.

–Porque estás frunciendo el ceño y siempre haces eso cuando te estás intentando concentrar. ¿Por qué no vas a la cocina y te tomas una aspirina?

Tara se encogió de hombros.

–Estoy bien, no te preocupes.

–Pero sí que me preocupo por ti, querida, y sabes por qué.

¿Sabes algo de Mac?

–No –tomando la taza de café con las dos manos, Tara se esforzó por mantener una expresión lo más indiferente posible–. Por lo que sé, tal vez se haya ido a Londres.

–Eso es muy improbable, querida, sé lo decidido que puede ser tu marido cuando quiere algo. ¿Recuerdas ese contrato con una empresa de productos de confitería por el que todo el mundo competía hace unos seis años? Mac hizo frente a todos los competidores hasta conseguirlo, y no fue precisamente por su cara bonita. Trabajó día y noche para…

–Ya lo sé, Beth. Yo estaba allí, ¿recuerdas? –Tara sintió una punzada de dolor. Durante esa campaña Mac no había ido a casa algunas noches, se había quedado a dormir en el sofá de la oficina para poder estar «a mano» si ocurría algo importante. Para verlo Tara casi había tenido que pedir cita con su secretaria, una mujer que le hacía sentir como si estuviera molestando a Mac. Al recordar esos días supo por qué era imposible volver con él. Se había tomado un mes de vacaciones para intentar la reconciliación, pero Tara pensaba que el trabajo seguía siendo su prioridad.

–Y no es mi marido… al menos no en el sentido que importa –irritada, Tara se frotó la sien al sentir que el dolor de cabeza aumentaba–. Creo que me tomaré esa aspirina.

–Yo no iría ahora si fuera tú –dijo Beth mirando hacia la entrada de la tienda. Mac estaba en la puerta, llenando el pequeño espacio con sus amplios hombros y su gran altura. Llevaba un elegante impermeable gris y sacudió un paraguas negro antes de entrar. El rubio cabello rizado se metía por el cuello del impermeable y las gotas de lluvia hacían brillar sus rasgos fascinantes, transformando el color de sus ojos en un azul casi eléctrico. A Tara le pareció que el tiempo se detenía, y no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que finalmente dio un profundo suspiro. Agarró la taza de café con más fuerza y se limpió la mano libre en los vaqueros.

–Buenos días –dijo Beth alegremente… Demasiado alegremente para el gusto de Tara–. Llegas a tiempo para tomar un café. Sin leche ni azúcar, ¿no es así?

Mac frunció el ceño con sorpresa mientras pasaba junto al aparador victoriano y una chaise longue roja y dorada que claramente necesitaba una restauración.

–Me halaga que te acuerdes.

–Recuerdo muchas cosas de ti, Mac Simmonsen. Algunas buenas

y otras no tan buenas –dijo Beth antes de desaparecer tras la chirriante puerta de roble, dejando a Tara a solas con él.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló. Por su parte, Mac la observaba encantado. Tara llevaba unos vaqueros de color azul claro, un suéter de cachemir verde y unos pequeños aretes de oro en las orejas. Tenía un aspecto joven y hermoso, y estaba especialmente atractiva en un día otoñal en el que Mac se preguntaba con pesimismo si la reconciliación no sería una causa perdida.

–¿Cómo te sientes hoy? –preguntó él.

–Estoy bien –mintió, deseando que se le pasara el dolor de cabeza–. Pensé que tal vez habrías vuelto a Londres.

–¿Por qué iba a hacer algo así?

–¿Síndrome de abstinencia por no estar en el trabajo? –Tara enarcó una ceja desconcertada al verlo sonreír.

–Eso duele.

–Lo dudo –por alguna extraña razón, Tara le devolvió la sonrisa y Mac, parpadeando incrédulo, se quedó sin aliento. Verla sonreír era como ver que un lago helado empezaba a derretirse, y supo que había alguna esperanza.

–He venido con la esperanza de que quieras salir conmigo esta tarde.

–¿Dónde? –Tara apretó aún con más fuerza la taza de color púrpura. Debería haberle dicho directamente que no, pero seguía haciendo un tiempo espantoso y algo en su interior deseaba que ocurriera algo bueno. Decidió no analizar en ese momento por qué había asociado a Mac con algo bueno.

–Hay un buen gimnasio con balneario a unos quince kilómetros. Pensé que podría usar el gimnasio y darme un masaje después. ¿Te apuntas?

«Oh, Dios…» Había algo extremadamente erótico en imaginarse a Mac mientras le daban un masaje.

–Tú sí que sabes cómo tentar a una chica –respondió ella intentando mantener la calma. Pero no era fácil cuando Mac la estaba mirando fijamente.

–Solía hacerlo –dijo en voz baja. Tara lo miró deseando quitarle el impermeable y cualquier otra cosa que llevara debajo–. Entonces… ¿vienes conmigo?

–Antes tengo que hablar con Beth.

–¿Sobre qué, querida? –preguntó su tía apareciendo con otra taza de café en las manos.

–Mac me ha invitado a salir esta tarde… a un balneario. ¿Puedes pasar sin mí?

Beth puso los ojos en blanco.

–¿Te parece que los clientes se están amontonando en la puerta para entrar? Claro que puedo pasar sin ti, sal y diviértete. ¿Has dicho un balneario? ¡Tienes que estar loca para haber aceptado esa invitación!

–Gracias, Beth.

–Puede que sea bueno para tu dolor de cabeza.

–¿Dolor de cabeza? –la mirada de Mac pasó de Beth a Tara.

–Ya casi se me ha pasado –contestó ella ruborizándose.

–Tómate una aspirina antes de irnos. Supongo que habrás comido algo esta mañana…

–Dijo que no tenía hambre –Beth frunció el ceño.

–No nos iremos hasta que te hayas tomado un sándwich por lo menos, ¡y me voy a sentar aquí para asegurarme de que te lo comes! –contestó Mac con firmeza.

Por una vez, Beth estuvo de acuerdo con él. Últimamente su sobrina estaba más delgada y no quería que siguiera perdiendo peso. Beth era de las que pensaban que una mujer con curvas era mucho más atractiva, y estaba segura de que la mayoría de los hombres también lo creía.

–Vamos a la cocina –sugirió Beth sonriendo–. Toma tu café, Mac. Cerraré la tienda durante media hora.

Un par de horas después, envuelta en un suave albornoz blanco después de haber disfrutado de un masaje relajante, Tara se sentó en la sala comunitaria para invitados «Camino al Paraíso», sorbiendo un exótico cóctel de zumo de frutas y preguntándose qué había hecho para merecer tal bendición. Mac todavía no había terminado con su masaje, así que Tara pudo admirar todo lo que la rodeaba, las paredes de color azul cielo y los exóticos arbustos, mientras sentía el aroma de los aceites esenciales.

Se inclinó sobre una mesita de ratán para dejar su bebida y tomó una revista, sumergiéndose en las dietas de moda de algunas actrices. Era gracioso que estuviera haciendo eso, porque normalmente no tenía tiempo para relajarse. Casi siempre estaba de pie trabajando, y su manera favorita de relajarse era caminar por el campo con una mochila a la espalda, un mapa y una brújula para guiarse y el placer de tomarse su tiempo para llegar a donde se dirigiera, sabiendo que lo importante era el viaje, y no el destino. Le

hubiera gustado convencer a Mac de los placeres de esa actividad, pero nunca había conseguido que se ausentara del trabajo el tiempo suficiente. Tara sabía que después de media hora caminando todos sus problemas habían desaparecido, incluidos los peores. La naturaleza era una maravillosa curandera y Tara estaba convencida de que viviendo allí, a sólo unos minutos de uno de los paisajes más hermosos e impresionantes, nunca querría vivir de nuevo en una gran ciudad.

–¿Cómo va tu jaqueca?

Levantó la mirada sorprendida para encontrarse con Mac. Él también llevaba un albornoz blanco y en los lugares en donde se le veía la piel ésta brillaba con los aceites del masaje. Tenía el cabello echado hacia atrás y algunas arrugas se habían suavizado bastante, haciéndolo parecer mucho más joven. Tara sintió que el corazón le daba un vuelco.

–¿Qué jaqueca?

–Entonces ha merecido la pena venir aquí, ¿no?

–Definitivamente.

–Bien –Mac acercó una silla de ratán y se sentó, mirándola fijamente a los ojos–. Creo que no te mimas lo suficiente.

–Mira quién fue a hablar.

Sus tímidos ojos verdes provocaron todo tipo de respuestas deliciosas en el relajado cuerpo de Mac. Él se preguntó si debajo del albornoz estaría desnuda y pensó que le encantaría ver a su mujer sin ropa una vez más. Bueno… no solamente una vez más. «Hasta que la muerte nos separe», como había prometido en sus votos al casarse. Ningún éxito en el trabajo podía compararse con cómo se sentía cuando estaba con Tara. Al principio de estar juntos ella había hecho de él un hombre mejor, un buen hombre. ¿Cómo había perdido de vista eso y muchas otras cosas para concentrarse en su carrera? En el negocio de publicidad lo llamaban «el Mago», porque tenía fama de conseguir que hasta los proyectos más difíciles fueran un éxito. Las campañas de publicidad de las que se encargaba eran innovadoras e inteligentes, «obras de arte», según había comentado en un periódico un analista de negocios. Pero en lo que se refería a su matrimonio, Mac no iba a ninguna parte siendo un mago.

Se había quedado muy callado y Tara sentía curiosidad por saber por qué. Le pareció ver inquietud en sus ojos, y antes de que pudiera pensarlo mejor le puso una mano en la rodilla.

–Estás frunciendo el ceño –dijo Tara–. ¿Qué pasa, Mac? ¿En qué piensas?

Mirando la delgada y pálida mano que estaba sobre su rodilla,

Mac tragó saliva. Tara no tenía ni idea de que su contacto lo abrasaba, de que le causaba un dolor que no cesaría… no hasta que lo hubiera tocado más, hasta que estuvieran desnudos en la cama. No hasta que hubiera recuperado los cinco años de separación. Sólo así se sentiría lleno de nuevo.

–Estaba pensando en irme por una temporada. Tomarme unas vacaciones.

–Oh –Tara retiró repentinamente la mano. Sintió decepción y daño y, para ocultar su confusión, comenzó a pasar las páginas de la revista que tenía en el regazo.

«Demasiado para volver juntos…»

–Me gustaría que vinieras conmigo.

El corazón comenzó a latirle con rapidez.

–¿De vacaciones? ¿Dónde?

–A Irlanda. Un amigo mío tiene una casa allí, a sólo unos metros del mar. No te puedo prometer que el cielo estará azul y soleado, pero tendremos mucho tiempo para hablar, pasear por la playa y conocernos otra vez.

Sus intensos ojos azules eran el único centro de atención de Tara.

–¿Cuándo pensabas irte?

En su fuero interno Mac suspiró aliviado. No le había dado un «no» rotundo, así que tenía alguna posibilidad.

–Mañana o pasado mañana –cuanto antes mejor, en lo que a él respectaba.

–¿Y por cuánto tiempo? –Tara comenzó a darle vueltas con el dedo a un mechón de pelo y lo volvió a soltar.

–Por el tiempo que queramos. La casa estará vacía hasta Navidad.

–Oh, Mac –inquieta, Tara se levantó, dio unos pasos por la sala y se volvió para mirarlo, dándole la espalda a un conjunto de palmeras en miniatura –. ¿Por qué no dejamos de torturarnos y nos divorciamos? ¡Nos estamos engañando si pensamos que podemos hacer que funcione otra vez!

Mac también se levantó.

–¿Cómo puedes saberlo si no nos hemos dado una oportunidad? Todavía me importas, Tara. ¿Por qué si no querría intentarlo de nuevo?

Cruzada de brazos, Tara se sorprendió por la sinceridad que había en su voz cautivadora.

–Pero te ibas a casar con otra persona –le recordó.

–No. Estoy seguro de que me habría dado cuenta antes, el matrimonio no va con Amelie.

–¿Y contigo sí?

La pregunta quedó suspendida entre los dos, como un hacha a punto de partir un tronco en dos. Mac bajó la cabeza.

–Lo fastidié todo, Tara, ¿pero es que la gente no puede cometer errores en ese mundo perfecto en el que vives?

Avergonzada, ella asintió con la cabeza. Por supuesto que sí, ella misma había cometido montones de errores. Levantó la barbilla.

–Muy bien, iré a Irlanda. Hablaremos y pasaremos algún tiempo juntos… pero no te prometo nada, y voy a insistir en tener habitaciones separadas.

–¿Esa es tu única condición? –Mac intentó borrar la sonrisa que comenzaba a curvar su boca, pero no lo consiguió. La había convencido de que fuera a Irlanda con él… ¿Era tan difícil creer que también podría convencerla de que se acostara con él al llegar allí? Tara se estaba engañando si pensaba que ya no había química entre ellos.

–¡Debo de estar loca! –dirigiéndole una mirada desdeñosa a Mac, Tara se dio la vuelta y atravesó las puertas de vaivén que conducían a los vestuarios femeninos.

Capítulo 5

Tara! Te vas… ¿Por qué no me lo dijiste?

Después de correr los últimos cien metros al ver a su amiga fuera de la tienda de su tía, Raj llegó sin aliento junto a Tara cuando ella metía su maleta en el maletero del Mercedes plateado de Mac. Mac estaba pagando la factura del hotel y se uniría a ella en cualquier momento con su equipaje.

Frunciendo el ceño, Tara se apartó un mechón de pelo del rostro y miró al atractivo hombre asiático con preocupación.

–¿Por qué? ¿Pasa algo?

–No pasa nada, pero estoy un poco disgustado porque no me has hablado del viaje. No lo habría sabido si tu tía Beth no se lo hubiera comentado a mi padre. Dijo que te vas a Irlanda con un amigo. ¿Con qué «amigo» te vas?

Al notar el tono posesivo de su voz, Tara se sintió irritada. Estaba necesitando todo su valor para arriesgarse a pasar dos semanas en una casa de la costa irlandesa con Mac, y lo último que necesitaba es que le molestara a Raj.

–En realidad él era… es mi marido. Siento no habértelo dicho antes, pero decidimos irnos hace sólo dos días. Te iba a enviar una postal… o dos, si te portas bien.

Por primera vez Raj no comprendió el humor de su atractiva amiga rubia. Se sentía muy contrariado al saber que se iba con otro hombre. Por supuesto que sabía que él mismo se iba a casar pronto, pero había esperado disfrutar de la compañía de Tara al menos un par de meses más antes de asumir la responsabilidad del matrimonio.

–¿Por qué te vas con el hombre que te dejó hace años? No sabía que lo estabas viendo otra vez.

Tomándose unos momentos para calmarse, Tara contó mentalmente hasta diez y cerró el maletero. El día prometía ser cálido y se puso las gafas de sol que llevaba sujetas en el cabello.

–Mis asuntos privados son precisamente eso, Raj, privados. No

tengo que darle explicaciones a nadie, así que por favor, respétalo.

–Eso hiere mis sentimientos –dijo dando la impresión de haber sido ofendido–. Creí que éramos amigos. ¿No entiendes que me preocupo por ti? Y no confío en ese marido que aparece y desaparece… ¡Si pasa algo malo mientras estás fuera, tendrá que darme explicaciones!

–¡Oh, Raj! –riéndose de la postura machista que Raj había tomado inconscientemente, Tara lo abrazó con fuerza–. ¿Qué haría yo sin ti? Eres divertido y dulce y me ayudas a no volverme loca, ya lo sabes.

Raj sucumbió a la actitud atrayente de su amiga y le rodeó afectuosamente la cintura con los brazos. Ninguno de los dos vio al hombre alto y rubio que, vestido con unos pantalones negros y un suéter de cuello alto del mismo color, se acercó al coche, dejó las maletas en el suelo y los miró con recelo.

Raj fue el primero en verlo y, al sentir que se apartaba de ella, Tara le dio unos golpecitos en las costillas.

–Y que esto sea una lección. No te vas a deshacer de mí tan fácilmente.

–Cuando hayas terminado, Tara, tenemos que tomar un avión.

Al oír el tono frío de la voz de Mac, se separó de Raj y se dio la vuelta ruborizada.

–¡Mac! No te oí llegar.

–Eso es evidente –le tembló un músculo en un lado de la mandíbula y Tara supo que estaba molesto. Muy molesto.

–Os voy a presentar –dijo rápidamente–. Este es Raj, Raj Singh. Él y yo somos… somos amigos –¿por qué la verdad sonaba tan poco convincente? No tenía ninguna razón para sentirse culpable, pero Mac la estaba mirando como si los hubiera pillado juntos en la cama. Tara sintió un nudo en el estómago. Mac no tenía ningún derecho a convertir algo perfectamente inocente en otra cosa más dudosa.

–¿Cómo está? –Mac extendió el brazo y le dio la mano a Raj brevemente–. Yo soy Mac Simmonsen, el marido de Tara –sabía por qué había añadido esas últimas palabras, y también sabía que se estaba jugando el derecho a hacerlo. Había sentido un puñetazo en el estómago al cruzar la calle y ver a Tara abrazando a otro hombre. ¿Era la cita que se suponía que Tara no tenía la noche que habían salido a cenar?

–Será mejor que cuide de ella mientras están fuera. Le tengo mucho cariño –dijo Raj con orgullo. Tara se habría reído si la

situación no hubiera sido tan incómoda. Cuanto menos dijera en ese momento, mejor.

–Yo también le tengo mucho cariño –contestó mirando a Tara. Ella se sintió aliviada al llevar las gafas de sol, porque las palabras de Mac la habían estremecido con su sinceridad. Sorprendida y eufórica al mismo tiempo, de repente se sintió entusiasmada con la idea de pasar dos semanas a solas con él… «para conocerse mejor»–. En cualquier caso, tenemos que irnos –echó un vistazo a su reloj de oro y abrió el maletero para meter sus maletas–. Tenemos que tomar un avión. ¿Estás lista, Tara?

–Antes quiero despedirme de la tía Beth. Hasta la vista, Raj. Te mandaré una postal.

–Vuelve pronto –dijo sin importarle que Mac estuviera mirándolo.

–Cuídate –contestó ella suavemente antes de abrir la puerta de Objetos para el Recuerdo y desaparecer dentro.

–Entonces… ¿es ese el tipo que canceló tu cita la otra noche? –Mac había esperado hasta que estuvieron sentados en el avión para hacerle la pregunta que le había estado perturbando durante todo el camino hacia el aeropuerto.

Con la cabeza inclinada, intentando abrocharse el cinturón de seguridad, ella lo miró sorprendida. Sabía que Mac había estado pensando en algo durante el viaje en coche, pero no podía creer que pensara que Raj y ella tenían alguna relación amorosa. Pero por su mirada grave dedujo que así era.

–Ya te lo dije, no tenía ninguna cita. Y para tu información… –aflojó un poco el cinturón antes de abrocharlo–, te diré que Raj y yo sólo somos amigos. ¿Es un concepto demasiado complicado para ti?

–Te miraba de una manera algo más que amistosa –Mac desvió la mirada con un nudo en el estómago al pensar que algún otro hombre la deseaba. Al estar separados, sin verla, esa había sido una idea abstracta. Pero después de haberla visto, de haber sentido su aroma, contemplado los diferentes tonos de verde que formaban sus ojos, después de haber observado su sonrisa tímida y sexy, no podía permitir que ningún otro hombre se acercara a menos de metro y medio de ella. Pero también sabía que a ella no le gustaría esa actitud posesiva, sobre todo cuando había sido él quien se había marchado.

–Son imaginaciones tuyas. En primer lugar, Raj no está interesado en mí, y en segundo lugar, se va a casar en Navidad con

una hermosa joven en Kerala.

–Entonces, ¿cuál es exactamente vuestra relación? Y no me digas otra vez que sólo sois «amigos». Eres una mujer hermosa, ¿por qué no iba a estar interesado en ti? Aunque esté comprometido.

–¿No crees que un hombre y una mujer puedan ser simplemente amigos?

–No –negando con la cabeza, Mac sacó la revista del bolsillo del asiento y comenzó a ojearla–. Más tarde o más temprano, el sexo siempre aparece.

Tara sintió que se ruborizaba al oírle hablar de sexo, y miró por la ventanilla para que Mac no la viera.

Mac se despertó sudando de una pesadilla. Había oído llorar a un bebé angustiado, tal vez el bebé de Tara, su propio hijo. Y sentía una profunda pena porque era demasiado tarde para salvarlo…

Incorporándose hasta quedar sentado en la cama, se pasó las manos por el pelo, sorprendido al notar el sudor en la frente, la sequedad de la boca y el nudo que tenía en la garganta. Parpadeó un par de veces y miró hacia la ventana, por donde se filtraba la brumosa luz de la mañana. Cuando los latidos de su corazón se calmaron, alargó el brazo para tomar una botella de agua que había en la mesilla de noche y bebió de ella. Miró el reloj de oro que aún rodeaba su muñeca y vio que eran algo más de las siete de la mañana. Había dormido profundamente, sin despertarse ni una sola vez durante la noche. Habían llegado a la casa bastante tarde porque se habían detenido en una ciudad cercana para cenar, y estaban tan cansados que lo único que hicieron fue buscar sus habitaciones y retirarse a dormir.

Luchando por despertarse del todo, respiró profundamente. El sueño lo había herido en lo más vivo y los sentimientos que había despertado aún se aferraban a él. Esperó no recordarlo durante el día, porque si lo hacía no podría mirar a Tara a los ojos.

Observó la habitación. Aparte de la enorme cama de matrimonio con un edredón de retales pasado de moda, había dos majestuosos armarios de madera negra, uno a cada lado de la puerta, un tocador a juego y un banco tapizado de terciopelo rojo bajo la gran ventana.

Poniendo los pies sobre el suelo alfombrado, Mac se levantó, se estiró y se acercó a la ventana para observar las vistas. Su amigo Mitch le había prometido que eran espectaculares y, cuando los ojos somnolientos de Mac se fijaron en el océano que se metía en la playa de arena, supo que no había mentido. Suspirando

profundamente, cruzó los brazos sobre el pecho musculoso y pensó que si no conseguía reconciliarse con Tara en ese lugar no conseguiría hacerlo en ningún otro.

Ella se sentía como una niña, ligera, despreocupada y libre, sin dolor, arrepentimiento ni infelicidad. Se quitó las sandalias, se arremangó los bordes de los vaqueros y corrió descalza hacia la espuma blanca en la orilla del mar, gritando cuando el agua helada le bañó los pies. Era el lugar más hermoso en el que había estado, pensó mirando a su alrededor sobrecogida. A sus espaldas había unas colinas verdes en las que se enclavaba la casa encalada del amigo de Mac, y el cielo de color azul cobalto dominaba el océano Atlántico y una enorme playa de arena blanca que se perdía en el horizonte. Era perfecto. Cerrando los ojos por unos instantes, Tara respiró profundamente, inhalando el aire salado y escuchando los graznidos de las gaviotas, y supo que nunca se arrepentiría de haber ido, aunque la relación con Mac no tuviera un final feliz. Abrió los ojos. Mac. ¿Cómo iban a estar juntos las siguientes dos semanas, cuando años atrás, cuando aún sentían algo el uno por el otro, no habían podido hacerlo? ¿Había hecho mal no diciéndole nada del bebé? ¿Las cosas podrían haber sido de otro modo si se lo hubiera dicho?

–¡Tara!

Se dio la vuelta al oír su nombre mientras el corazón le latía a toda velocidad. Mac caminaba por la playa hacia ella, vestido con vaqueros de color azul claro y una camiseta blanca. El sol le arrancaba destellos dorados a su cabello rubio, acentuando la firmeza de su barbilla y de sus hombros. Sintiendo una repentina timidez, Tara cruzó los brazos sobre el pecho, porque había decido no llevar sujetador bajo la camisa vaquera desteñida.

–Buenos días. ¿Cómo has dormido?

Sonriendo por la formalidad del saludo, Mac se detuvo antes de llegar a la orilla, sintiendo una oleada de placer al ver a Tara descalza con los pies en el agua.

–Bien –sin contar la pesadilla… –¿Y tú?

–Regular. Es una casa extraña y cuesta un poco acostumbrarse. Pero esto es fantástico, ¿verdad? ¡Es un agua tan clara, como cristal! –le dio pataditas al agua, riéndose como una niña al mojarse las piernas. Al ver que la mirada azul de Mac se oscurecía, dejó de chapotear y se alejó de la orilla para poner algo de distancia entre los dos.

–¿Qué pasa? –preguntó él preocupado mientras la seguía.

–Nada.

–Cuéntamelo.

–Muy bien. Me siento… me siento incómoda contigo.

–¿Por qué? Estuvimos juntos durante tres años. Compartimos un apartamento, un hogar… una vida. Hicimos todo lo que hacen las personas casadas.

–¿Y qué hay de los otros cinco años en los que no estuvimos juntos, Mac? –apartándose impacientemente el cabello del rostro, Tara lo miró con el ceño fruncido–. ¿Se supone que tenemos que olvidarlo tan fácilmente?

–No –contestó con expresión sombría–. ¿No es eso por lo que estamos aquí ahora?

–No sé por qué estoy aquí, supongo que tuve un momento de locura. No tenemos nada más que resolver, Mac. Esto es sólo una pequeña distracción cuando todo lo que tenemos que hacer es firmar los papeles del divorcio y seguir con nuestras vidas.

–No –Mac no podía aceptar el cinismo que había en la voz de Tara, sobre todo porque pensaba que él era el responsable de ese sentimiento. Tiempo atrás ella había sido la optimista, la que siempre veía el vaso medio lleno.

–¿No? –Tara sintió un nudo en la garganta y pensó que iba a llorar. En vez de dar rienda suelta a su resentimiento, lo que realmente quería hacer era pedir a Mac que la abrazara y volver a sentir la magia de estar entre sus brazos. «¿Cómo se torcieron tanto las cosas entre nosotros?», pensó.

–Ya lo he dicho y lo volveré a decir las veces que haga falta. No quiero el divorcio. Quiero demostrarte que podemos volver a estar bien juntos.

–Desde luego. Tienes una reputación que conservar, ¿verdad? Mac Simmonsen «el Mago». El hombre que puede convertir una causa perdida en un éxito –corrió hacia donde había dejado las sandalias, se las puso y se alejó caminando por la arena.

–¿Dónde vas? –dijo empezando a seguirla.

–¡Me muero de hambre! Voy a volver a la casa para ver si encuentro algo de comida.

Mac se giró para mirar el océano, que se extendía hasta el horizonte. Por lo menos no había dicho que iba a tomar el siguiente avión de vuelta a casa…

–Hmm… un amigo generoso –Tara observó el contenido del

frigorífico y sacó un paquete de beicon y una caja de huevos. Se subió las mangas, se lavó las manos bajo el grifo del agua caliente, se las secó en uno de los paños de cocina y se puso en cuclillas para buscar una sartén en los armarios inferiores.

De pie junto a la puerta de la gran cocina familiar, Mac observó a Tara buscar entre los cacharros hasta encontrar lo que quería, admirando su esbelta figura. Cuando ella se acercó a la ventana y agarró una caja de cerillas para encender los hornillos, Mac vio la suave curva de sus pechos contra la camisa vaquera y todo el calor de su cuerpo se concentró repentinamente en la ingle.

–Mitch dijo que dejaría la nevera llena. ¿Te parece si preparamos el desayuno juntos?

Girándose con la sartén en la mano, Tara parpadeó al verlo. Estaba apoyado contra el quicio de la puerta, los vaqueros se le ajustaban a las caderas, las mangas de la camiseta blanca moldeaban sus bíceps y tenía el pelo ligeramente desordenado. No parecía ni de lejos el jefe de la agencia de publicidad impecablemente vestido que solía ser. Tara deseó haber podido verlo así en casa cuando vivían juntos.

–No te preocupes, puedo hacerlo yo. Y tenemos que pagarle la comida a tu amigo. Si me dices cuánto es, yo te daré mi parte.

Mac se enfadó. Tara estaba tan decidida a ser independiente que ya estaba empezando a molestarlo.

–Ya está todo arreglado y tú no vas a pagar nada. Yo quise que vinieras conmigo, así que ni se te ocurra pensar en ello. ¿Cómo te gustan los huevos? ¿Escalfados, fritos o revueltos? –se puso a su lado junto a los hornillos.

Abrumada por su cercanía y por su colonia sexy, Tara le puso la sartén en la mano y se apartó rápidamente.

–Tú eres el que tiene unos increíbles poderes de deducción, así que adivínalo.

Pasaron unos momentos un poco incómodos mientras desayunaban, pero por lo menos Tara comió, y Mac se sintió aliviado. Después de recoger la mesa y de llenar el lavavajillas, Mac agarró la mano de Tara mientras ella doblaba un paño de cocina y la llevó hacia la puerta de la cocina.

–¿Por qué no damos un paseo en coche?

Mirando la mano que cubría la suya, Tara sintió como si cien voltios de electricidad le subieran por el brazo.

–Prefiero caminar –contestó con voz ronca, desconcertada al ver que Mac sonreía y deseando no parecer tan aterrorizada como se sentía.

–Bueno… si eso es lo que quieres… –dijo divertido.

–¡Pero tú odias caminar! –exclamó temblando al ver que Mac no le soltaba la mano–. ¿No decías que no tenía sentido andar cuando puedes ir en coche y llegar mucho antes?

–¿Yo decía eso? –Mac frunció el ceño fingiendo horror–. Claramente no estaba en mis cabales. Seguramente estaba pensando en el trabajo, siempre con prisa por llegar a algún sitio.

–A una gran reunión en la otra punta de la ciudad –recordó Tara–. Siempre tenías grandes reuniones, nunca eran pequeñas, y todo era urgente. Era una locura, Mac.

–Supongo que no puedo negarlo –frunciendo el ceño, le soltó la mano.

Tara suspiró.

–Si de verdad quieres ir a caminar necesitarás calzado apropiado. ¿Has traído algo?

–¿Qué? ¿Crees que soy incapaz de organizar el equipo adecuado para una estancia en el campo?

–Y no quiero mirar el reloj ni tener que volver con prisas. No tienes que ir a ningún sitio, ¿no? –ruborizada al ver que él seguía sonriendo, Tara intentó mantener la calma. Tal vez a Mac no le gustaba lo que estaba diciendo, pero pensaba que tenía que escucharlo. Todavía no estaba convencida de que no era el mismo hombre obsesionado con el trabajo que había sido durante tantos años.

–Mira –se quitó el reloj y lo puso sobre la mesa–. Lo dejaré aquí, caminaremos todo el día si quieres y no me quejaré. Y respondiendo a tu pregunta no, no tengo que ir a ninguna parte ni tengo que ver a nadie. Nadie más sabe que estoy aquí, Tara. Podemos hacer lo que queramos cuando queramos.

Mac deseó poder convencerla y hacerle el amor allí mismo, pero pasó junto a ella para salir de la cocina antes de que la frustración sexual lo volviera loco.

–¿Mac? –dijo Tara preocupada al pensar que tal vez lo había ofendido.

–¡Voy a sacar mis botas de montaña! –gritó él desde fuera. Tara no pudo evitar sonreír de alegría y se mordió el labio con deleite.

Capítulo 6

No te sientes mucho mejor al aire libre? –Tara tenía un saludable color rosado y sus ojos brillaban como los de un niño que estuviera buscando un tesoro. Miró a Mac, que la había seguido en silencio durante los últimos cuarenta minutos.

Limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, Mac se detuvo y la miró. Si existiera una mujer más sexy, más dulce y más deseable en el mundo, nadie podría convencerlo de que no era ella, pensó. Había estado observando el balanceo de sus caderas y de su trasero durante los últimos kilómetros y aún no se había cansado de la vista. Aunque las botas le estuvieran haciendo ver las estrellas y tuviera los pies llenos de ampollas.

–Dame unos pies nuevos y llegaré al fin del mundo.

–¿Las botas son nuevas? –Tara se acercó a él con expresión preocupada.

«Las cosas están mejorando», se dijo Mac esperanzado. Esa era la primera vez durante toda la caminata que ella lo miraba a él en vez de al paisaje. Nunca había tenido que competir con la hierba o con los árboles por la atención de una mujer y tenía el orgullo un poco herido.

–¿Podríamos parar aquí y descansar un poco?

–¿No sabes que es mejor domar unas botas nuevas antes de hacer una excursión larga?

–Hey –protestó él–. Soy un hombre de ciudad. Soy yo quien necesita que lo domen, no las botas.

Intentando no demostrar la frustración que sentía al tener que detenerse cuando estaba disfrutando tanto, Tara consideró la petición de Mac y asintió con la cabeza. Era una experiencia nueva para ella. Se dio cuenta de que estaba a cargo de la situación y algo vibró en su interior al pensar que un espécimen como Mac estaba sufriendo, aunque sólo fueran los pies.

–Será mejor que te las quites y que me dejes echar un vistazo.

Mac dio un paso atrás.

–¡De ninguna manera! No voy a dejar que pongas al aire mis pies doloridos. Recuerdo que una vez intentaste quitarme una astilla, ¡y casi me matas! Tienes un aspecto muy delicado, Tara, pero cuando se trata de ocuparse de los enfermos y de los heridos, pareces King Kong.

Avergonzada al principio por la comparación, Tara le vio de repente la gracia a la situación. Mac parecía realmente horrorizado ante la idea de que ella se ocupara de sus heridas y, sabiendo que a veces tendía a ser un poco torpe, dio rienda suelta a la risa que se estaba acumulando en su interior.

Mac en seguida se unió a su risa, rompiendo el silencio del hermoso día otoñal. Cuando se calmaron Tara se dio cuenta de que los rodeaba un nuevo tipo de quietud, mucho más profunda. Esforzándose por mantener la mirada en los botones del chaleco de Mac, Tara supo que tenía que poner algo de distancia entre ellos si no quería hacer algo de lo que después se arrepintiera. Pero la risa le había hecho bajar la guardia y Mac estaba allí, como la respuesta a la plegaria de una mujer, con su espléndido cabello rubio, unos ojos azules impresionantes y un físico perfecto. Sin mencionar esa mirada que prometía darle cualquier cosa que ella pidiera… cualquiera. La mirada de Tara no pudo quedarse en los botones, y cuando subió hasta la boca de Mac y luego a sus ojos, sintió un nudo en el estómago y lo deseó como no había deseado a nadie desde que hicieron el amor la última vez.

–Tal vez sea mejor que no te quites las botas, después sería muy difícil volvértelas a poner.

–¿Nadie te ha dicho nunca que te unas al ejército para los entrenamientos? –bromeó él.

–No creo que el uniforme me sentara bien –dijo Tara dándose la vuelta–. Este paisaje es muy hermoso… impresionante –comentó mientras caminaba a buen ritmo atravesando un prado. Mac la seguía, concentrado en llegar a la casa de Mitch con algo de piel en los pies–. No me extraña que haya inspirado a tantos escritores.

–Me alegro de que estés disfrutando –deteniéndose para tomar aliento, Mac observó a Tara mientras continuaba y supo que podría componer un soneto o dos después de ver el gracioso movimiento de su cuerpo. Mac estaba en forma, usaba regularmente el mini gimnasio que había instalado en su casa y nadaba un par de veces a la semana en el club del vecindario cuando tenía tiempo, pero Tara tenía tanta resistencia que había que verlo para creerlo. Se preguntó si sería por el baile. Sabía que hacía los ejercicios de entrenamiento de ballet cada día antes de ir a trabajar. Su flexibilidad siempre lo

había vuelto loco, especialmente en la cama. Soltó un improperio en voz baja y miró la hierba intentando mantener la calma.

–¿Por qué te has parado? ¿Te duelen los pies? –preguntó Tara mirándolo.

–¿Está muy lejos?

–Calculo que faltan unos veinte minutos –Tara sacó del bolsillo un mapa de la zona y lo estudió, consciente de que Mac estaba teniendo problemas para mantener su frustración a raya. Apreciaba que estuviera aguantando el dolor de los pies, pero por otra parte también esperaba que estuviera disfrutando la caminata.

–¿Veinte minutos? Se me van a hacer eternos –Mac se frotó la barbilla y movió los dedos de los pies para probar el dolor.

–¡Puedes hacerlo! ¡No me digas que un hombre que puede controlar una sala llena de ejecutivos con sólo una mirada no puede aguantar un par de ampollas! –riéndose, Tara guardó el mapa y estaba a punto de empezar a andar cuando Mac, ignorando el dolor de uno de sus tobillos, corrió hacia ella.

Demasiado asombrada para reaccionar, Tara lo miró incrédula mientras Mac la agarraba y la dejaba caer de espaldas sobre la hierba. Se sentó a horcajadas sobre ella, le sujetó los brazos por encima de la cabeza y sonrió con picardía. Con la cara ardiendo por una mezcla de indignación y deseo, Tara levantó una rodilla e intentó contraatacar en la zona más sensible, pero Mac era ágil y rápido y la sujetó aún más firmemente con los muslos.

–Así que sientes placer al torturarme, ¿eh?

–¡Yo no he torturado a nadie! No tengo la culpa de que hayas sido tan estúpido de traer unas botas nuevas –mirándolo con furia, Tara intentó liberarse, pero fue inútil. Mac era todo músculo y su fuerza física la abrumaba. Pero también la atraía, aunque se había jurado que no volvería a dejar que ese hombre jugara con ella–. Tanto trabajo de oficina está haciendo de ti un flojo, Mac –se burló ella.

–No, cariño –contestó él suavemente, con una suavidad que siempre reservaba para cuando hacían el amor–. Tú eres la floja. Floja y suave, como la seda –metió una mano por debajo de la camisa vaquera de Tara y ella sintió una oleada de deseo desde los pechos hacia el vientre. Era tan intenso que contuvo la respiración. No la había tocado en mucho tiempo, y en ese momento pensó que se moriría si él dejaba de hacerlo.

Desabrochando un botón para abrir la camisa, Mac apartó la tela y deslizó una mano seductoramente por el pecho de Tara.

–No.

La palabra salió de sus labios sin querer, pero algo en el interior de Tara quiso salvarla del dolor y le devolvió la sensatez. «Maldita sea». Lentamente, Mac retiró la mano y después se levantó. Durante unos momentos Tara se quedó tumbada mirando el cielo y desando morirse. Después, cuando la brisa le rozó la piel desnuda, se abrochó la camisa y se levantó.

Se arriesgó a mirar a Mac, se encogió de hombros y empezó a caminar de nuevo.

–Será mejor que volvamos –dijo por encima del hombro–. Creo que va a llover.

–¿También eres meteoróloga? –preguntó él.

La boca de Tara se curvó en una sonrisa de alivio. Por lo menos Mac no había perdido el sentido del humor… y no le guardaba rencor.

Tara estaba en la ducha. Mac lo sabía y no podía dejar de pensar en su cuerpo esbelto, así que se dirigió al salón para contemplar el mar, la arena y el cielo. La vista era maravillosa y parecía colarse en su interior, removiendo heridas y cicatrices, esperanzas y sueños. Cruzó los brazos sobre el suéter negro de cachemir y suspiró. ¿Era un tonto al esperar algo más, al tener esperanzas de que Tara le diera una segunda oportunidad? Habían creado un bebé juntos… ¿eso no contaba? Pensando en el bebé, el hijo que había crecido en el interior de Tara durante seis meses antes de morir, Mac recordó la pesadilla. El llanto del bebé regresó repentinamente y Mac sintió un dolor implacable. Se golpeó el pecho para liberar la respiración que estaba conteniendo y se alarmó al darse cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Furioso por no haber podido controlar la emoción, salió al patio rectangular. Se apoyó contra el muro de piedra que separaba la casa de la playa, respiró profundamente varias veces para tranquilizarse y levantó la vista sorprendido al sentir unas gotas de lluvia en el rostro. Unos minutos atrás no había visto ni una nube en el cielo, pero en ese momento una masa gris lo dominaba todo. Tara había estado en lo cierto. Al pensar en ella y en la excursión Mac sintió que la calidez lo envolvía. Entró en la casa para resguardarse de la lluvia, que ya empezaba a caer con fuerza. Tembló mientras entraba en la casa, agradecido porque Mitch también había dejado leña y turba para encender la chimenea. Esa noche la iban a necesitar.

–¿Cómo tienes los pies? –con una gran toalla blanca enrollada

en la cabeza y vestida con vaqueros blancos y una camisa de color azul claro, Tara entró en el salón sonriendo.

–Masacrados, gracias a ti –Mac bajó la vista para observar sus pies descalzos y las ampollas que le llenaban los dedos y los tobillos.

Tara se acercó y se inclinó un poco para observar el daño.

–No parece tan malo. Vivirás –anunció alegremente antes de atravesar la habitación para dirigirse al enorme sofá con cojines de colores. Se puso cómoda y comenzó a desenrollar la toalla y a revolverse el cabello húmedo.

–¿Esa es toda la simpatía que voy a conseguir?

–¡Por el amor de Dios! –exasperada, Tara se pasó los dedos por el cabello y sacudió la toalla–. ¡Los hombres sois como niños pequeños! Si tuvierais que aguantar la mitad de las cosas que soportamos las mujeres tendrías algún motivo para recibir simpatía.

Por alguna razón, sus palabras no rebotaron en él como ella había supuesto. Tara tenía razón. Había sufrido la pérdida de un bebé, un ser que había sido parte de su cuerpo durante seis meses y que después había muerto. Además había tenido que pasar por la agonía de dar a luz, sabiendo que al final no tendría un bebé vivo…

–¿Mac? –Tara dejó la toalla en el brazo del sofá y frunció el ceño–. ¿Qué pasa?

Mac parecía que había visto un fantasma.

–¿Le hiciste un funeral al bebé? –preguntó con voz grave.

Tara se quedó atónita. Sintió un nudo en la garganta y se miró las manos, concentrándose en el anillo de bodas de platino.

–Lo llamé Gabriel –contestó mirándolo–. Y sí, hice una pequeña ceremonia, con la tía Beth y un par de amigos. También tiene una lápida… con todos los detalles.

–Eso está bien. ¿Podré verla alguna vez? –le sorprendió que pudiera decir esas palabras sin desmoronarse. Se acercó a la chimenea y alargó una mano para apoyarse en la repisa de mármol–. Siento que las cosas no pudieran haber sido de otra manera. No tenía intención de irme… pero la situación estaba un poco mal entonces.

Tara recogió la toalla húmeda y se levantó. Estaba pálida.

–¿Mal? ¡Era el infierno! Tú lo sabes y yo también. Probablemente hiciste lo correcto. Yo era la tonta… la soñadora, la que tenía esperanzas. Los dos éramos infelices y tú hiciste algo para que terminara el sufrimiento.

–Sólo que el sufrimiento no acabó ahí, ¿verdad, Tara? Estabas embarazada y sola. Después murió el bebé –apartándose de la

chimenea, Mac paseó por la habitación, sintiendo de repente las piernas pesadas. Se detuvo frente al ventanal sin mirar realmente a través de él, con expresión sombría.

–¿No te fue mejor cuando te marchaste?

La pregunta de Tara lo escandalizó. ¿Pensaba realmente que las cosas habían mejorado para él? La había echado muchísimo de menos. Las noches eran lo peor. Acostumbrado a tenerla junto a él, a despertarse y verla a su lado, se sentía como si le faltara algo. Había comenzado a sufrir insomnio y tenía que depender de las pastillas para descansar algo por la noche y poder afrontar los interminables días de trabajo.

–No –apretando los dientes, negó lentamente con la cabeza–. No me fue mejor.

Su expresión lo decía todo. Sintiendo una opresión en el pecho, Tara se preguntó por qué las personas que una vez se profesaron un gran amor podían dejar que ese sentimiento se destruyera. La respuesta de Mac fue una revelación para ella. Se había convencido de que Mac había seguido con su vida. Cada día Tara había experimentado cientos de pequeñas muertes, imaginándose todas las mujeres que podrían sentirse libres para acercarse a él. ¿Mac las aceptaría? ¿Olvidaría las interminables noches de pasión que habían compartido mientras él miraba el rostro de otra mujer y sentía la calidez de otro cuerpo? Pero Mac le estaba diciendo que él también había sufrido. No la había dejado por alguien más, solamente había estado buscando una forma de terminar con una situación que ya era intolerable.

–Voy al dormitorio para secarme el pelo. Tal vez podríamos hacer algo esta noche, ir a algún lugar con música, por ejemplo. ¿Qué opinas?

Mac se dio la vuelta para mirarla. La conocía bien y se dio cuenta de que el labio inferior le temblaba ligeramente, lo que quería decir que estaba nerviosa. ¿Acaso temía que él la rechazara? ¿No sabía que al quedarse con él y no tomar el siguiente avión de vuelta a casa le estaba dando una gran cantidad de esperanzas que tal vez Mac no tenía derecho a sentir?

–Suena muy bien. El pueblo más cercano no está lejos, y debe de tener un pub o dos. Esto es Irlanda.

–Bien. Entonces está decidido –sintiendo una deliciosa calidez por todo su cuerpo cuando Mac sonrió al aceptar la propuesta, Tara le devolvió la sonrisa y salió de la habitación.

Con un buen fuego en la chimenea y dos vasos de cremosa Guinness en la mesa de madera, Tara y Mac se sentían como en casa en la taberna tradicional irlandesa, dejando que la pegadiza música de la flauta y el violín los envolviera. Al entrar en el pequeño y acogedor Paddy's Bar las miradas de los lugareños habían sido curiosas pero no indiscretas, y la famosa reputación irlandesa de calidez y simpatía no los decepcionó. El alto y rubicundo camarero, llamado Mike, había bromeado con Mac y le había lanzado a Tara varias sonrisas de admiración antes de dejarlos solos junto al fuego. Los dos músicos, uno joven y el otro mayor, este último con una espesa barba, tocaban los instrumentos con una pasión y entusiasmo que le hicieron pensar a Tara en el baile.

Al oírla suspirar, Mac la miró preocupado desde el otro lado de la mesa.

–¿Qué ocurre?

A Tara le parecía que Mac, que vestía un suéter azul marino y unos cómodos vaqueros negros y cuyo cabello recién lavado brillaba con la luz del fuego, tenía un aspecto lo suficientemente bueno como para comérselo. En tres años de matrimonio casi nunca lo había visto con un atuendo informal. Solía llevar inmaculados trajes hechos a medida, camisas impecables, corbatas de seda y caros zapatos italianos, y Tara había sentido a menudo que la ropa definía al hombre, porque de alguna manera parecía crear una barrera entre ellos que Tara no tenía la suficiente valentía de sobrepasar. ¡Cuántas veces había deseado, desordenarle el cabello antes de que dejara el apartamento por la mañana, aflojarle la corbata y tal vez darle un discreto mordisquito de amor en el cuello! Había deseado hacerle perder ese control tan rígido que siempre tenía. Pero el único lugar en el que había conseguido hacerlo había sido en la cama, y Tara se había sentido más que satisfecha con el resultado…

Ruborizándose ligeramente al pensar en ello, tomó un sorbo de cerveza antes de responder.

–No pasa nada, esto es maravilloso. La música me ha hecho pensar en el baile, eso es todo.

–¿Por qué lo dejaste? ¿Porque estabas embarazada? Eso no te habría impedido seguir enseñando. Y por favor, no me digas que no es asunto mío, porque quiero saberlo.

–Perdí la concentración –contestó Tara luchando contra una multitud de emociones–. Hay que estar feliz para bailar, ¿sabes?, y yo me sentía vacía y sin fuerzas, sobre todo después de lo que le pasó a Gabriel… Trabajar para la tía Beth parecía la opción más

segura, y además no quería quedarme en Londres.

–¿Y ahora? –Mac levantó su vaso, tomó un sorbo de su bebida y lo volvió a dejar en la mesa, observándola atentamente con sus ojos azules.

–¿Ahora? No volvería a Londres ni aunque me dieran un millón de libras.

Eso era lo que Mac suponía, y ella lo acababa de confirmar.

–¿Y la enseñanza?

–He estado pensando en buscar un empleo por la zona. Hay muchas escuelas privadas en el vecindario con montones de chicas cuyos padres quieren que aprendan ballet. No creo que tuviera muchos problemas para encontrar algo.

–¿Y qué pasa con la escuela que querías, la tuya propia?

–Para organizar eso se necesita mucho tiempo y dinero, como tú bien sabes –dijo frotándose los brazos. Se sentía incómoda con el tema.

–¿Por qué no cobraste los cheques que te envié? –había mandado dos porque seis meses después del primero se había dado cuenta de que Tara no se había molestado en cobrarlo. Con el segundo ocurrió lo mismo.

–¡Porque no quería ese dinero que me dabas para descargar tu conciencia, por eso! –Tara logró reprimir esa oleada repentina de furia y sacudió la cabeza–. Lo siento, no debería haber dicho eso. Probablemente estabas intentando hacer lo correcto.

–Claro –contestó Mac con seriedad–. Como si siempre hubiera sabido cómo hacer lo correcto. ¡Si lo hubiera hecho desde el principio ahora no estaríamos en esta situación tan horrible!

El dolor y la frustración de Mac le tocaron la fibra sensible. Mac estaba haciendo todo lo posible para arreglar las cosas y ella no lo estaba ayudando mucho. Si realmente estaba cansada de echarle las culpas a él, sus palabras y reacciones tenían que reflejarlo. El hombre se merecía un descanso. Tiempo atrás él había sido todo su mundo, y Tara no lo había olvidado, aunque él lo hubiera hecho.

–¿Por qué no disfrutamos de la música? Es más, ¿por qué no bailamos? –los labios le temblaron un poco al terminar de hablar, pero Tara se levantó rápidamente y agarró a Mac de la mano para obligarlo a levantarse–. No pongas esa cara –le susurró al oído mientras lo llevaba a la pista de baile, donde había otra pareja–. No espero que bailes como un profesional.

Incapaz de borrar la sonrisa que curvaba sus labios, Mac la abrazó con un gesto suave y experto. El corazón le latía rápidamente, porque había deseado abrazar a Tara de esa manera

desde que la vio en el museo. Al sentir el flexible cuerpo de su mujer contra el suyo, Mac pensó que ese debía de ser uno de los momentos perfectos que el universo concedía de vez en cuando a los humanos… si tenían suerte.

–No está mal –murmuró Tara mientras él la guiaba por la pista de baile–. Para un tipo de ciudad, claro.

La mirada que él le dirigió como respuesta era puro fuego, puro deseo y, abrazándola posesivamente por la cintura, Mac le susurró al oído:

–Hay otras cosas que este tipo de la ciudad puede hacer mejor… si le das la oportunidad de demostrártelo.

Capítulo 7

Mac estaba de pie junto al fuego, contemplando las llamas que titilaban y crepitaban. Fuera el viento rugía y el mar invadía la playa, aunque había echado las cortinas para dejar a la noche fuera. Tara estaba en la cocina y la oía tararear mientras preparaba chocolate caliente, y por primera vez desde que pudo recordar, Mac se sintió en paz. Pero sabía que ese sentimiento no podía durar porque el camino de una posible reconciliación con su encantadora mujer estaba lleno de obstáculos. Aun así, se dijo que debía disfrutar el momento. Después de todo, la vida era sólo una sucesión de momentos cuando ya se había dicho y hecho todo y no había garantías… aunque él deseaba que las hubiera.

–Estás muy pensativo, ahí de pie. ¿Qué pasa?

Las pisadas de Tara eran tan suaves que Mac no la había oído entrar. La observó mientras llevaba con cuidado las bebidas y sintió que su belleza inocente le provocaba un vuelco en el corazón. El baile de la taberna sólo había conseguido aumentar su deseo de contacto y Mac estaba teniendo problemas para suavizar esa necesidad y comportarse con cautela.

Pero el comentario de Tara le hizo sonreír.

–Siempre tuviste una imaginación muy viva.

Tara le dio su taza y se apartó antes de que Mac pudiera ver que se estaba sonrojando. Sus palabras le hicieron pensar en las noches de pasión, en las sábanas enredadas y en el amor dulce y erótico que una vez compartieron. Tara aún lo echaba de menos, aunque se había jurado que no iba a sucumbir a la poderosa atracción que sentía por su marido.

Bajo su suéter de color rosa oscuro, sus pechos se endurecieron con el recuerdo.

–Algo tenía que tener en las noches interminables y solitarias en las que no estabas en casa –contestó ella dejando su taza en la

mesilla de café. Se dejó caer en el sofá, sentándose graciosamente sobre las piernas recogidas.

–¿De verdad crees que prefería estar en el trabajo a estar contigo? –dejando su taza en la repisa de la chimenea, Mac se puso las manos en las caderas y suspiró profundamente–. Estaban pasando muchas cosas importantes, tenía que estar allí. Los clientes esperaban eso de mí, y también mis empleados. Eso de que cuando eres el jefe no tienes que trabajar tanto es un mito. Tienes que trabajar más aún porque la gente confía en ti. En cualquier caso, ahora todo es mucho más sencillo. Como ya te he dicho, tengo a gente muy buena trabajando para mí, personas en las que puedo confiar. No tengo que ir todos los días si no quiero hacerlo.

–¡Qué afortunado! –leyendo entre líneas, Tara pensó que aún podía detectar un fuerte compromiso hacia su trabajo, y ni siquiera iba a pensar en volver con él si era así.

–¿Esa es la postura que vas a tomar? ¿El antagonismo?

–Por supuesto que no –Tara se pasó los dedos por el cabello–. Pero si de verdad quieres que volvamos a estar juntos, ¿qué estás dispuesto a hacer, Mac? Las horas que pasabas en el trabajo eran el principal tema de discusión. ¿Qué sentido tiene estar casados si casi no nos vemos?

–Trabajaría muchas menos horas –contestó inmediatamente–. Y sería mucho más flexible. Podríamos tener más vacaciones…

–Solamente fuimos de vacaciones una vez en tres años de matrimonio –le recordó Tara–. Y tú volviste a Londres tres días después. Yo me quedé en Bali, uno de los lugares más hermosos del mundo… sola.

–Ojalá supieras cuánto me arrepentí de eso –Mac sacudió la cabeza y volvió a mirar el fuego. Agarró el pesado atizador y movió los troncos carbonizados, observando cómo las llamas silbaban y se animaban en la chimenea–. Sólo te puedo prometer que no dejaría que eso ocurriera de nuevo –volviendo a dejar el atizador el su base de latón, se volvió hacia Tara–. Quiero ser un buen marido para ti, Tara… y un buen padre para nuestros hijos.

Ella sintió un nudo en la garganta.

–Es demasiado pronto para hablar de eso.

–¿Por qué?

–Porque ya es suficientemente duro hacerme a la idea de volver a estar juntos como para además pensar en tener hijos.

–¿Estás asustada? –preguntó suavemente.

–¿De qué? –el corazón de Tara se había acelerado ante la idea de quedarse de nuevo embarazada de un hijo de Mac.

–De quedarte embarazada.

Aunque ninguno de los dos lo dijo, ambos pensaron en lo que le había ocurrido a su primer hijo. Era como una herida que nunca se cerraría y que siempre les recordaría lo que podía haber sido.

Inquieta y nerviosa, Tara se levantó.

–¿Tú qué crees?

–Esta vez yo estaría siempre contigo –Mac se acercó a ella lentamente, dedicándole una sonrisa tierna y seductora–. Tendrías los mejores médicos, las mejores atenciones. No te faltaría nada.

Ella estaba deseando que la abrazara, pero no pensaba dar el primer paso. No podía olvidar que una vez la abandonó y aún sentía rechazo. Pero necesitaba que Mac demostrara que lo decía en serio, que no era sólo un capricho. Y hasta ese momento él no había dicho nada de amor.

–No podría volver a Londres, ya lo sabes –dijo mirándolo con sus enormes ojos verdes.

La sonrisa de Mac no desapareció. Alargó una mano y le acarició un mechón de cabello.

–No me importa mudarme donde vives ahora, si eso es lo que quieres. Podría viajar a Londres cuando necesitara ir a la oficina. Podríamos buscar una casa, un lugar con un jardín para que los niños tuvieran sitio para jugar.

«Oh, Mac…» Sus palabras eran como una suave lluvia sobre el alma sedienta de Tara. Se inclinó un poco hacia él, temblándole el labio mientras intentaba con todas sus fuerzas no echarse a llorar.

–¿Me dejas que te abrace? –preguntó él en voz baja–. Sólo abrazarte.

Tara se deslizó entre sus brazos en silencio, y Mac le puso una mano en la nuca y con la otra le rodeó la cintura. Tara olía a flores, a los rayos de sol y a la lluvia, a todas las cosas que la naturaleza manifestaba libre y magníficamente. Mac recordó el aroma ligeramente agobiante de Amelie y supo instantáneamente cuál era el que realmente lo seducía. Tara era totalmente natural y siempre había tenido el poder de cautivarlo, desde el primer momento en que la vio, sentada frente a él en un abarrotado vagón de metro, supuestamente absorta en una revista de baile. Pero en realidad ella no leía, le había estado lanzando miradas furtivas desde la estación de Oxford Circus hasta la de Victoria. Cuando él la había seguido hasta el andén, abordándola con «¿Cuál es tu comida favorita?», ella había respondido automáticamente «La italiana. ¿Por qué?», y Mac la había convencido de que cenara con él aquella noche en el mejor restaurante italiano que conocía en Londres. Después de

haber aceptado, Mac le había dado una tarjeta de visita para que Tara pudiera comprobar que él era quien decía ser, y después había salido del andén sintiéndose eufórico, porque sabía que ella estaría en el restaurante.

Pero en ese momento Mac se sentía incapaz de actuar con cautela, como se había prometido hacer desde que volvió a verla, porque su cuerpo tenía otras urgencias. Presionando los labios contra el cabello de Tara, le acarició la espalda con ambas manos, saboreando los contornos firmes y sexys de su cuerpo, y deseó desnudarla y poseerla allí mismo, sobre la alfombra frente al fuego…

La oyó suspirar levemente y después sintió que temblaba. Incapaz de actuar de otra manera, Mac le levantó la barbilla y bebió ávidamente la luz de sus ojos verdes rodeados de pestañas de color rubio oscuro.

–Siempre te he deseado –dijo con voz ronca. Tara tenía la prueba física contra su pelvis.

–El sexo sólo lo enturbiaría todo –volvió a temblar, pero no se liberó de su abrazo–. Aún no he decidido nada. Yo… necesito más tiempo.

–Pero no estoy sugiriendo que tengamos sexo –respondió Mac con ojos brillantes–. Estoy sugiriendo que hagamos el amor. Estarás de acuerdo en que es diferente, ¿no?

Como había hecho ese mismo día por la mañana, le cubrió uno de los pechos por encima del suéter de lana. Jugueteó con el pezón y pudo sentir cómo se endurecía. El vientre de Tara respondió a la caricia con una profunda contracción, mientras sentía oleadas de deseo por todo su cuerpo. Tara le puso una mano en el rostro y lo besó en la boca y, al sentir el contacto, separó los labios casi inmediatamente, dejando que el calor sensual de la lengua de Mac la invadiera. El sabor le ofreció una avalancha de recuerdos apasionados y se dejó llevar por ellos. Ningún otro hombre sabía como Mac. Aunque él había sido su único amante, no podía imaginarse a ningún otro hombre que la encendiera tanto.

Mac deslizó una mano por su espalda hasta cubrirle el trasero. Recordó que al estar desnuda esa parte de su cuerpo era suave como el terciopelo. Profundizó el beso y le separó los muslos con la rodilla, sintiendo que su sexo se endurecía hasta casi hacerle sentir dolor.

–¿Le hiciste el amor a Amelie o fue solamente sexo?

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Mac soltó a Tara y después dio unos pasos atrás, reflejándose la furia en su rostro.

–Tú sí que sabes cómo enfriar el ambiente. ¿Les haces esto a todos los hombres o es una tortura reservada especialmente para mí?

Afligida, Tara se pasó los dedos por el cabello.

–No ha habido ningún otro hombre después de ti –Tara se derrumbó, intentando desesperadamente recomponer sus defensas. La pregunta sobre Amelie había salido de la nada, tomándola también a ella por sorpresa. Tara se preguntaba cómo había sido esa Amelie, si se habría quedado destrozada cuando las cosas no le habían funcionado con Mac, igual que le había pasado a ella.

Aunque estaba furioso con ella, Mac se sintió satisfecho con la respuesta. Ni siquiera sabía cómo habría sobrellevado el hecho de que ella se hubiera acostado con otros hombres, aunque dadas las circunstancias tenía todo el derecho.

–Vivió conmigo durante seis meses, pero teníamos relaciones íntimas muy esporádicamente, casi nunca. Amelie era una mujer muy maniática, siempre estaba preocupada por su aspecto. No sé si sabes lo que quiero decir.

Tara lo sabía, y se maldijo por haber roto el momento por Mac. ¿En qué había estado pensando?

–Lo siento… tenía que preguntarlo.

–¿Sientes que mi vida amorosa no fuera todo lo que podía haber sido o sientes que ella no la disfrutara?

Tara se ruborizó violentamente, incapaz de mirarlo a la cara.

–Estás enfadado.

–¡Sí, estoy enfadado! Tienes todo el derecho a sentirte ofendida por lo que te hice, Tara, pero tampoco tienes que torturarme. El fuego está bajo. Esperaré a que casi se haya apagado y después lo volveré a encender. Mientras tanto, creo que necesito algo un poco más fuerte que este chocolate –se llevó su taza a la cocina, mientras Tara deseaba poder volver atrás en el tiempo, antes de haber hecho esa pregunta tan grosera.

Ella lo deseaba. La necesidad se había convertido en un dolor físico que le hacía retorcerse y dar vueltas en la enorme cama de matrimonio. Los sueños eróticos con Mac la habían atormentado durante horas. Apartó el edredón, echó los pies al suelo y se pasó las manos por el cabello mientras contemplaba el alba aún gris que se filtraba a través de las cortinas. Se puso su bata de seda de color aguamarina y salió descalza al pasillo. En algún lugar de la casa un

reloj dio la hora y al final del pasillo vio brillar una suave luz roja frente a un retrato de Jesucristo, el famoso «Sagrado Corazón» del que Beth le había dicho en una ocasión que brillaba en casi todos los hogares de Irlanda.

Respirando profundamente, intentó recordar cuál era la habitación de Mac. Había cuatro puertas en el pasillo, dos a la izquierda y dos a la derecha, y una era la del dormitorio de Tara. Se asomó a tres de ellas, y se le hizo un nudo en la garganta al ver que Mac no estaba en ninguna.

¿Se había enfadado tanto con ella que había decidido volver solo a Londres? Él no haría eso… ¿o sí? Paralizada por el miedo y las dudas, apartó ese pensamiento de su mente y entró lentamente en el salón, quedándose quieta al ver el musculoso cuerpo de Mac tendido en el sofá. Se había llevado un cubrecama de su dormitorio y en algún momento de la noche se había tapado con él, pero en ese momento la prenda estaba en el suelo. Tara tembló violentamente, y no sólo por el frío. Se acercó a él silenciosamente.

Mac todavía llevaba el suéter y los vaqueros. Tara observó su rostro dormido, estudiando las arrugas de la frente y las que tenía junto a los ojos. Sintió dolor al pensar en él trabajando tanto tiempo sin descanso y deseó, y no por primera vez, que Mac no se hubiera castigado tanto. Ya tenía un negocio exitoso y próspero, no tenía que demostrárselo a nadie, y menos a ella. Tara sólo había mostrado intolerancia ante el trabajo de Mac y su ambición. Era gracioso que pudiera verlo tan claramente, como si alguien le hubiera encendido una bombilla en el cerebro. Con las manos temblorosas agarró el material sedoso de la bata, como si quisiera impedirse a sí misma acercarse a él y tocarlo. El deseo la estaba consumiendo.

Finalmente, con el pulso acelerado, le puso una mano en el pecho. Mac abrió los ojos y, sin decir una palabra, la agarró por la cintura y la acercó a él. Tara perdió el equilibrio y cayó encima de él. Tenía la respiración entrecortada. Un instante después él la estaba besando, haciéndole el amor con la boca mientras le recorría el cuerpo con las manos acariciándola, hasta que Tara se sintió demasiado débil para luchar contra el deseo en el que los dos estaban envueltos. Se apartó un poco para mirarlo y cuando él protestó Tara le puso un dedo en los labios, pidiéndole con ese gesto que no hablara, que sólo sintiera. Dejando caer la cabeza en el cojín que tenía detrás, Mac contuvo la respiración mientras las manos de Tara se deslizaban hacia su pelvis, acariciaban la dura protuberancia bajo la bragueta y bajaban lentamente la cremallera.

Mac gimió y habría alargado las manos para agarrarla, pero ella le estaba bajando los vaqueros hasta las rodillas, haciendo después lo mismo con los boxers de seda negra. Mac sintió la boca seca cuando Tara se sentó a horcajadas sobre él y lenta pero hábilmente lo guió a su interior, cada vez más profundamente, comenzando después a mecerse suavemente hacia delante y hacia atrás. Luego se inclinó hacia él para besarlo y Mac alargó las manos, acariciándole los pezones sedosos a través de la camisa de dormir, apretándolos y cubriéndolos. Cuando ella volvió a sentarse Mac le cubrió los pechos con la boca haciendo que Tara gritara de placer, susurrando su nombre.

Los recuerdos se agolparon en la memoria de Tara. No había ni una sola superficie en el apartamento en la que no hubieran hecho el amor. Siempre habían estado ávidos el uno del otro, como si nunca hubieran tenido suficiente. Obligándose a concentrarse en el presente, Tara suspiró, sintiendo el placer a través de todo su cuerpo como si fuera una corriente de alto voltaje. Con cada movimiento de su pelvis Mac entraba en ella más profundamente, hasta que el placer fue demasiado intenso. Unas exquisitas sensaciones de calor explotaron dentro de Tara, y gritó entrecortadamente mientras sus paredes húmedas se contraían alrededor del miembro endurecido de Mac, hasta que finalmente sintió el orgasmo de su marido. Respirando con dificultad, Mac le agarró firmemente las caderas durante un momento antes de dejar que se separara. Cuando abrió los ojos, sus labios se curvaron en una sonrisa devastadora y Tara, sintiendo que se estaba ahogando en la pasión, le devolvió la sonrisa.

–Recordé que es así como te gusta que te despierten –dijo con voz sedosa.

–Ha dado en el clavo, señora Simmonsen –respondió con voz ronca, sabiendo que el hecho de llamarla así le hacía creer que ella sólo le pertenecía a él. Ella se sonrojó como una colegiala y Mac sintió que la sangre le hervía en las venas. La deseaba de nuevo. Ella intentó apartarse, pero él la mantuvo en el mismo sitio con manos firmes, con los ojos oscurecidos por el deseo.

Tara se mordió el labio inferior sorprendida, pero se quedó obedientemente donde estaba, dejando que Mac le quitara la bata y le desabrochara los botones de la camisa de dormir, hasta que se quedó desnuda.

–Eres tan hermosa, cariño –dijo con voz ronca mientras le acariciaba el ombligo perfecto y sexy, antes de hacer lo mismo con sus pechos–. Y si crees que te vas a apartar de mí pronto, estás

equivocada, porque tengo planes para ti.

—¿Planes?

—Si. Unos planes que nos van a tener aquí toda la mañana —Mac se quitó el suéter dejando al descubierto sus magníficos hombros y su estómago duro y liso, e invirtió la postura hábilmente, de manera que Tara terminó tumbada de espaldas debajo de él—. Ahora te tengo justo donde quiero, y a menos que haya un terremoto o algo así, no te vas a mover hasta que te haya demostrado que estamos haciendo el amor, que esto no es sólo sexo. ¿Has entendido?

Tara deslizó una mano por su espalda, deleitándose con el tacto de los músculos bajo sus dedos, y esbozó una sonrisa temblorosa.

—¿Tengo pinta de salir corriendo?

Algo más tarde Tara paseaba por la playa. Había dejado a Mac leyendo un libro de cocina, y se había sentido sorprendida e intrigada cuando él había insistido en cocinar algo para comer. Envolviéndose en uno de los suéteres de Mac, inhaló la fragancia masculina y sexy y se estremeció de placer. No había ni un solo lugar de su cuerpo que no hubiera recibido los cuidados de su marido, sus miembros tenían la consistencia de la sémola y los pechos aún vibraban por las insaciables demandas de la boca de Mac. Su marido tenía razón: lo que había habido entre ellos no había sido solamente sexo, habían hecho el amor de verdad.

Tara se giró para mirar la casa en la colina y el corazón le dio un vuelco al pensar en vivir con Mac de nuevo. ¿Era eso lo que había querido decir al sugerir que podían buscar una casa en la ciudad donde ella vivía? ¿Sería esa pequeña localidad suficiente para un hombre tan acostumbrado a la gran ciudad? Tal vez se cansaría pronto del lugar… o de ella. ¿Y podía arriesgarse a que el corazón se le rompiera de nuevo si él se marchaba?

Una gaviota graznó sobre ella, captando su atención. Protegiéndose los ojos del sol, Tara miró hacia arriba y sintió una nostalgia que no podía explicar, pero se dio cuenta de que tenía que ver con la libertad. ¿Cómo era el dicho? «Si amas a alguien, déjalo libre». La devoción de Mac por su trabajo había tenido mucho que ver en su ruptura, ¿pero había tenido Tara derecho a restringir su ambición y su pasión? Si realmente lo hubiera querido no habría intentado contener su deseo de conseguir que el negocio fuera próspero. Muchas veces no había estado con ella porque lo necesitaban en el trabajo, pero ella tampoco había estado con él siempre que Mac se lo había pedido. Había habido innumerables

reuniones y cenas a las que ella también había sido invitada, incluyendo dos galas cuando la compañía de Mac había ganado prestigiosos premios, pero Tara había preferido quedarse enfurruñada y sola en el apartamento, sintiéndose ofendida. Y Mac ni siquiera se lo había echado en cara.

Bajó la mirada para observar la arena blanca. Soplaba una ligera brisa marina que le agitaba el cabello. Apartándoselo de los ojos, se dio cuenta de que se sentía confusa sobre un montón de cosas. Lo único que podía hacer era dar un pequeño paso cada vez.

Jugueteó con el anillo de platino que llevaba en uno de sus dedos. No sabía si esas vacaciones conducirían a un compromiso permanente, pero había una cosa clara: su amor por Mac no había disminuido ni un ápice desde que se separaron. Esa era la única razón por la que no le había pedido el divorcio.

Capítulo 8

Mac estaba luchando para mantenerse despierto, y no era sólo el calor del fuego lo que lo adormecía. Estaba notando los años en los que había dormido muy poco debido a su trabajo, noches enteras preparando campañas, intentando encontrar una idea original que le encantara al cliente, además de los problemas de personal y los dolores de cabeza que implicaba tener un negocio propio.

Ahogando otro bostezo, estiró sus largas piernas hacia el fuego, se puso las manos detrás de la cabeza y se reclinó contra el sofá. Desde algún lugar de la casa le llegaban las reconfortantes notas de un piano. No reconocía al compositor, pero sabía que Tara estaba usando la música como acompañamiento para sus ejercicios de ballet. Sus labios se curvaron en una sonrisa cuando pensó en lo indignada que se había sentido cuando él le había preguntado si se podía quedar para mirar. Los dos sabían que no era una buena idea. El hecho de que ella llevaba unas mallas negras ajustadas y un pequeño body que era como una segunda piel, y de que estaría adoptando todo tipo de posturas imposibles sería una tentación que Mac no podría aguantar. Pero no había nada que le impidiera imaginársela. Habían pasado toda la mañana haciendo el amor, «recuperando el tiempo perdido», había dicho él, y su cuerpo seguía en un constante estado de excitación si ella estaba cerca. ¿Cómo había sido tan estúpido de pensar que una mujer como Amelie Duvall podría satisfacer una pasión salvaje como la suya, una pasión que sólo Tara podía igualar? Si su padre no hubiera muerto tan inesperadamente y él no hubiera sentido esa necesidad de tener hijos, no habría sugerido la posibilidad de casarse con esa mujer. Era cierto que Amelie había impresionado a sus clientes cuando habían salido a cenar juntos, pero algunos habían sido tan superficiales como ella, más preocupados por las casas, los coches y la ropa que por las cosas realmente importantes. Como tener un compañero sentimental, un hogar e hijos, cosas que Mac deseaba con todo su corazón. Se preguntó casi sin darse cuenta si Tara se

quedaría embarazada pronto. Se dijo que las posibilidades eran altas, ya que habían abandonado los anticonceptivos.

Cuando el teléfono que había sobre el aparador de roble comenzó a sonar rompiendo el silencio, Mac lo miró asombrado, como si fuera una bomba. Se levantó a regañadientes para contestar.

Con la piel brillante por el sudor y los músculos ligeramente doloridos, Tara se asomó al salón de camino a la ducha para sugerir a Mac que abrieran una botella de vino. Con una toalla blanca y limpia echada sobre los hombros, abrió la puerta y oyó su voz. Le llevó unos instantes darse cuenta de que estaba hablando por teléfono. Le había dicho que nadie más sabía que estaba allí. Tara frunció el ceño y pensó que tal vez era alguien que se había equivocado. Mientras entraba en la habitación Mac se dio la vuelta para mirarla y la expresión ligeramente apenada de su rostro le confirmó que no era una llamada equivocada.

Mac colgó y durante un momento no dijo nada. Se quedó de pie junto al aparador, rascándose la cabeza. Los músculos del estómago de Tara se contrajeron por la inquietud.

–¿Quién era? –su voz sonó demasiado alta en la habitación silenciosa.

–Mitch Williams.

–¿El propietario de la casa?

–Eso es.

Entonces por supuesto que sabía que Mac estaba allí. Tara se sintió aliviada.

–Mitch es mi mano derecha –continuó Mac–. Él…

–¿Quieres decir que trabaja contigo? –desconfiada, Tara le lanzó una mirada acusadora a su marido–. Antes era Graham Radlett… ¿Qué pasó con él?

–Se fue. A España.

–No podía aguantar el ritmo, ¿eh?

–Algo así.

–Es algo sobre el trabajo, ¿no? ¿Quieren que vuelvas?

–Hay un problema –con voz tensa, Mac miró preocupado a Tara, intentando no darse cuenta de que estaba espléndida con esa ropa–. Uno de nuestros mejores clientes va a demandarnos a menos que vaya personalmente a tranquilizarlo. Si fuera cualquier otra cosa, le diría a Mitch que se encargara, te lo juro. Todo lo que necesito es una tarde para verlo en su hotel… Si tomo un avión por la mañana puedo estar de vuelta mañana por la noche.

–¡Pero acabamos de llegar! –furiosa y decepcionada, Tara se

quitó la toalla de alrededor del cuello y se la llevó a la frente–. Entonces deberías llamar a la compañía aérea –dijo con ligereza, fingiendo despreocupación. «¡No era justo!», se dijo. Ya lo estaba perdiendo de nuevo, el trabajo ya estaba saboteando cualquier posibilidad de tener un futuro juntos–. Necesito una ducha, discúlpame.

–¡Tara, espera!

Ignorándolo, ella salió de la habitación.

A la mañana siguiente, acurrucada en una chaqueta de color marfil forrada de piel de cordero, Tara observó a Mac mientras recogía su tarjeta de embarque en el aeropuerto. Le había asegurado que estaría fuera un día, pero ella sabía que sería más tiempo. Incluso era posible que no regresara.

–Me quedan diez minutos antes de ir a la puerta de embarque. Sentémonos –incapaz de mirarlo, la mirada de Tara vagó por las pantallas de información de los vuelos–. Tara.

–¿Qué? –le dedicó una mirada impaciente y el corazón le dio un vuelco al ver esos ojos azules de color azul cobalto. ¿Por qué se le había puesto la piel de gallina cuando los hombros de Mac la habían rozado al sentarse?

–Todo va a salir bien. Confía en mí.

–¿De verdad? –Tara desvió la mirada rápidamente al sentir que las lágrimas se le agolpaban en los ojos–. ¿Crees que no le gustamos a alguien allá arriba?

–Creo que alguien allá arriba nos está dando una oportunidad para arreglar las cosas –le tomó una mano y sonrió–. ¿Qué le pasó a ese famoso optimismo que tenías?

–Lo perdí la noche que te fuiste, ¿no lo sabías?

Mac tardó un par de segundos en recuperarse del dolor que sintió en el pecho. Sus dedos se curvaron alrededor de la mano pequeña y pálida de Tara.

–No quise hacerte daño. Probablemente fue una de las peores decisiones que he tomado, ahora lo sé.

–Vuelve pronto… por favor –una sola lágrima se deslizó por su mejilla y ella la enjugó rápidamente.

–Te prometo que me reuniré con el cliente, arreglaré las cosas y tomaré un avión lo más pronto que pueda. Tengo el número de Mitch, así que te llamaré. ¿Vendrás a buscarme en el aeropuerto?

Ella asintió mientras sacaba del bolsillo las llaves del coche.

–Si no vengo tendrás que caminar cuarenta kilómetros en la

oscuridad… podrías llegar a la casa en Navidad.

Mac sonrió y Tara sintió la fuerza de su sonrisa. Las cosas que ese hombre podía hacerle sólo sonriendo…

Pasó la mayor parte del día en la casa. Encendió la radio para tener algo de compañía y escuchó con placer una selección de canciones irlandesas. Pensaba en Mac la mayor parte del tiempo, pero intentó mantenerse ocupada para evitar la desesperación. Después de haber pasado la aspiradora a todas las habitaciones, limpiado el polvo a todas las superficies y dejado la cocina como los chorros del oro, decidió cocinar algo. Inventó una versión improvisada de guiso irlandés y dejó la olla cociendo al fuego mientras horneaba una tanda de bollitos de frutas. Después de terminar con sus actividades culinarias, de fregar y de barrer el suelo de la cocina por segunda vez, sólo eran las tres de la tarde y no sabía nada de Mac.

Tara se acercó al enorme ventanal del salón y contempló la playa. Se cruzó de brazos y se giró para mirar el teléfono silencioso. Se fue a buscar su impermeable, se puso las botas y se dirigió a la playa. En cuanto el aire fresco le llegó a los pulmones sintió que las tensiones del día se desvanecían. Se dijo a sí misma que estaría fuera una hora, y después seguramente Mac llamaría.

Pero a las ocho de la tarde Tara aún no sabía nada de él. Se obligó a comer algo del guiso que había preparado y encendió la televisión para distraerse. Finalmente, habiendo perdido la paciencia con el programa que había elegido, una discusión demasiado intelectual sobre el arte, descolgó el teléfono y marcó el número de su tía.

–Me preguntaba cuándo iba a saber algo de ti –dijo Beth cautelosamente después de escuchar el saludo de su sobrina–. ¿Qué tal va todo? ¿Mac y tú os lleváis bien?

Al recordar la mañana de pasión del día anterior, seguida de una noche similar, Tara se ruborizó violentamente.

–Nos estamos llevando bien. Y este es un país hermosísimo, tan verde que te hace daño a la vista. La casa en la que estamos tiene unas vistas del mar espectaculares.

–Ya lo sé, querida. Tus abuelos eran de County Cork, ¿recuerdas? Todavía tengo primos en el pueblo donde crecieron. Pero estoy mucho más interesada en ti y en Mac. No sé muy bien cómo me siento al saber que estás sola con él.

Tara no creyó necesario preocupar aún más a su tía diciéndole que Mac había regresado a Londres por negocios. Tampoco se paró a pensar por qué lo estaba protegiendo. Sujetándose un mechón de cabello detrás de la oreja, suspiró en el auricular.

–Tú fuiste quien dijo que teníamos que hablar, ¿recuerdas? Bien, pues estamos hablando –entre otras cosas.

–¿Y de qué estáis hablando exactamente? ¿Todavía estáis tratando el tema del divorcio?

–Habrías sido un buen fichaje para la Gestapo, ¿lo sabías?

–Querida, el hecho de que no me quieras contar nada me hace pensar que todavía estás confusa. No dejes que Mac te convenza de tomar cualquier decisión para la que no estés preparada, ¿me oyes?

–Sí, tía –contestó poniendo los ojos en blanco.

–Y no me llames «tía» de esa manera. ¡Me hace sentir como una cosa vieja caducada!

–¿Cuándo se te va a meter en la cabeza que no eres vieja? –sonriendo con cariño, Tara desvió su atención hacia la televisión, en la que la tediosa discusión ya se estaba terminando. Empezando a sentirse nerviosa al pensar que tal vez Mac estaba intentando llamarla, quiso terminar la conversación–. Bueno, tengo que dejarte; sólo quería charlar un rato y ahora me parece que oigo a Mac llamándome –mintió cruzando los dedos.

–Llámame en cuanto sepas cuándo vuelves. Echo de menos no tenerte cerca.

–Si necesitas compañía, ¿por qué no le dices a Peter Trent, el del otro lado de la calle, que te invite a un café? Sé que tiene debilidad por ti y tal vez descubras que tenéis más cosas en común de lo que crees.

–Libros antiguos y muebles antiguos. Haríamos una pareja estupenda, ¿no crees? Querida, cuando esté tan desesperada será el momento de que me marche a una residencia. Dame tu número por si me apetece charlar –Tara se lo dio de buen grado–. Cuídate… y llama pronto.

Dos horas después Tara no había recibido ninguna llamada de Mac y tuvo que resignarse al hecho de que probablemente no llamaría. Al menos no esa noche. Sintiéndose a la vez furiosa y desesperada, apagó todas las luces del salón y se dirigió a la cama.

¿Era una tonta por confiar en él otra vez después del daño que le había hecho? Ese fue el último pensamiento que cruzó su cabeza antes de quedarse dormida.

¡Nunca más! Nunca volvería Mac a pasarlo tan mal para apaciguar a un cliente rico y petulante. Lo único que lo alegraba, aparte de haber evitado un juicio, era que después de un día enervante y tedioso iba a volver a la casa donde debería haber estado con Tara. Por lo menos había tenido la satisfacción de decirle al cliente que la próxima vez debería llevarse su negocio a otro sitio, porque él no estaba dispuesto a aguantar más problemas. Para su sorpresa, el cliente había dado marcha atrás rápidamente, asegurándole que ni siquiera se le ocurriría trabajar con otra agencia, porque siempre había estado muy satisfecho.

Mac se despidió del taxista con una propina más que generosa, agarró la bolsa de viaje de color azul marino que se había llevado y empezó a subir los escalones de la casa. Todas las luces estaban apagadas, excepto la del porche. Buscó la llave de repuesto que, según Match, estaría debajo del felpudo, y entró silenciosamente.

Estaba ansioso por volver y no se había molestado en llamar a Tara antes. Además, eran más de las tres de la mañana y no había querido despertarla. Pero sobre todo no había querido que condujera en la oscuridad al aeropuerto para recogerlo. Tomar un taxi había sido lo más sensato.

Mac dejó la chaqueta y la bolsa en una silla de la entrada, se quitó los zapatos y avanzó por el pasillo hacia la habitación de Tara. No había echado las cortinas y la luz de la luna se colaba en el interior, iluminando el cuarto débilmente. Tara estaba tumbada boca abajo, con los brazos sobre la almohada blanca.

Inclinándose hasta estar a su altura, le apartó el cabello del rostro, sintiendo la calidez de su respiración contra la muñeca. No quería despertarla, sólo deleitarse mirándola unos momentos. Aunque había estado fuera menos de veinticuatro horas, la había echado de menos.

–¿Mac? –Tara se dio la vuelta y se incorporó hasta quedar sentada, mirándolo con sus somnolientos ojos verdes.

–He vuelto, cariño.

–¡Bastardo!

Por un instante Mac se quedó tan sorprendido por el golpe que sintió en el hombro que ni siquiera se defendió. Pero cuando Tara lo golpeó de nuevo, y luego una tercera vez, le agarró las muñecas y la miró incrédulo.

–¿A qué viene eso? –preguntó furioso.

–¡Me mentiste!

–No te mentí, yo…

–No importa cómo lo digas, Mac. ¡Ni siquiera tuviste el detalle

de llamarme para decir que ibas a llegar tarde! –intentó soltarse pero Mac le agarraba las muñecas con firmeza.

–¡Escúchame! La reunión se alargó y el cliente llegó un par de horas tarde. Tuve que invitarlo a cenar y después meterlo en un taxi para que se fuera a casa. Después de eso, de ponerme al día con Mitch y de llamar a la compañía aérea, ya eran las nueve de la noche. El primer vuelo que pude encontrar no salía hasta después de medianoche. No te llamé porque no quería que condujeras hasta el aeropuerto tan tarde, pensé que sería más fácil tomar un taxi… y darte una sorpresa.

Luchando todavía por liberarse, Tara dijo enfadada:

–Es como en los viejos tiempos, ¿verdad, Mac? Me haces una promesa y después no la cumples. No ha cambiado nada.

El abatimiento que había en su voz lo desarmó. Luchando contra la furia que sentía al haber sido malinterpretado cuando sólo estaba haciendo lo que pensaba que era lo mejor, Mac murmuró un improperio y la soltó.

–Todo ha cambiado, Tara. A pesar de lo que puedas pensar, el trabajo ya no es lo primero para mí. Esta era una situación especial y para resolverla se necesitaba mi pericia. Te guste o no, todavía tengo responsabilidades con la gente que trabaja para mí. Sus puestos de trabajo dependen de si la agencia prospera. No podría dejarlos en la estacada.

–No. Tú no harías eso, Mac –la invadió una oleada de vergüenza mientras se frotaba las muñecas doloridas. Al no telefonearla, ella había creído lo peor. Había creído que no era lo suficientemente importante como para que volviera a la mínima oportunidad para estar con ella. Pero al oír la frustración y el dolor en la voz de Mac se sintió castigada, porque sabía que era un hombre íntegro que hacía todo lo posible por no defraudar a la gente. Y eso la incluía a ella–. Lo siento.

–No hay nada que debas sentir, yo soy el único que debe disculparse. La próxima vez te llamaré antes –se levantó y se frotó los ojos–. Vuelve a dormirte. Buenas noches, Tara.

Presa del pánico, Tara se pasó una mano temblorosa por el cabello.

–¿Dónde vas?

La mirada de Mac parecía muy distante.

–A la cama. Estoy derrotado.

–¿Quieres beber algo? ¿Tienes hambre? –preguntó poniendo los pies en el suelo y levantándose.

Aunque Mac se sintió atraído por ella en cuanto la vio con una

camisa de dormir de color rosa que dejaba distinguir las curvas de su cuerpo, estaba demasiado cansado.

–Estoy bien. Tomé un sándwich y algo de café. Ahora lo único que quiero es dormir.

Esbozó una ligera sonrisa más parecida a una mueca y dejó allí a Tara, antes de cerrar la puerta detrás de él.

Cuando Tara entró en la cocina a la mañana siguiente no había rastro de Mac, pero encontró una nota sobre la mesa. Le decía que se había ido a dar un paseo por la playa y que desayunara sin él.

¿Cómo podía comer cuando se sentía tan agitada? Mordiéndose el labio inferior, Tara buscó su impermeable y se apresuró a salir de la casa para bajar a la playa.

Lo encontró haciendo rebotar piedrecitas en el mar.

–Tienes que aprender a confiar en mí, Tara. Si no, esto no va a funcionar –después de mirarla brevemente, siguió lanzando piedras.

Tragando saliva con dificultad, Tara hundió las manos en los enormes bolsillos de la chaqueta. La noche anterior se había angustiado al pensar que podría perderlo otra vez. Al ver que no la llamaba casi se había vuelto loca pensando en lo peor, como qué ocurriría si el avión se estrellara y él muriera antes de haberle podido decir que lo amaba, que siempre lo había amado. Por eso había tenido esa reacción cuando él apareció finalmente.

–La confianza es un salto de fe para mí –confesó Tara.

–Lo sé –limpiándose las manos en los vaqueros, Mac acortó la distancia que los separaba–. Por eso te estoy dando todo el tiempo del mundo. Ahora lo único que quiero es estar contigo, y haré todo lo necesario para ganarme tu confianza. Lo prometo.

Tara sintió en su interior algo luminoso y bueno, como si alguien hubiera encendido una luz en la oscuridad. Sin decir nada lo abrazó, saboreando el aroma de mar que se había aferrado a él, mezclándose con su propio olor. Hundió el rostro en la lana gruesa del suéter de Mac.

–¿Tienes hambre? –lo miró con una expresión feliz.

–De ti… no de comida –contestó Mac mientras le ponía las manos en las caderas.

–Bueno, tal vez pueda tentarte con un poco de cada –le puso las manos en el pecho para apartarlo y echó a correr por la playa–. ¡Pero antes tienes que alcanzarme! ¿Crees que podrás hacerlo?

–¡Cariño, si tú eres el premio podría incluso ganar las Olimpiadas!

Echó a correr siguiéndola, acortando la distancia mucho más rápido de lo que había pensado. Cuando Tara se giró para ver por dónde iba y se dio cuenta de que la estaba alcanzando, se echó a reír y se detuvo.

–¡Guau! –tenía los ojos brillantes cuando él llegó a su lado–. Seguro que has estado entrenando, ¡eso ha sido impresionante!

–Ni la mitad de impresionante de lo que voy a estar en el dormitorio, señora Simmonsen.

Mac la tomó en brazos, sintiendo cómo la sangre se le agolpaba entre las piernas cuando ella lo abrazó alegremente.

–Promesas, promesas.

–¿Qué? ¿Crees que no lo voy a conseguir?

Ignorando la insinuación, Tara suspiró y lo miró.

–Creo que puedes conseguir todo lo que te propongas, Mac… en serio.

Capítulo 9

Después de haber conducido durante algún tiempo, Mac detuvo el coche en una zona impresionante, llamada Burren, compuesta de mesetas rocosas bajo un cielo azul y frío de invierno. Después de contemplar el paisaje con satisfacción durante unos segundos, se giró bruscamente hacia Tara.

–Muy bien, dame el mapa.

–¡No! Yo puedo leerlo.

–Sé una buena chica y dame el mapa, Tara.

–¡He dicho que no! ¡Y por favor, no me trates con ese tono condescendiente que empleas con tus secretarias! Sé lo que estoy haciendo, empecé a leer mapas cuando era una niña.

–¿Entonces puedes explicarme por qué nos hemos perdido? –Mac sonrió, pensando que nunca se habría creído tan paciente, pero Tara estaba tan decidida a hacerse cargo de su pequeña excursión que lo único que podía hacer era quedarse sentado admirándola y disfrutando.

Irritada al no poder localizar en el mapa el sitio en el que estaban, Tara se rascó la cabeza y miró al hombre atractivo que se sentaba a su lado.

–Odiaría trabajar para ti, ¿lo sabías?

–Yo también odiaría que trabajaras para mí –ella frunció el ceño, Mac se rió y le acarició la mejilla con un dedo–. Eres una distracción constante, no podría trabajar.

Tara se apoyó contra él, deslizando deliberadamente una mano por uno de los musculosos muslos de Mac.

–¿Eso sería algo bueno o malo? ¿Tú qué crees?

–Creo… –le dio pequeños besos en los labios–… que deberías reservar todas tus habilidades para leer ese mapa… antes de que yo tenga que recurrir a la primera norma de supervivencia cuando se está perdido en terreno desconocido.

–¿Oh? –con la respiración entrecortada por los besos de Mac, cada vez más exigentes, Tara miró a Mac–. ¿Cuál es?

–Buscar heridas –dijo con voz ronca mientras deslizaba una mano por debajo del suéter de ella, sintiendo la curva femenina de sus pechos.

–Pero… ninguno de los dos está herido.

–¿No cuentan las marcas hechas con los dientes?

Con un ligero gruñido, Mac deslizó los dientes por un lado de su cuello. Ella sintió una oleada de placer cuando él mordisqueó la piel sensible, mientras al mismo tiempo le acariciaba los pezones. Deslizó una mano por su mandíbula, saboreando ese tacto que le había sido negado durante cinco largos años. ¿Cómo había vivido sin él durante todo ese tiempo? Sintió que unas lágrimas calientes se le agolpaban en los ojos, y la intensidad de los sentimientos por ese hombre, cuyo bebé había llevado en las entrañas, la invadieron sin piedad.

Mac sabía cuándo Tara estaba pensando en otra cosa, así que apartó la mano de su pecho y le colocó el suéter. Después se apartó y descubrió las lágrimas. Se le hizo un nudo en el estómago.

–¿Y esto por qué es, hmm? –levantándole la barbilla, le acarició el rostro.

–Siento no haberte dicho nada del bebé, Mac. Siento haber pensado que no te importaría. ¿Podrás perdonarme?

Tragando saliva con dificultad al oírla, Mac necesitó un par de segundos para recuperar la calma. En su interior estaba intentando asumir la muerte del bebé, diciéndose que si de su unión nacían más hijos él estaría siempre allí. Tara no tendría más razones para dudar de él… nunca más.

–Claro que te perdono. Los dos cometimos errores, pero no creo que ninguno quisiera herir al otro deliberadamente. Han pasado muchas cosas, Tara. No podemos volver donde lo dejamos, pero podemos empezar de cero.

–Todavía no lo sé, Mac –lo tomó de la mano y consiguió sonreír–. No sé lo que quiero. Es decir… te quiero a ti, pero… –«estoy aterrorizada», reconoció en silencio. «Aterrorizada al pensar que todo puede ir mal, que tal vez no pueda soportar el dolor si te vas otra vez…»

–Está bien, cariño, no tienes que tomar ninguna decisión ahora. Iremos poco a poco y veremos qué tal nos va –le costó mucho permanecer tan calmado, cuando sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Algún día, de alguna manera, iba a conseguir que ella volviera con él o moriría en el intento. Le dio un pequeño beso en los labios y se reclinó en su asiento para disfrutar el efecto: ojos llorosos, mejillas sonrojadas y labios húmedos, por no hablar del

movimiento tembloroso de sus pechos–. Si tienes en cuenta que he sido incapaz de mantenerme apartado de ti durante estas vacaciones y que todavía no me has desterrado a la mazmorra más próxima, creo que tenemos posibilidades de arreglar las cosas, ¿no te parece?

Tara suspiró. Ese hombre era irresistible y la verdad era que ella no quería resistirse. Algo avergonzada por la mirada vigilante de Mac, intentó alisar el mapa arrugado y, triunfante, señaló un lugar con el dedo.

–¡Lo encontré! Hemos pasado por este lugar hace cinco minutos. Calculo que estaremos a unos tres kilómetros de las cuevas. Si seguimos un poco más por esta carretera, seguro que encontramos una indicación.

Fingiendo decepción, Mac bostezó y se incorporó.

–¿Quieres decir que tengo que conducir otra vez?

Desviando la mirada de los ojos abrasadores de Mac, Tara observó el paisaje.

–¡Claro que tienes que conducir! Hay mucho que ver. Y después de visitar las cuevas de Ailwee quiero ir a ver los Acantilados de Moher. Dicen que son espectaculares y tengo un montón de carretes fotográficos que quiero usar.

–¿Y después? –preguntó Mac mientras sus manos se curvaban alrededor del volante.

–Después… –Tara sabía que si en ese momento estuvieran en la cama iba a ser realmente salvaje. Aclarándose la garganta, miró al frente–. Encontraremos algo que nos entretenga a los dos.

Mac encendió el motor mientras sentía una oleada de calor.

–Me encanta cuando dices cochinadas –dijo con voz ronca mientras el coche se empezaba a mover.

De pie sobre un estrecho puente de hierro con una caída vertiginosa, Tara se agarraba al brazo de Mac atreviéndose a mirar hacia abajo mientras un alegre guía irlandés les explicaba la diferencia entre estalactitas y estalagmitas. Las cuevas tenían dos millones de años y eran espectaculares, y el interior débilmente iluminado y el olor frío y húmedo de las rocas antiguas les transportaba a un mundo subterráneo que era difícil de imaginar.

–¿No es increíble? –susurró Mac mientras avanzaban con los turistas que seguían al guía.

–Tengo que recordarte algo de mí –contestó Tara agarrando firmemente el brazo musculoso de Mac.

–¿El qué?

–No me gustan las alturas. Tengo vértigo incluso cuando subo dos peldaños de una escalera.

–Ahora que lo dices, recuerdo que no quisiste subir en el ascensor de cristal de Lloyd's cuando nos invitaron a un cóctel, ¿te acuerdas?

–Recuerdo que agradecí tener los músculos de las piernas bien desarrollados, porque subir todas esas escaleras fue como escalar el K2.

Quince minutos más tarde, después del aviso del guía, la cueva se sumió en la oscuridad, para demostrar a los turistas cómo eran las cuevas sin luz. Tara agradeció que los cálidos dedos de Mac se entrelazaran con los suyos, porque la oscuridad era otra de sus fobias.

Él se acercó más, acariciándole la mejilla con la otra mano.

–¿Estás bien? Sé que no te gusta la oscuridad.

–Estoy siendo valiente, ¿eh?

–La mujer más valiente que conozco –le susurró al oído. Tara no supo si fue su imaginación, pero sintió un suave beso en el lóbulo de la oreja.

Se sentía llena de alegría, por no hablar de deseo. Aliviada cuando volvieron las luces, que iluminaron todos los rincones transformando las cuevas en una gruta mágica, Tara sonrió a Mac. Se emocionó ante la idea de que se estaban conociendo otra vez, y se preguntó si Mac también lo sentía.

Apretándole la mano, Mac se dirigió hacia la salida, siguiendo a la fila de turistas.

–Me siento bien –confesó Tara, sorprendida al ver que era verdad.

–Yo también –se detuvo para tocarle la punta de la nariz, sonriendo–. Ahora vamos a jugar a los turistas y a asaltar la tienda.

Eligiendo entre todos los peluches, Mac le compró un encantador gato negro con ojos de color esmeralda y un lacito a juego, además de una enorme camiseta con un slogan publicitario en la parte delantera. Al comprarla, le dijo a la sonriente dependienta que era para que lo llevara en la cama.

Tara le compró un bonito libro de tapas duras con fotografías a todo color del condado, y se lo dio cuando estuvieron de vuelta en el coche, listos para dirigirse a los majestuosos Acantilados de Moher.

Visiblemente emocionado, Mac empezó a ojearlo con cuidado e interés.

–¿Me lo firmas? –sacó una estilográfica dorada del bolsillo interior de su chaqueta y se la dio a Tara, junto con el libro.

–Claro –algo avergonzada, Tara lo abrió por la primera página y escribió con una mano ligeramente temblorosa: *Mac, gracias por un día maravilloso. Con cariño, Tara.*

Estuvo a punto de añadir varias «x» para simbolizar besos, pero se contuvo y, ruborizada, cerró el libro, devolviéndoselo a Mac junto con la estilográfica.

–Gracias.

–De nada –Tara miró al frente sin atreverse a mirar a Mac, porque estaba necesitando todo su autocontrol para no lanzarse a sus brazos.

–¿Quieres ir a casa?

–¿Por qué? –giró la cabeza y se sorprendió al descubrir la mirada de deseo en los ojos azules de Mac.

–¿Necesitas preguntarlo?

–¿Y los Acantilados de Moher?

Mac se reclinó en su asiento y se echó a reír.

–Cariño, han estado ahí durante miles de años… creo que seguirán estando mañana o pasado mañana si queremos volver a verlos.

Tara se ruborizó.

–Muy gracioso. Me alegro de que… –pero se quedó a media frase cuando Mac abrió la puerta del coche de repente y corrió por el asfalto hacia un niño pequeño que atravesaba el aparcamiento. El niño estaba muy afligido y, tomándolo en brazos, Mac lo apretó contra su pecho hablándole y reconfortándolo. Tara sintió que el corazón se le paraba. La vida era injusta. Mac podría haber sido el padre más maravilloso del mundo. Tal vez todavía podía serlo. Tara salió del coche con el pulso acelerado y esbozó una sonrisa comprensiva al ver a la madre del niño, que llegaba donde estaba Mac y abrazaba a su hijo.

–Estaba en la tienda –dijo llorando–. Sólo le solté la mano durante un segundo. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué puedo decir? Gracias, gracias –apretó al niño contra su pecho mientras sonreía a Mac–. Que Dios lo bendiga. No sé qué habría hecho si llega a perderse…

–No pasa nada –contestó Mac mientras alborotaba el pelo rubio y rizado del niño–. Probablemente quería explorar y no se dio cuenta de que la había perdido hasta hace un minuto. Mire, está sonriendo –el niño giró la cabeza para sonreír a Mac, como si lo conociera desde siempre. Tara se acercó y Mac la miró y la abrazó–. Mi esposa –le dijo a la mujer, sin disimular el orgullo que sentía.

–Encantada de conocerla. ¿Ustedes tienen hijos?

–No –Tara escuchó los fuertes latidos de Mac mientras respondía con voz grave–. No, no tenemos hijos.

Tara levantó la cabeza y miró a Mac a los ojos.

–Pero esperamos tenerlos. Muy pronto.

–Te cambian la vida, pero no podrías estar sin ellos –la mujer jugueteó con su hijo sonriéndole.

–Eso he oído –Mac tomó a Tara de la mano y la acercó aún más a él, con una expresión llena de esperanza, necesidad y deseo que no podía ocultar.

–Bueno, suerte a los dos. Hacen una pareja encantadora… Estoy segura de que serán unos padres estupendos. Vamos, Michael, mamá te va a comprar un caramelo.

–¡Cuídese! –le dijo Tara.

–¿A casa? –sugirió Mac.

–A casa –contestó guiándolo con urgencia al coche.

No consiguieron llegar al dormitorio. La distancia desde la puerta de entrada a la cama más cercana era demasiado grande. Durante el viaje de vuelta la tensión entre los dos había aumentado cada vez más y casi no habían hablado, porque una sola palabra podría haber desequilibrado la balanza entre lo civilizado y el deseo más salvaje. Tara gritó cuando Mac cerró violentamente la puerta tras ellos y la empujó contra la pared, con una expresión en el rostro casi brutal. La besó ávidamente y Tara, tambaleándose por el choque de dientes y lenguas, intoxicada por su sabor masculino y seductor, se derritió contra la pared mientras él le desabrochaba los vaqueros, se los bajaba hasta las rodillas y la ayudaba a quitárselos. Ella se quitó los zapatos a la vez que Mac, con las manos en sus caderas, hacía lo mismo con la ropa interior, bajándole las braguitas hasta los pies. Separándole los muslos, hundió los dedos en la humedad de Tara, antes de reclamar sus labios con un beso apasionado.

–Oh Dios… Mac –alargó las manos hacia la cremallera de sus vaqueros. Se sentía débil por el deseo y no podía esperar mucho más, en realidad no podía esperar ni un segundo más antes de…

Abandonándose entre sus manos, Mac dejó que Tara lo acariciara brevemente antes de guiarlo con movimientos seguros y expertos a su interior. Mientras la penetraba, Tara casi no era consciente de las manos de Mac, que le levantaban las nalgas para poder introducirse aún más profundamente.

–Creo que he soñado con esto cada noche desde que nos separamos –dijo él contra su boca–. Dime… dime lo que deseas y lo tendrás… cualquier cosa.

Hundiendo los dedos en los mechones espesos de cabello rubio, Tara cerró los ojos, jadeando mientras Mac se sumergía en ella una y otra vez, cada vez más profundo y más fuerte, hasta que ella perdió el sentido del tiempo y del espacio. Nada más le importaba. La pasión la transportó a otro mundo y todo lo que pudo hacer fue caer en la tentación del placer más intenso que había experimentado en toda su vida.

–A ti, Mac. Te deseo a ti… No pares, por favor, no pares o moriré –como respuesta él le quitó el suéter y el sujetador, acariciándole un pecho con la boca. Las caderas de Tara se apretaron contra él con cada oleada, dejándole el cuerpo tembloroso y la mente suspendida en un lugar donde los pensamientos, las intenciones y las heridas del pasado no tenían consecuencias. Mientras se hundía en el pecho de Mac casi pudo sentir cómo su miembro se hinchaba dentro de ella. Notó la tensión en su cuerpo justo una fracción de segundo antes de que se derramara dentro de ella con un gemido, y dejó descansar la cabeza entre los pechos de Tara durante unos momentos para recuperarse. Se habían amado violenta y rápidamente… justo como ella lo había deseado.

Cuando él la ayudó a incorporarse le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos y le dedicó una sonrisa sexy y ardiente que consiguió desarmarla.

–Ya puedes sonreír –dijo ella lentamente–. Has sido un chico muy travieso.

Mac deslizó los dedos entre los muslos de Tara y ella ahogó un grito. Mac sonrió con la seguridad de un hombre que sabe que puede darle a su mujer lo que necesita.

–¿Quieres que lo haga otra vez?

Apoyado en un codo y acariciándole lentamente a Tara la espalda con la mano libre, Mac se preguntó cuánto tardaría en despertarse. Después de la media noche no habían dormido mucho. Aunque estaba cansado, seguía teniendo el cuerpo inquieto. Quería más. No importaba cuántas veces su cuerpo se uniera con el de Tara, porque siempre era insuficiente. Durante tres días habían hecho el amor fuera y dentro de la cama, sólo parando para comer y ducharse y tal vez para dar un paseo por la playa. ¿Siempre había

habido tanta intensidad entre ellos? ¿Siempre había sido tan bueno? Tara murmuró algo contra la almohada y se giró para mirarlo con ojos somnolientos.

La mano de Mac se deslizó más abajo para descansar posesivamente en la curva ondulada del trasero de Tara.

–¿Qué has dicho?

Ella se apartó el pelo de la cara.

–He preguntado si no duermes nada.

–Contigo a mi lado, no –sonriendo, Mac dejó que sus dedos vagaran por la parte posterior de sus muslos bajo la sábana blanca, avanzando deliberadamente hacia la zona más suave entre ellos.

–Ma-a-a-c –gimiendo en voz alta, Tara se dio la vuelta rápidamente, llevándose la mayor parte de la sábana.

–¿Qué?

–Hoy estoy decidida a salir y hacer algo de ejercicio. ¡Me estás convirtiendo en una mujer decadente y perezosa! –incorporándose hasta quedar sentada, tiró de la sábana hacia arriba para cubrirse los pechos y se mordió el labio para no reírse cuando Mac intentó quitársela.

–Sólo un beso –pidió él–. Sólo un beso y dejaré que te vayas… si eso es lo que quieres.

Los dos sabían que no iban a tener bastante con «sólo un beso». Tara ya sentía un hormigueo por todo su cuerpo, el lugar entre sus muslos estaba húmedo de deseo y tenía los labios hinchados por los cientos de besos que había recibido durante la noche.

Dios, Mac era maravilloso. Lo amaba. Al pasar tiempo juntos, libres de las exigencias de la vida normal, Tara había descubierto una nueva faceta de Mac… o al menos una que había olvidado. Era travieso y cariñoso, tierno y apasionado, considerado y fuerte… cualidades que echarían abajo la determinación de la mujer más fuerte.

–Está bien –dijo ella alargando una mano para apartar un mechón de pelo rubio de la frente de Mac–. Tendrás tu beso, pero sólo si me prometes que harás el desayuno.

Los ojos de Mac se oscurecieron mientras apartaba la sábana para dejar al descubierto la plenitud de los hermosos pechos desnudos de Tara.

–Es un trato.

–¡Pero no hablo de cereales y tostadas, Mac Simmonsen! –dijo mientras él deslizaba las manos por su caja torácica–. Lo quiero todo… huevos, beicon, salchichas, tomates y… y… –Tara dejó de

hablar cuando Mac inclinó la cabeza hacia su pecho. Un deseo lánguido le recorrió el cuerpo desde los pezones hasta el vientre.

Hundiendo los dedos en el cabello de Mac, se dejó caer contra las almohadas que tenía detrás.

–Dios mío, Mac… No me extraña que te llamen «el Mago» –de repente el teléfono sonó, dejándolos helados mientras el sonido retumbaba en el pasillo–. No contestes –pidió ella.

Mac sonrió sacudiendo la cabeza.

–No tengo intención de contestar –le aseguró perezosamente–. Será alguien que se ha equivocado –la besó en los labios con urgencia.

–¿Y si no se han equivocado? –el teléfono seguía sonando–. ¿Y si Mitch te llama para algo del trabajo?

–Entonces Mitch lo lleva claro, porque no voy a contestar.

–Deja que responda.

–¿Pero qué…? Tara… ¿qué demonios crees que estás haciendo?

Pero ella ya se había liberado de su abrazo, llevándose la sábana mientras se apresuraba a salir del dormitorio.

Regresó un par de minutos después, con el ceño fruncido y una expresión preocupada. A Mac le dio un vuelco el corazón.

–¿Quién era? ¿Mitch? –si había otro problema en el trabajo, su mano derecha tendría que ocuparse él solo. De ninguna manera Mac iba a volver a interrumpir sus vacaciones. ¡Primero vendería el negocio!

–No era Mitch –dijo Tara entre dientes–. La tía Beth. Ha tenido un accidente y tengo que volver a casa.

Capítulo 10

Qué quieres decir con que es mejor que me quede en el hotel? –sin poder creer lo que estaba oyendo, Mac siguió a Tara fuera del coche, frunciendo el ceño mientras ella buscaba la llave de la tienda. Las manos le temblaban un poco y no quería mirarlo.

–La tía Beth me necesita y no creo que sea buena idea que te quedes –la cerradura cedió, Tara empujó la puerta y entró en el interior seguida de Mac.

–¿Te importaría repetirme eso?

Dándose la vuelta, Tara intentó sacudirse todo el cansancio que se había acumulado en su cuerpo después de varias horas de viaje, y se dijo que no le vendría mal poner algo de distancia entre Mac y ella, al menos por unos días. En Irlanda era más fácil convencerse de que él mantendría su promesa de no obsesionarse con el trabajo, pero una vez en casa no estaba tan segura. El accidente de Beth le daba un poco más de tiempo.

–He dicho…

–Ya sé lo que has dicho –contestó Mac furioso–. Sólo quería asegurarme de que te había oído bien. ¿Los últimos días están sólo en mi imaginación, Tara, o han sido un sueño? ¡Después de todo lo que hemos pasado, ahora me apartas de tu lado, como si no significara nada! Creí que estábamos de acuerdo en que nuestra relación volvía a ser firme y permanente. ¿Por qué me dices que me vaya a un hotel mientras te quedas aquí sola?

–Sólo hasta que la tía Beth se recupere –suspirando, dejó las llaves en el escritorio de su tía y empezó a desabrocharse el abrigo–. Va a haber muchas cosas que hacer por aquí. Ella tiene que ser la prioridad.

–¡No! –pocas veces se había sentido tan furioso. En Irlanda habían hablado, hecho el amor y vuelto a hablar… durante gran parte de la noche. Los dos estaban de acuerdo en que querían estar juntos y, en lo que respectaba a Mac, Tara estaba rompiendo ese acuerdo, separándose de él con una excusa. Había sacrificado todo

un mes fuera de su trabajo para cortejarla otra vez, para convencerla de que tenían que estar juntos, y no iba a parar hasta que ella se diera cuenta.

–He sido muy paciente contigo, Tara. Nunca quise obligarte a tomar una decisión, pero he abandonado muchas cosas por estar contigo. Quiero que sepas que lo he hecho porque lo único que quiero es que nuestro matrimonio funcione de nuevo. Quieres un compromiso… ¡pues ya lo tienes! Lo menos que podemos hacer ahora es vivir juntos. No me importa si es aquí o en el hotel, pero para conseguir que esto funcione tenemos que estar juntos.

Tara se apoyó contra el escritorio mientras sentía que se le revolvía el estómago.

–¿Has «abandonado muchas cosas» para estar conmigo? –negó con la cabeza lentamente–. Te refieres al trabajo, ¿no?

Mac se dio cuenta de su error y dejó que su mirada vagara por la habitación antes de volver a mirarla.

–No quería decir eso, era sólo una manera de hablar.

–¡Puede que te engañes a ti mismo, Mac, pero a mí no puedes engañarme! Estás deseando volver a la agencia, ¿verdad? ¡Seguramente no has pensado en otra cosa durante todo este tiempo!

–¡Eso no es cierto!

–¿Ah, no? –se acercó a él y le dio un puñetazo en el pecho. Sus ojos eran fríos y Mac sintió que todo su mundo se derrumbaba. «Maldición»… ella tenía razón. No había pensado en el trabajo la mayor parte del tiempo, porque cuando estaba con Tara sólo había pensado en ella, pero en algunos momentos el trabajo se había colado en su mente. No había sido capaz de dejar de pensar en ello, y ella tenía razón en eso. Tara tenía razón y él era el hombre más estúpido del mundo.

–¡No me mires como si estuvieras a punto de echarte a llorar! –le dijo Beth a su sobrina–. Yo soy la única que debería estar llorando. Estaba a punto de vender esa maldita chaise longue y ¿qué es lo que hago? ¡Me subo a una silla y me rompo la rodilla! –furiosa, alargó la mano hacia las uvas negras que Tara había puesto en un cuenco, sobre la mesita del hospital, y masticó una sin placer.

–Oh, tía –suspirando, Tara tomó la mano de la mujer y le dio pequeños golpecitos. Aunque seguía siendo una mujer muy vital, el accidente la había afectado. Tenía unas suaves manchas grises bajo

los ojos y su rostro, por una vez sin maquillaje, tenía el color del marfil. Tara sintió una oleada de cariño y sus dedos se curvaron posesivamente alrededor de la mano de Beth.

–Por favor, no te preocupes, todo va a salir bien. Me ocuparé de la tienda, y lo único que quiero que hagas es que te tomes tu tiempo para descansar y recuperarte. Saldrás en unos cuantos días, pero te lo tienes que tomar con tranquilidad. Estarás en una silla de ruedas durante una temporada y luego llevarás muletas, así que te tienes que acostumbrar a la inactividad. Cuanto antes te hagas a la idea antes te recuperarás.

–¿Desde cuándo eres tú la mujer sabia y anciana, tú que solías usar mi maquillaje y ponerte mi ropa? –Beth se sacó un pañuelo de la manga, presionándolo cuidadosamente contra la nariz.

–Probablemente desde que conseguí que mi matrimonio fuera un completo desastre y huí para lamerme las heridas en vez de intentar que mi marido volviera.

–¿Y dónde está tu marido ahora? Porque supongo que sigue siendo tu marido, ¿no? ¿U os habéis divorciado mientras estabais fuera?

Las mejillas de Tara se tiñeron de rosa.

–Mac y yo todavía estamos casados, y antes de que lo preguntes, todavía no sé si es permanente, aún tenemos que resolver algunas cosas. Y en cuanto a tu primera pregunta, Mac está en la tienda, echándole un ojo a las cosas. Y sabiendo el encanto que tiene, cuando llegue probablemente habrá vendido la mayoría de las cosas… incluida tu maldita chaise longue.

Beth sonrió melancólicamente.

–Bueno, si es así tendré que darle un porcentaje. Pero, ¿no tiene que volver a Londres?

«¿Y qué vas a hacer cuando se vaya?» Tara oyó en su mente esa pregunta y se encogió de hombros.

–Todavía le quedan un par de semanas antes de irse, tiempo suficiente para ayudarme a llevar la tienda y para prepararlo todo antes de que vuelvas.

–Querida, para ser sincera estoy más preocupada por tu bienestar que por el mío. Supongo que tengo que confiar en que sabes lo que estás haciendo en lo que se refiere a tu encantador marido. Por cierto, agradezco que hayas interrumpido tus vacaciones para venir en cuanto te enteraste. Tal vez el amigo de Mac os vuelva a dejar la casa pronto.

Al pensar en los días que habían pasado juntos haciendo el amor y paseando por esa maravillosa playa, Tara dejó escapar un suspiro

lleno de esperanza y nostalgia. Pero la discusión que habían tenido al llegar a casa estropeaba cualquier posibilidad de ser feliz.

–¿Quién sabe? –sonriendo, alargó la mano hacia el cuenco de cristal para agarrar un puñado de uvas.

Tara pasó las pequeñas páginas de su agenda y su mirada se detuvo en la «P» rodeada con un círculo que había pasado cinco días atrás. Ignorando las ganas de gritar y de tirarse del cabello, se dejó caer sobre el asiento del inodoro y se puso las manos en el estómago. No podía haber ningún error, como había pensado en un principio. Su periodo llevaba una semana de retraso, y además tenía una sensación extraña en la cabeza y en el estómago.

–Estupendo –murmuró–. Muy oportuna, Tara.

Pero sus palabras escondían una alegría secreta. Pensar que Mac y ella iban a tener otra oportunidad para ser padres… bueno, era un sueño imposible hecho realidad.

Empezó a frotarse la sien derecha para apaciguar el dolor. Tenía que reconocer que Mac no había vuelto a hablar de la reconciliación; después de la pelea se había vuelto a registrar a regañadientes en el mejor hotel de la ciudad. Era como si estuviera esperando a que Tara tomara una decisión. Pero desde que volvieron a la ciudad él se había hecho cargo de prácticamente todo en la tienda. Había revisado la agenda de Beth, se había puesto en contacto con los clientes y los proveedores para avisarlos de lo que había pasado, había vuelto a organizar las fechas de entrega, se había hecho cargo de las ventas en la tienda e incluso había asistido a una feria comercial que Beth había apuntado. Por voluntad propia Tara se había mantenido en un segundo plano, haciendo la limpieza y preparándolo todo para la llegada de Beth. No quería que su tía se preocupara por nada al regresar, así que agradecía la ayuda de Mac que, por otra parte, servía para mantener a raya sus problemas. Los dos habían trabajado juntos durante varios días, pero habían evitado, cada uno por sus propias razones, hablar de un compromiso permanente. Pero el hecho de que Tara estaba embarazada lo cambiaría todo, y tenían que hablar seriamente.

Tara bajó a la tienda desde el piso superior y se quedó atónita al ver que la tienda estaba llena de clientes… de clientes femeninos. De espaldas a ella, Mac estaba sentado en el borde del escritorio de Beth, vestido con un suéter azul marino con cuello alto y pantalones negros hechos a medida. Había cuatro mujeres rodeándolo y mirándolo como si tuvieran delante el festín de sus sueños. De

repente, Tara se sintió irritable.

Una de las mujeres, una morena de cuarenta y tantos años delgada y atractiva, vestida con prendas de tweed y zapatos de tacón bajo, se rió de algo que Mac había dicho y le tocó una rodilla. Tara la reconoció: era la esposa del médico del vecindario, una mujer que no era precisamente conocida por su sentido del humor. Tara sintió una punzada de celos.

–¿Mac? ¿Puedo hablar contigo? –sus palabras eran más una orden que una petición. Mac se volvió desconcertado hacia ella y sonrió.

–¿Qué ocurre, cariño?

«¿Cariño?» Tara sintió que todo su buen humor desaparecía. Y no la ayudaba que ese improvisado club de fans de Mac lo estuviera mirando boquiabierto.

–Quisiera hablar contigo en privado, si no te importa –Tara entró en el pequeño pasillo que conducía a la parte trasera de la tienda y a las escaleras que subían hasta el piso de Beth.

–¿Qué pasa? –Mac se puso las manos en las caderas y sonrió.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo?

–¿En la tienda? ¿No es evidente? Estoy atendiendo a los clientes.

–¿«Atender a los clientes» no será un eufemismo para entretener a mujeres hambrientas de sexo?

Él sacudió la cabeza incrédulo.

–Eso ni siquiera merece una respuesta. ¿Qué te pasa, Tara? ¿Te sientes sola en esa pequeña cama que tienes arriba? Ya te dije que tengo una habitación doble en el hotel.

Mac sabía que se había tirado a la yugular de Tara, pero no pudo evitarlo. Desde que volvieron de Irlanda habían pasado seis días y ella se había mantenido a distancia deliberadamente, como si se arrepintiera de la pasión que habían compartido. Mac se sentía furioso, pero se contuvo por respeto a Beth. Sabía que Tara estaba preocupada por ella, y también sabía que temía, mejor dicho, que estaba aterrorizada de volver a comprometerse con él, por eso había decidido no presionarla y darle más tiempo. Pero se le estaba agotando la paciencia. ¿Qué necesitaba para convencerla de que había hablado en serio sobre dedicarse totalmente a conseguir que su relación fuera un éxito? Sabía que casi lo había arruinado todo con su obsesión por el trabajo, pero también le había prometido que buscarían una casa y que reduciría drásticamente las horas de trabajo. ¿Qué más quería Tara?

Ella lo miró furiosa.

–¡Si estoy sola, tú no eres el único pez en el mar, Mac

Simmonsen!

–¿Qué insinúas? ¿Que hay alguien más? –sintiendo que los celos lo invadían, Mac la agarró del brazo y la detuvo cuando Tara ya hacía ademán de marcharse.

–¡Claro que no! –mordiéndose el labio, Tara maldijo su mal carácter. Poner celoso a Mac no era una buena idea, las cosas ya estaban bastante tensas entre ellos. De repente Tara se sintió asustada y vulnerable. Tenía que darle pronto la noticia, porque las consecuencias eran demasiado graves como para soportarlas sola, pero antes necesitaba un poco más de tiempo para reforzar sus defensas–. Estoy un poco cansada, eso es todo. No quiero discutir contigo. Creo que me echaré un rato. ¿Te importa hacerte cargo de la tienda hasta la hora de cenar?

Mac le soltó el brazo y miró su reloj.

–No hay problema. Pero después de cerrar subiré a verte. Tenemos que aclarar algunas cosas y no me voy a ir hasta que me haya quedado completamente satisfecho, ¿está claro?

Tara asintió con la cabeza.

–Puedes quedarte a cenar si quieres. Hay pasta con salsa casera, nada especial.

Mac se frotó la mandíbula y dejó escapar un prolongado suspiro, un suspiro resignado que le dijo a Tara que se le estaba agotando la paciencia. De repente Tara sintió nostalgia por esos días felices en Irlanda, cuando la única decisión que tenían que tomar era si salían o no de la cama. Pero desde que regresaron a la vida real todo se había vuelto mucho más difícil.

–Acuéstate –le acarició el pelo ligeramente, esbozando una sonrisa–. Es verdad que pareces cansada. ¿Por qué no me dejas que prepare la cena?

–De acuerdo –en ese momento no tenía ni ganas ni fuerzas de discutir.

–Casi no has comido nada.

–¿Quién eres, mi madre? –Tara se levantó de la mesa, tiró su servilleta y se dirigió al salón. Mac la encontró mirando por la ventana. La habitación estaba débilmente iluminada por una pequeña lámpara en una esquina. Mac deseó, y no por primera vez esa tarde, saber en qué estaba pensando Tara. Había estado nerviosa e irascible durante toda la cena, desviando la mirada cada vez que él le hablaba. Sólo esperaba que ese comportamiento no

significara que le iba a decir que no podían reconciliarse.

–¿Te traigo algo? ¿Una copa de vino? ¿Algo de brandy?

Tara se giró para mirarlo, con los brazos cruzados sobre el vestido de tela vaquera.

–No, gracias.

–Muy bien. Algo pasa contigo, Tara, y me vas a decir lo que es. ¿Qué ocurre? Y no me digas que no es el momento de preguntar, porque no me voy a ir hasta que obtenga una respuesta –dijo Mac dejándose caer en el sofá.

Tara supuso que ese era el momento más apropiado para contárselo. En dos días Beth estaría en la casa y ella tendría que cuidarla y hacerse cargo de la tienda. Mac no estaría dispuesto a hacerlo indefinidamente, y ella estaba sorprendida de que lo hubiera hecho durante tanto tiempo. Cada día temía que le dijera que tenía que volver al trabajo, y una vez en Londres, ¿cuándo tendría tiempo para verla?

Con el corazón en un puño, Tara tragó saliva y dejó escapar un suspiro.

–Bueno… no estoy del todo segura… Quiero decir, todavía no me he hecho un test, pero creo que puedo estar… embarazada.

Ya lo había dicho, pero Mac se había quedado quieto y casi parecía estar en trance. Después sonrió y su sonrisa se hizo cada vez más amplia.

–No sé qué decir –a pesar de esa sonrisa tan cautivadora, las palabras le golpearon a Tara en la cara. Eso no era lo que quería escuchar. Según su experiencia, «no sé» quería decir dudas, y ella quería estar segura de que todo iba a salir bien, sobre todo teniendo en cuenta que su anterior embarazo había terminado en tragedia.

Inmersa en esos tristes pensamientos, no se dio cuenta de que Mac estaba de pie frente a ella, descruzándole los brazos. Tara sintió el aroma sensual de su colonia y el deseo la invadió. Lo miró con ansiedad.

–Deberíamos haber usado algo, es culpa mía. Debería haber insistido en que tú… nosotros… –no terminó la frase porque de repente se encontró abrazada contra el pecho de Mac, y al sentir su fuerza y calidez desaparecieron todos sus temores.

–No sabía qué decir porque estaba abrumado –le susurró Mac al oído–. Es una noticia estupenda, Tara, ¡me siento como un niño al que le han regalado todo lo que quería por Navidad!

Tara lo abrazó por la cintura y levantó la vista para mirarlo.

–Entonces, ¿no te importa?

–¿Importarme? ¿Estás loca? –riéndose, la levantó y empezó a

girar.

–¡Para, Mac! Me estoy mareando –con el corazón acelerado, Tara se agarró fuertemente a él para recuperar el equilibrio y después se separó suavemente–. En vista de lo que ha pasado, no voy a decir que puedo arreglármelas sola. Aunque Gabriel no vivió, durante todo el embarazo fui consciente de que un niño necesita a los dos padres. No fue fácil enfrentarme a la idea de ser madre soltera. Esta vez quiero hacer las cosas bien, pero solamente puedo hacerlo si estoy segura de que vas a estar ahí. No te estoy pidiendo garantías a toda prueba, pero necesito saber que eres sincero cuando dices que el bebé y yo somos lo que quieres. No quiero que el trabajo te domine y que te haga olvidar lo que has prometido.

Contemplando su rostro triste y hermoso, Mac se preguntó una vez más cómo pudo dejarla. Había empezado a ver que existían alternativas a esa existencia frenética que solía llevar, un ritmo de vida que no era bueno ni para las emociones ni para la salud. Cuando volviera al trabajo le iba a dar el control a Mitch. No sólo quería estar ahí cuando Tara tuviera al bebé, quería estar durante prácticamente todo el embarazo, vigilarla, cuidarla y asegurarse de que tenía los mejores cuidados.

–Te juro que voy a cumplir cada promesa que te haga de ahora en adelante –le dijo con voz ronca–. No fui el mejor marido en el pasado, pero no vas a poder culparme en el futuro. Bueno… no la mayor parte de las veces –sonriendo tímidamente, volvió a abrazarla de nuevo–. Vamos a ser los mejores padres, a nuestro bebé no le va a faltar de nada.

«¿Y yo qué, Mac?», quería preguntar Tara. «Lo único que quiero es tu amor. Lo que el bebé y yo necesitamos es amor, lo único que el dinero no puede comprar».

–Bueno –separándose de él y rezando para no echarse a llorar, se obligó a sonreír–. Me gustaría llamar al hospital para ver cómo está Beth. Gracias por hacer la cena… aunque no haya comido nada.

Mac frunció el ceño.

–Y hay otra cosa que va a cambiar, tus hábitos alimenticios. Son espantosos, no comes nada. Mañana por la mañana voy a buscar a un buen nutricionista, a un obstetra y a llamar para que te den cita –recogió su chaqueta del brazo de una silla y sonrió–. Estaré aquí para abrir la tienda, pero cerraremos por la tarde. Hay muchas cosas que hacer, incluyendo una visita a la agencia inmobiliaria para buscar una casa. Buenas noches, Tara, descansa. Ya sabes dónde estoy por si me necesitas.

Aturdida, Tara se quedó mirando la puerta mucho tiempo

después de que se hubiera ido.

Le dolían los pies. Habría deseado no ponerse las sandalias de tiras con tacones mortales, pero nada más le iba bien al maravilloso vestido de punto rosa y plateado que Mac le había regalado justo antes de invitarla a cenar. Se las quitó una vez sentada a la mesa, rezando para poder volvérselas a poner cuando tuviera que irse. Mac la había llevado a Londres, a uno de los restaurantes más caros y elegantes de la capital, donde el maître se había dirigido a él como si fuera un viejo amigo. «Para celebrarlo», le había dicho a Tara, añadiendo que hacía mucho tiempo que no sentía ganas de celebrar algo.

La tarde anterior habían estado en una inmobiliaria exclusiva y Mac tenía una carpeta llena de casas para visitar después de seleccionar las más convenientes. En la agenda de Tara había dos citas más, una con un nutricionista recomendado y otra con un destacado obstetra de Harley Street. Durante todo el día Tara se había sentido como si estuviera viviendo el sueño de otra persona, y en ese momento se sentaba frente a Mac en una mesa perfecta rodeada de un agradable ambiente y candelabros de plata, con atentos camareros a su disposición y una botella de champán.

–Creo que nunca te he visto tan guapa –Mac tomó un sorbo de vino y dejó la copa en la mesa.

–Es el vestido –ruborizándose, Tara se tocó el profundo escote, deseando que no fuera tan bajo. No tenía mucho pecho, pero el escote hacía que una gran parte quedara al descubierto. Era evidente que Mac no pensaba lo mismo, porque sus ojos azules no se separaban de él. Mac también estaba espléndido, con un traje impecable de color gris oscuro, camisa granate, corbata negra y con el cabello peinado hacia atrás.

–No –sus labios se curvaron en una sonrisa–. Es la mujer que está en el vestido, sin duda.

–Tú tampoco estás nada mal.

Él se rió en voz alta con un timbre sensual que hizo que Tara fuera incapaz de decir dos palabras seguidas. Parecía una adolescente en su primera cita.

–He estado pensando en alquilar una casa cerca de tu tía, hasta que podamos comprarnos una. Aunque mi hotel es muy cómodo, no quiero quedarme allí indefinidamente, y tampoco quiero que sigamos estando separados. Es hora de que volvamos a estar juntos… permanentemente.

Tara sabía que tenía razón pero aun así el corazón le dio un vuelco. Lo amaba tanto que no podría soportar perderlo de nuevo si se iban a vivir juntos y las cosas no funcionaban. Para tranquilizarse un poco, tomó un sorbo de champán.

–Cuidado con el alcohol, cariño –Mac la miró de forma inquietante, haciéndole sentir que la quería de verdad, que no sólo la quería porque estaba intentando arreglar el pasado o porque estaba de nuevo embarazada de él.

–Sé lo que estoy haciendo.

–Quiero que estés saludable durante el embarazo. Ya sé que estamos bebiendo vino y champán, pero después de esta noche no quiero que tomes más alcohol.

Tara se puso rígida y sus ojos verdes brillaron.

–Soy perfectamente capaz de decidir lo que puedo y lo que no puedo beb…

–¡Mac, querido! ¡Me parecía que eras tú! Patrice y yo… ¿Recuerdas a mi hermana Patrice? Justo ahora estábamos hablando de ti. Nos preguntábamos si habrías conseguido que tu terca mujercita te concediera el divorcio para que puedas ser libre. Oh, lo siento, no había visto a tu encantadora acompañante… ¿No vas a presentarnos, Mac?

Capítulo 11

La chica francesa era idéntica a Audrey Hepburn de joven. Exquisitamente ataviada con un vestido de satén de color berenjena que casi ni le rozaba las inexistentes caderas y desprendiendo un aroma agobiante, cuando Tara se comparó con ella se sintió una rubia ordinaria. Pero lo que más le había impactado había sido el insulto de la mujer. ¿«Terca mujercita»? ¿Así era como Mac se refería a ella?

Miró a Mac y supo que se sentía incómodo con la presencia de su antigua novia, porque Tara estaba segura de que esa tenía que ser la famosa Amelie. Mac ni siquiera se levantó, sino que miró a la chica como si su pregunta no mereciera contestación. Tara vio que las mejillas de la mujer se ruborizaban bajo el perfecto maquillaje y sintió pena por ella.

–Me hubiera gustado decir que me alegro de verte, Amelie, pero habría sido mentira. ¿Por qué no te vas y dejas que Tara y yo disfrutemos de la cena?

–Así que tenía razón, esta es tu mujer. ¿Ya has conseguido dejarla embarazada, Mac? Tenías mucha prisa por ser padre –miró a Tara de arriba abajo con sus ojos oscuros–. Con toda esa carne al aire parece una sirvienta. Creo que no habría sacrificado mi figura por estar en su lugar.

–¿A eso lo llamas figura? –arrojando la servilleta sobre la mesa, Tara se levantó–. ¡He visto postes de telégrafo con más curvas! Si me disculpáis, necesito un cambio de aires. Has sido muy amable al venir a charlar con mi marido y conmigo… perdona, ¿cómo te llamabas? –con un movimiento desdeñoso de cabeza y contoneándose de manera sexy mientras pasaba, Tara se dirigió al lavabo de señoras, haciendo que casi todos los hombres que había en el restaurante se giraran para mirarla.

Mac se estaba divirtiendo y no se molestó en disimularlo. Furiosa, Amelie murmuró un insulto en su expresiva lengua materna y se alejó tan majestuosamente como se lo permitía su

enfado. Mac se reclinó en su asiento, se aflojó la corbata y respiró profundamente. Si pudiera haberle ahorrado a Tara el insulto de Amelie lo habría hecho, pero su mujer había vencido con mucho a su antigua novia. La chica con la que se había casado había pasado de ser una tímida mujer de veintidós años a una mujer segura de sí misma que hacía que los hombres la miraran no sólo por su aspecto, sino porque también tenía cierto aire de superioridad. Recordó que Tara le había dicho que había perdido confianza después de perder al bebé, pero era evidente que estaba empezando a recuperarla. Mac sabía que estaba locamente enamorado de ella y no podía imaginar un futuro sin ella. Y además iban a ser padres. Agradeciendo en silencio al destino por darle una segunda oportunidad, se juró que no iba a echarla a perder.

Diez minutos después miró su reloj preocupado y le pidió a un camarero que alguien fuera a comprobar si su mujer seguía en el lavabo. Intentando apartar la ansiedad que sentía, tomó un sorbo de vino y se obligó a relajarse.

En el tocador de relucientes lavabos y espejos brillantes, Tara sacó unos cuantos pañuelos de papel de la caja y se los dio a la guapa mujer morena que lloraba sentada en una silla de mimbre. Gimoteando, la joven agarró los pañuelos y se sonó la nariz.

–Dije algunas cosas horribles –murmuró mirando a Tara con sus enormes ojos castaños–. Le dije que si le gustaba tanto el trabajo, que se mudara allí. Yo estaría mejor con una compañera de piso… al menos tendría a alguien con quien salir. Él me miró y me dijo que debería ser más comprensiva, que estaba trabajando mucho para mí… para nosotros… para que nuestro bebé tuviera un futuro mejor. Después se fu…fue del restaurante y me de…dejó aquí.

–¿Estás embarazada?

La joven asintió con la cabeza.

–Me sentí muy feliz cuando lo supe, pero ahora so…sólo quiero mo…morirme –se tapó la cara con las manos mientras el rímel se le corría, haciéndole parecer un payaso de circo.

Poniéndose en cuclillas frente a ella, Tara pasó una mano por el cabello de la chica y le apartó las manos de la cara.

–¿Cómo te llamas?

–Sinead.

–Bien, Sinead, yo soy Tara y también estoy embarazada. Si te sirve de consuelo, sé por lo que estás pasando. Yo también tuve muchos problemas con mi marido por su trabajo y en vez de estar abierta al compromiso me deprimí sintiendo pena por mí misma. En algunas cosas tenía razón, pero en otras no. Lo importante es… –se

detuvo al darse cuenta de que había pasado de la tristeza a la felicidad, a pesar de las insinuaciones de la chica francesa de que Mac sólo la quería porque deseaba ser padre. Nada más lejos de la verdad. La verdad era que cuando Mac la miraba era evidente que estaba enamorado de ella, aunque no se lo hubiera dicho–. Lo importante es que sigáis hablando. Mantened abiertas las líneas de comunicación, no dejéis que el resentimiento y el enfado os hagan hacer algo de lo que os arrepintáis. El bebé os necesita a los dos, dos padres que se amen y que le den el mejor hogar. Confía en mí… si los dos os calmáis un poco y tenéis en cuenta las cosas que os atrajeron en un principio, todo irá bien. Te lo prometo.

Sinead había dejado de llorar. Limpiándose los ojos con el pañuelo arrugado, esbozó una débil sonrisa.

–Paul, mi marido, tiene un gran sentido del humor, ¿sabes? Siempre me está haciendo reír. Estamos muy bien juntos cuando no discutimos –se encogió de hombros y por un momento pareció perderse en sus pensamientos–. Salimos esta noche para celebrar que estoy embarazada. Se trajo el móvil y sonó hace unos minutos. Era del trabajo, querían que mañana fuera más temprano. Me temo que me volví loca y le dije que debería mudarse al trabajo, porque así no tendría que venir a casa. Nunca lo había visto así, estaba tan enfadado… ¿Y si no vuelve más?

Tara tomó la mano de Sinead y sonrió.

–Claro que volverá –dijo con confianza–. Se enfadará y se pondrá un poco nervioso, pero después se calmará y volverá. ¿De verdad crees que quiere perderse un banquete para celebrar la llegada del bebé? –Sinead negó con la cabeza y suspiró profundamente–. ¿Por qué no vienes a mi mesa? Puedes sentarte con Mac y conmigo y hablar con nosotros hasta que regrese Paul. ¿Qué te parece?

–¿Mac es tu marido?

–Es una abreviatura de Macsen. Su padre era noruego.

–¿Estás segura de que no le importará? –Sinead se levantó lentamente y se miró al espejo para arreglarse el cabello.

–Claro que no le importará.

Tara esperó a que Sinead se arreglara el cabello y se maquillara de nuevo y estaba a punto se salir del lavabo cuando una camarera elegantemente vestida asomó la cabeza por la puerta y preguntó si alguna de ellas era la señora Simmonsen, porque el señor Simmonsen estaba preocupado por su bienestar y estaban a punto de servirles la cena.

–Una pareja muy agradable –Mac se volvió hacia Tara, que estaba acurrucada en el asiento del copiloto, y le echó una mirada a uno de los muslos perfilados por el vestido de punto rosa y plateado, sintiendo inmediatamente una oleada de calor en la ingle. Sus dedos se cerraron alrededor del volante y se obligó a concentrarse en la carretera oscura.

–Encantadora –murmuró Tara, girándose para mirarlo–. Me alegro muchísimo de que Paul no la dejara plantada. Sinead estaba llorando a lágrima viva por él en el lavabo –durante algunos segundos Mac no dijo nada–. ¿Mac? ¿Va todo bien?

–Sombras de lo que éramos hace unos años, ¿eh? Es gracioso, pero lo que Paul ha dicho sobre su trabajo me ha hecho darme cuenta de lo tonto que era.

–Ha estado muy bien que le hablaras de esa manera, creo que le ha ayudado a ver las cosas desde otra perspectiva, a crear prioridades… y a recordarle que su mujer también necesita algo de su tiempo. Creo que esos dos van a salir adelante.

–Eso espero. Estaba preocupado por ti, ¿sabes? Quiero decir, cuando tardabas tanto en volver del lavabo. Pensé que algo iba mal.

Tara se incorporó en el asiento y el corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de a qué se refería.

–¿Quieres decir con el bebé? No pasa nada, me siento bien. Me hice un test esta mañana, lo compré en la farmacia para confirmarlo, y definitivamente estoy embarazada. A partir de ahora sentiré mareos por las mañanas, pero ya he pasado por eso y sé lo que me espera, así que no estoy tan preocupada.

Mac alargó una mano y la puso sobre la rodilla de Tara.

–No quiero que te preocupes por nada. El lunes por la mañana tienes una cita con el doctor Chamberlain, que te hará un chequeo completo. Si tienes alguna duda, puedes comentársela.

–¿Mac?

–¿Qué ocurre? –apartó la mano para concentrarse en una curva muy cerrada.

–Sólo porque… porque Gabriel muriera de esa forma no significa que le vaya a ocurrir lo mismo a este bebé. Lo sabes, ¿no? El obstetra del hospital me dijo que las probabilidades de que eso ocurriera dos veces eran prácticamente nulas.

Mac sentía ansiedad y arrepentimiento, y le costaba respirar.

–Es bueno saberlo, pero me voy a asegurar de que tengas los mejores cuidados. No vamos a correr ningún riesgo. Y se acabó eso

de levantar pesos en la tienda. Si Beth necesita ayuda, puede pedírmela a mí. Por cierto, he seleccionado una posible casa para alquilar y la voy a ver mañana. Pensé que te gustaría venir.

–¿Has olvidado que Beth vuelve a casa por la tarde?

–Yo voy a ir a recogerla, ¿cómo podría haberlo olvidado?

–Sólo me estaba asegurando.

–¿Tara?

–¿Hmm? –reclinándose en el lujoso asiento de cuero, Tara lo miró con ojos somnolientos.

–Siento que Amelie apareciera en el restaurante de esa manera. Y siento aún más lo que dijo. Sabes que sólo lo dijo porque está enfadada conmigo, ¿no?

–Ya me di cuenta. De todas formas, manejé bien el asunto.

–Ya lo creo.

Mac entró en el salón de su casa recién alquilada y encontró a su mujer aupándose para quitar el polvo de una estantería, mientras sus caderas se contoneaban. Llevaba una falda negra corta y ajustada, una blusa de color rosa oscuro, medias negras y zapatos del mismo color, y en cuanto la vio Mac se sintió incapaz de pensar. Sintió el aroma de tonos cítricos y almizclados de su fragancia y se detuvo para aspirarlo profundamente antes de acercarse a ella por detrás y abrazarla por la cintura.

–Hueles estupendamente, ¿lo sabías? –le acarició el cuello y sintió que se endurecía en el mismo instante en el que ella se inclinó contra él, presionando el trasero provocativamente contra su ingle.

–Hmm… tú también –con la respiración entrecortada Tara se dio la vuelta y miró ávidamente la sonrisa sensual de Mac. Incapaz de resistir la tentación, se puso de puntillas para darle pequeños besos y mordisquearle el labio inferior. Desde que se había mudado con Mac, Tara no podía dejarlo solo. Y él tampoco se quejaba de eso–. Quítate la ropa –le puso las manos en las solapas y empezó a quitarle la chaqueta, pero se sorprendió y se quedó decepcionada cuando él le agarró la muñeca para que se detuviera.

–Hey… creí que era yo el que tenía fama de saquear y violar –bromeó.

–Bueno, entonces… –hundió en su cabello la mano libre y bajó la voz hasta un seductor ronroneo–. ¿Por qué no me enseñas cómo se hace?

Él gimió, la besó con fuerza y después la soltó.

–Esto no va a funcionar, Tara.

–¿Mac? ¿Qué ocurre? –Tara se inquietó. Desde que habían vuelto a estar juntos ella había ido bajando la guardia de forma lenta pero segura, revelando facetas de su personalidad que antes había mantenido ocultas, diciéndose que tenía que confiar en él. Era un buen hombre y no le volvería a hacer daño… se preocupaba por ella demasiado como para dejar que eso ocurriera. Pero en ese momento tuvo dudas y sintió terror de haber dicho o hecho algo malo, algo que le hiciera dar marcha atrás. Se cruzó de brazos y esperó ansiosa la respuesta de Mac.

–Creo que tenemos que poner algunas normas –dijo rascándose la cabeza.

–¿Normas? –aún más sorprendida, Tara descruzó los brazos y se llevó las manos a las caderas.

–No creo que sea bueno para ti que te estimules tanto. Probablemente demasiada actividad sexual no será buena para el bebé.

–¿Y dónde has oído eso?

–Tiene sentido, ¿no? –estaba realmente preocupado y Tara sintió dentro de ella algo cálido y precioso.

–¿Tú crees? –contestó mordiéndose el labio para no reírse.

–En cualquier caso, el doctor Chamberlain dijo que debes descansar durante los primeros tres meses. Tampoco quiero que te canses con las tareas domésticas, así que ya he ido a una agencia para contratar a alguien que venga unas horas al día. Y ahora, ¿por qué no pones los pies en alto y te preparo un maravilloso té de frutas de los que compramos en el herbolario?

–¡Maldita sea, Mac, no me trates con condescendencia! ¡Detesto el té de frutas! Y en cualquier caso, el té no es lo importante, ¿no? –Tara comenzó a andar por la habitación como si la actividad la ayudara a soltar todos los pensamientos frustrantes–. Me has estado tratando como a una figurita de cristal desde que te dije que estaba embarazada, y estar embaraza no es lo mismo que estar enferma. Tenemos un armario lleno de cosas raras del herbolario que no me tomaría ni aunque estuviera en una isla desierta. Quiero comida de verdad, pescado, patatas fritas, salchichas, puré de patatas, curry y arroz. Y por si el régimen que me has puesto no fuera lo suficientemente malo, ahora estás restringiendo lo único que me hace realmente feliz. ¡Eso es lo que no va a funcionar! ¿Lo entiendes?

Estaba guapísima cuando se enfadaba. Mirándola fijamente, Mac intentó con todas sus fuerzas recuperar el control de sí mismo. No

importaba cuánto la deseaba ni cuántas duchas frías tuviera que darse en los siguientes dos meses, era un precio muy pequeño a cambio de que estuviera perfectamente sana. Tara parecía desearlo tanto como él a ella, pero no pondría en peligro la vida del bebé.

–Tenemos que ser sensatos, Tara, es lo único que digo. Si no quieres té, ¿qué te parece un paseo en coche hasta la casa de Beth para ver qué tal está? No me gusta pensar que está sola en la tienda en una silla de ruedas. Ya sé que Peter Trent dijo que estaría atento, pero estoy seguro de que tu tía agradecerá algo de compañía familiar.

Frustrada, Tara se dirigió a la puerta.

–¡Te odio cuando eres tan considerado y razonable! –dijo antes de empezar a subir las escaleras. Mac pensó en las dificultades de vivir con una mujer dominada por las hormonas y decidió que, aparte de hacer el amor, era la experiencia más divertida que había tenido en mucho tiempo.

–Ha sido un verdadero encanto –Beth tomó un sorbo de su té Earl Grey y sonrió mientras los observaba desde el otro lado de su escritorio, mirando de vez en cuando por la ventana, en dirección a la tienda de libros. Tara enarcó las cejas sorprendida y miró a Mac, que sonrió como si dijera «estamos pensando lo mismo».

–¿Estamos hablando de Peter Trent? ¿El «aburrido que necesita un trasplante de personalidad y que no miraría dos veces si entrara una mujer desnuda en su tienda»? Son tus propias palabras, si me permites que te lo recuerde.

Ruborizándose delicadamente, Beth dejó la taza en un platillo de porcelana y se aclaró la garganta.

–¿Yo dije eso? Bueno, no hay que juzgar los libros por la cubierta. Y tengo que decir que hemos podido conocernos un poco más durante sus visitas al hospital y tenemos muchas cosas en común. Nos gustan las mismas películas, el teatro, el ballet y la comida tailandesa. De hecho, mañana me va a llevar a cenar a mi tailandés favorito, así podéis dejar de preocuparos y seguir con vuestras vidas.

–¿Estás segura de que estás preparada para salir? Hace muy poco tiempo que saliste del hospital –Tara le echó una mirada a la escayola.

–Peter dice que nos apañaremos bien. Si puedes venir una hora antes y ayudarme a ponerme mi mejor vestido, lo demás estará bien.

–Por supuesto que vendré a ayudarte.

–Bien, entonces está decidido.

–Es estupendo, Beth. Pero si necesitas algo, ya sabes dónde estamos –dijo Tara con incertidumbre. Las cosas estaban cambiando demasiado rápido.

–Me he dado cuenta de que usas la palabra «nosotros» con mucha frecuencia. ¿Tengo que suponer que todo va bien en el hogar de los Simmonsen?

–Aparte de que Mac se comporta como una madre, sí.

–Me alegra oír eso. Eso es justo lo que una futura madre necesita… un buen hombre –le echó una ojeada a Mac y los dos se miraron con complicidad–. No te quejes, querida. Y por cierto, supongo que estás tomando todas las vitaminas y que comes bien. ¿Lo está haciendo, Mac?

–¿Conoces el refrán que dice «podrás llevar a un caballo hasta el agua pero no podrás hacer que beba»? Creo que eso resume bastante bien la situación.

–Ya sé que puede ser muy terca. Pero ahora que el bebé está en camino supongo que estará de acuerdo en que tiene que ser sensata.

Tara hizo una mueca.

–¿Sensata? ¿Sabes que estoy empezando a odiar esa palabra?

Mirando a su mujer, Mac se sintió agradecido por tener una aliada en Beth. Tal vez entre los dos podrían hacerle ver que todo era por su propio beneficio.

Capítulo 12

Deja de mirarme así y baila! No te he traído a la ciudad para que te quedes en la barra.

–Nunca debería haberte escuchado –contestó Raj–. A veces me convences para que haga cosas que no quiero hacer, y esta es una de ellas. ¿Qué va a pensar tu marido cuando te lleve a casa?

Tara pensó que a Mac tendría que gustarle o aguantarse, porque ella no pensaba restringir sus impulsos naturales. Vale, había sido una cobarde y le había dicho que iba a casa de una amiga para una reunión femenina en la que verían un par de vídeos. Pero a veces una mujer tenía que hacer lo que una mujer tenía que hacer, y con la actitud que Mac tenía últimamente no le sentaría muy bien, especialmente si se enteraba de que había salido con Raj.

–¿Por qué no dejas que sea yo quien se preocupe por Mac? –Tara lo obligó a levantarse y lo llevó hasta la pista de baile, rindiéndose ante la música que le obligaba a mover el cuerpo.

Raj apagó el motor y miró a Tara. Había dormido durante la mayor parte del viaje, acurrucada en el asiento del copiloto como una niña. El vestido negro se le había subido hasta la mitad del muslo y Raj se dio cuenta, y no por primera vez, de que tenía unas piernas muy bonitas. Había sido la chica más guapa del club, y Raj había sentido un instinto protector. Suspirando profundamente, tuvo que admitir que estaba algo más que un poco celoso de Mac. Tal vez por eso había aceptado a salir con ella esa noche sin que lo supiera su marido.

–¿Tara? Tara, despierta. Hemos llegado a casa.

–Hmm –estirándose y bostezando al mismo tiempo, se incorporó hasta quedar sentada y miró la enorme casa de ladrillo rojo. El sedán de Mac estaba aparcado fuera. Sintió ansiedad al pensar en lo que le esperaba, a menos que Mac se hubiera ido a la cama y estuviera profundamente dormido. Sí, claro, y la reina Elizabeth

abdicaría al día siguiente–. Gracias, Raj, lo he pasado estupendamente. Eres un ángel –se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

Raj se apartó como si algo lo hubiera picado.

–¡No hagas eso! Tu marido nos puede ver –alargó el cuello para ver si Mac estaba asomado a alguna ventana.

–¿Y qué es lo que hay que ver? Sabe que somos sólo amigos.

–Tara, a veces das por sentadas demasiadas cosas.

–¿Qué? ¿Estás diciendo que no eres mi amigo?

–¡No tergiverses mis palabras! –frustrado, golpeó el centro del volante con la palma de las manos–. Lo que digo es que a veces eres demasiado familiar conmigo. Eres una mujer muy atractiva, y esa familiaridad puede desembocar en situaciones muy peligrosas si no se tiene cuidado.

Se sintió avergonzada por haberlo puesto en un compromiso, pero también le estaba diciendo que se contuviera, y eso la enfureció. Hacía más de una semana que su marido le había hecho el amor, se sentía frustrada sexualmente y necesitaba contacto íntimo. Y además su mejor amigo le estaba diciendo que se controlara más. Tara decidió que no podía aguantarlo.

–¿Sabes una cosa, Raj? A veces tienes que arriesgarte. ¿Tendría yo otro bebé con Mac si no arriesgara mi corazón y mi orgullo? Piensa en ello. Gracias por traerme, nos veremos pronto.

De pie junto a la puerta de roble, Tara agitó la mano para despedirse de él. De repente sintió la boca seca. Una cosa era ser un poco atrevida, pero otra enfrentarse a las consecuencias de ese atrevimiento. Mac sólo estaba haciendo lo que creía que era mejor para ella y para el bebé, y lo menos que merecía era la verdad. Tara abrió la puerta y entró.

La casa estaba en silencio, excepto por el tic tac del reloj victoriano que Beth les había regalado por la inauguración de la casa. Dejó el bolso en una mesita, se quitó los zapatos, dejó el abrigo sobre la barandilla de la escalera y entró despacio en el salón.

–¿Así que por fin has decidido volver a casa?

Con el pulso acelerado, Tara se pasó los dedos por el cabello y miró a Mac, que estaba sentado en un sillón junto a la chimenea. Con la luz del fuego su piel parecía casi dorada, y tenía los ojos de un fascinante color azul zafiro. Llevaba unos vaqueros azules desteñidos y una camiseta gris perla que le realzaba los bíceps. Tenía un aspecto arrogante y masculino y Tara se sintió

irremediablemente atraída hacia él.

–Tampoco tenías que esperarme despierto –dijo con una voz que no parecía la suya.

–¿No? –Mac se levantó y se quedó de pie junto al fuego–. ¿Lo has pasado bien con tu… amiga?

–Sí, lo he pasado bien –contestó recordando las quejas de Raj por lo mucho que habían bailado–. Pero estoy cansada, así que si no te importa me voy a la cama.

–No tan rápido –Tara se dirigió a la puerta y Mac la alcanzó enseguida, agarrándole el brazo–. Dime dónde estuviste en realidad, porque sé muy bien que no te has puesto ese vestido para pasar la tarde delante de la televisión de una amiga.

Sabiendo que la mentira no era una opción, intentó liberarse de la mano de Mac, pero él no la soltó.

–¡No sé por qué le das tanta importancia a esto! Estuve con Raj, ¿de acuerdo? Mi amigo. Desde que estoy embarazada no me dejas hacer nada y tengo que quemar toda la energía que tengo de alguna manera, así que le pedí a Raj que me llevara a algún club nocturno de Londres. Lo único que quería era escuchar algo de música y bailar, ¿es eso un crimen?

–Me mentiste.

–No deliberadamente. No quería que te enfadaras.

–¿Y ahora no estoy enfadado?

–Ya veo que no estás precisamente contento –sentía un cosquilleo en el brazo, en el lugar donde Mac la agarraba, como chispas de electricidad que le hacían sentir ligeramente mareada. Vaya un momento para excitarse.

–Por supuesto que no lo estoy. Estás embarazada, Tara, tienes que cuidarte y descansar. ¿En qué estabas pensando? Y salir con otro hombre… ¿A qué demonios pensabas que estabas jugando? –Tara lo había llamado «su amigo», pensó Mac lleno de celos. ¿Qué significaba eso exactamente? No le importaba que ese tipo se fuera a casar en la India, porque si tenía algo de testosterona indudablemente se sentiría atraído hacia Tara.

–No culpes a Raj.

–Estás muy dispuesta a defenderlo. ¡Ningún hombre que estuviera en sus cabales llevaría a bailar a la mujer de otro sin el consentimiento del marido! ¿Vuestra «amistad» también incluye compartir su cama? ¿O tal vez lo hicisteis en el coche? ¡Contéstame, Tara, quiero saberlo!

Tara se quedó helada.

–No puedo creer que hayas dicho eso. ¿Cómo puedes convertir

algo tan inocente en algo tan… sucio?

–Contesta la pregunta.

La fuerza de sus emociones la hicieron temblar.

–¡No! ¡No me acuesto y nunca me he acostado con Raj Singh! ¡Yo soy la estúpida que se ha mantenido célibe durante cinco años, al contrario que tú! Pero esto no tiene que ver con culpabilidad y acusaciones, ¿verdad, Mac? Esto tiene que ver con la confianza… o con la falta de confianza. He confiado en ti lo suficiente como para vivir de nuevo contigo y creer que podemos tener un matrimonio de verdad. ¿Pero cómo podemos conseguir eso cuando ni siquiera confías en mí para dejar que salga sola? Me has tratado como a una niña desde que te hablé del bebé. ¿De verdad crees que haría algo imprudente que pusiera en peligro este embarazo? ¿Qué crees que he estado haciendo en los últimos cinco años? ¿Crees que dejé de vivir cuando te marchaste? Mi vida no es muy excitante, pero soy yo quien toma las decisiones. Soy una mujer adulta, no una chiquilla.

Al escucharla Mac supo que había cometido un grave error. Tara nunca le había dado ningún motivo para desconfiar de ella. Su mujer siempre había sido abierta y sincera, y el hecho de que hubiera mentido esa noche significaba que él la había acorralado y Tara no había podido hacer otra cosa.

–Raj sólo salió conmigo porque se lo supliqué. Bailar me hace feliz, ¿qué mal puede haber en eso? Es parte de mí, Mac, ¿de verdad quieres que lo cambie? Soy incapaz de quedarme sentada en casa sin hacer nada. Lo hice durante un tiempo, esperándote noche tras noche y abandonando mi vida social por culpa de tu trabajo. No pienso hacerlo otra vez.

–¿Entonces por qué diablos no me pediste que te llevara a bailar?

–¿Lo habrías hecho?

–Te llevaría a cualquier sitio que quisieras siempre que supiera que estás a salvo.

–Bien –Tara se mordió el labio y apartó la mirada–. Tal vez lo haga la próxima vez. Pero tienes que confiar en mí, ¡tienes que dejar de controlarlo todo!

–¿Yo lo controlo todo? –Mac le soltó el brazo y vio que Tara lo doblaba un poco para que la sangre volviera a circular correctamente. Enseguida se arrepintió de haberla agarrado tan fuerte.

–Si te molesta será por algo…

–Pues así sea.

–¿Qué demonios significa eso?

–Tendrás que averiguarlo –sin previo aviso la tomó en brazos y empezó a subir la escalera. Tara sintió la fuerza del cuerpo de Mac contra el suyo y la invadió un millón de sensaciones deliciosas.

–Bájame –ordenó, pero ella misma tuvo que admitir que no sonó nada convincente.

Con los ojos brillantes, Mac se echó a reír.

–¿Crees que yo lo controlo todo? Cariño, ¡te voy a enseñar lo que es controlar!

–Esto es sólo un juego. Puedes soltarte cuando quieras… ¿ves?

Mac le demostró lo fácil que era soltar los pañuelos de seda con los que la había atado al dosel de la cama. Tara asintió con la cabeza mientras sentía que el cuerpo se le abrasaba de deseo. Mac se había quitado la camiseta y al contemplar su torso musculoso y sus hombros poderosos Tara apretó los muslos con ansiedad. Estaba más que preparada para él, pero esa noche la seducción de Mac no iba a ser dura y rápida, sino que se estaba tomando su tiempo a propósito, aumentando la tensión entre ellos con cada caricia. Le subió el vestido hasta los muslos y le quitó las medias y las braguitas negras, y cuando ella intentó mantener las piernas juntas, Mac consiguió que las separara con ligeros mordisquitos en la parte interior de los muslos. Cuando al fin Tara se relajó él la abrió con un dedo, deslizándolo por su humedad mientras ella se retorcía en la cama. Pero Tara no quería liberarse, lo único que deseaba era que continuara ese delicioso tormento. Gimiendo de placer, sintió que el cuerpo se le derretía cuando Mac se situó entre sus piernas y la besó. De repente el techo comenzó a dar vueltas, el corazón le latió con fuerza y la sangre le hirvió en las venas. Tara gritó su nombre cuando la tensión alcanzó el punto más alto y su cuerpo se agitó con pequeñas convulsiones.

Inexplicablemente los ojos se le llenaron de lágrimas, y al darse cuenta Mac corrió a su lado, la soltó y la abrazó.

–¿Qué pasa, cariño?

–Oh, Mac –Tara lloró contra el hombro desnudo, absorbiendo el aroma de la piel limpia y suave–. Ha sido maravilloso.

Sus palabras derribaron la última barrera que Mac había levantado alrededor de su corazón.

–Me encanta que pueda darte placer. Te amo, Tara. Creo que no te lo he dicho desde que volví, pero esa es la razón por la que quería que volviéramos a intentarlo. Cuando te vi en el museo fue

como si el tiempo hubiera dado marcha atrás. El corazón me latía tan rápido que creí que me iba a dar un ataque.

–Yo sentí lo mismo –admitió ella feliz al saber que Mac la amaba–. Nunca dejé de quererte, Mac, ni siquiera cuando estuvimos separados. Sé que mis quejas sobre tu trabajo ayudaron a que te marcharas, pero lo único que sabía era que no estabas cuando quería que estuvieras. En el futuro hablaremos sobre las cosas importantes, lo prometo. ¿Sabes que durante los últimos cinco años ni siquiera pude mirar a otro hombre?

Al escucharla su marido supo que ya no habría más reproches y que podrían tener el matrimonio con el que habían soñado siempre. Además, la llegada del bebé hacía que todo fuera perfecto. Nunca podría olvidar al bebé que habían perdido, pero su hijo no había muerto en vano, porque le había ayudado a Mac a darse cuenta de que no quería volver a perder a Tara. Tenía por delante un hermoso futuro, y con Tara lo haría realidad.

–No puedo decir que no me alegra oír eso. Sólo pensar que podrías estar con alguien más…

–No deberías ser tan celoso. Nunca te engañaría.

–Ahora lo sé. Para ser sincero, creo que siempre lo he sabido.

–Un poco de celos puede estar bien, pero no quiero que se lo hagas pasar mal a Raj la próxima vez que lo veas. Es un buen amigo y lo obligué a que me llevara a bailar. Pasó una noche horrible porque estaba preocupado por lo que dirías si te enteraras.

–Entonces creo que puedo ser magnánimo con él.

–En cualquier caso –dijo Tara mientras le besaba el hombro–, creo que tenemos que revisar esas reglas que pusiste, y esta vez yo voy a aportar algo.

–Que no se diga que no estoy dispuesto a transigir. Y además me encanta, porque tenemos algo pendiente.

–¿Ah, sí?

Mac terminó de quitarle el vestido y le cubrió los pechos desnudos con ambas manos.

–Sí, cariño, sin duda.

Epílogo

Abriendo de par en par las puertas de la sala de reuniones, Mitch Williams miró al hombre impecablemente vestido que se sentaba a la cabecera.

–¿Qué ocurre, Mitch? –tenía que ser algo muy importante para que su colega interrumpiera una reunión con un posible cliente muy lucrativo.

–Es Tara –fue todo lo que Mitch pudo decir antes de que Mac corriera a su lado preocupado.

–¿Qué ha ocurrido? –se maldijo por haber hecho caso a su mujer por la mañana, cuando le dijo que se fuera a trabajar porque no podía soportar verlo rondando por la casa. Le aseguró que estaría bien, no debía preocuparse porque el bebé tardaría por lo menos una semana más en llegar. Y en cualquier caso ella iba a pasar el día con Beth en la tienda, así que tendría ayuda si la necesitaba.

–Está en recepción. Dice que tiene dolores.

–¿Qué demonios está haciendo en recepción?

Tara se estaba sirviendo un poco de agua y tenía un montón de bolsas a sus pies. Sonrió a Mac al verlo llegar como si fuera lo más normal del mundo que ella estuviera allí.

–Siento haber interrumpido tu reunión, pero me pilló por sorpresa cuando estaba de compras.

Mac no podía creer que su mujer, que estaba a punto de dar a luz, hubiera decidido viajar a Londres para ir de compras.

–¿Estás bien? ¿A qué diablos estás jugando, Tara? Deberías estar en casa, descansando. ¡Por Dios, mujer! ¿Cuándo vas a empezar a hacer lo que es mejor para ti?

Encogiéndose de hombros, Tara bebió un sorbo de agua antes de contestar.

–De repente me sentí inquieta, tenía que salir de casa.

–Se suponía que ibas a estar con Beth. ¿Sabe que has venido a Londres sola?

–No le eches la culpa a ella. Peter le preguntó si quería comer

con él y yo le dije que se fuera. En vez de esperar a que volviera, pensé que podría tomar el tren y venir a Londres. Compré algunas cosas encantadoras para el bebé, pero entonces… –su rostro se contrajo de repente y Tara se dobló agarrándose el estómago. Mac sintió que el corazón se le salía del pecho, le puso un brazo por detrás para aguantarla y le apartó el pelo de los ojos con la otra mano.

–¡Tara! ¡Dime qué pasa! ¡Por el amor de Dios, háblame!

–Creo que ya viene el bebé.

–¿Qué?

–Digo que creo que ya viene el… bebé. ¡Uf! –recuperándose, Tara se incorporó y sonrió felizmente a su marido, que se había quedado de piedra.

–No te asustes. Las contracciones son cada veinte minutos, así que aún tenemos algo de tiempo antes de que todo comience de verdad.

Mac se giró bruscamente hacia la atractiva pelirroja que estaba en recepción.

–Astrid, llama al servicio de emergencias. Quiero una ambul…

–¿No podemos ir en tu coche? –interrumpió Tara–. Estoy registrada en el Portland, que está a sólo cinco minutos… no hay por qué molestar a los de la ambulancia.

–Estás loca, ¿lo sabías? –tomándole el rostro con ambas manos, Mac la miró y pensó que si viviera cien vidas con esa mujer, nunca tendría bastante.

–¿Crees que estoy loca ahora? Espera a verme dentro de un par de horas, cuando no haga más que gritar y ponerte verde.

A las nueve de una agradable noche de verano de junio Tara y Mac Simmonsen se convirtieron en padres de una preciosa niña. La llamaron Brigid en honor a la santa irlandesa que se asociaba con las curaciones, la poesía y el aprendizaje, porque tenían grandes aspiraciones para su hija. Su madre dijo que probablemente sería una primera bailarina, porque tenía largas piernas y un aire imperioso, mientras que su padre… su padre contempló la perfección infantil y supo que había encontrado a la segunda mujer de su vida que cautivaría su corazón. No importaba lo que su hija hiciera, porque mientras ella fuera feliz él también lo sería.